

Parte 2
Siempre es amor

Solo tú,
Amor

Giselle Amorós

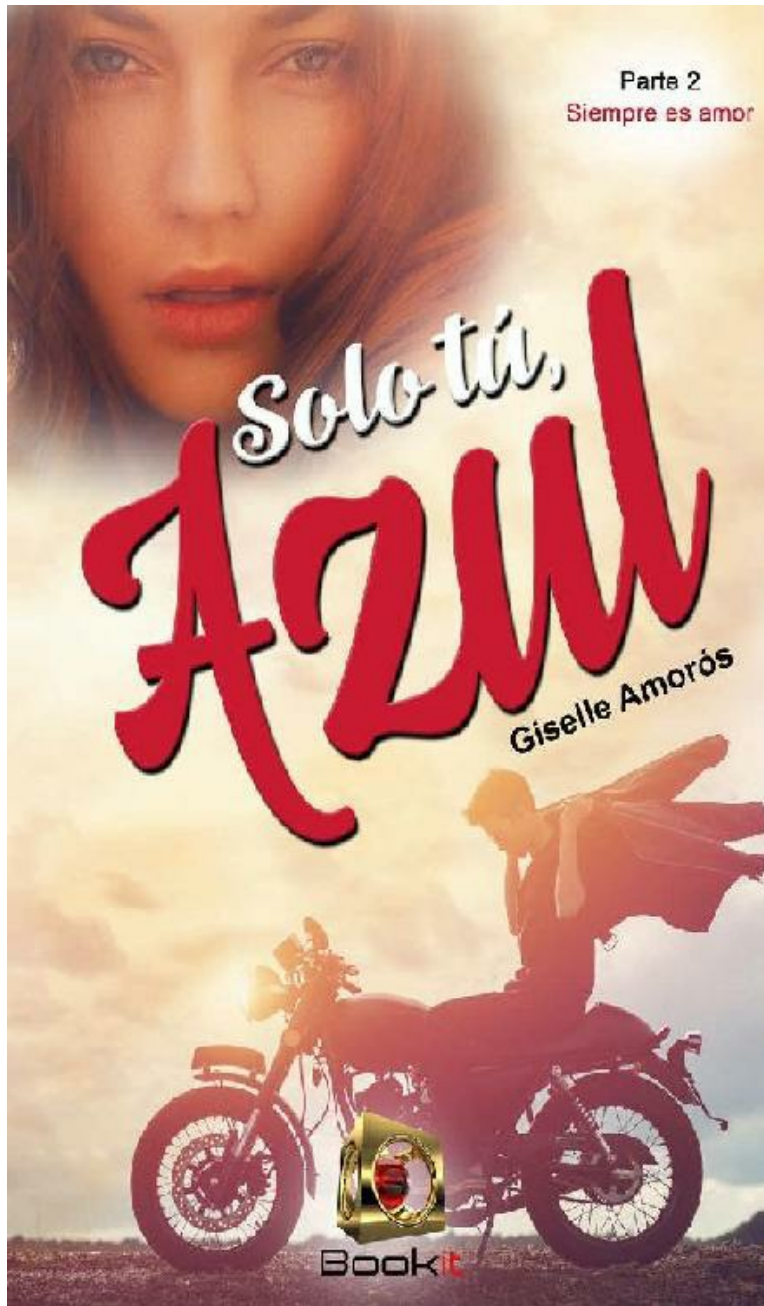


Bookit

Parte 2
Siempre es amor

Solo tii,
Azul

Giselle Amorós



BookIt

Solo tú, Azul

Solo tú,
Azul
Giselle Amorós



1.^a edición: Marzo 2018

Copyright

© Giselle Amorós 2018

© Editorial LxL 2018

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-17160-83-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Rachel's Design

Maquetación – Rachel's Design

Continuando con esta aventura literaria que espero sea infinita, quiero dedicar esta novela a todas esas personas que les gusta este tipo de lectura y que gracias a ell@s todos tenemos un hueco dentro de este mundo.

Sí, te lo dedico a ti, y espero que te guste.

Agradecimientos

Por supuesto no puede faltar mi familia, a la que continuamente involucro en mis historias, restando tiempo con ellos para poder escribir.

Tampoco esas personas que desinteresadamente me ayudan en temas que desconozco y se sienten orgullosos solo con hacerlo.

Y, cómo no, agradecer a esa otra familia que es Editorial LxL, donde he encontrado la confianza y el cariño que te hacen creer que los sueños se cumplen. Gracias.

1

Quince años atrás...

—¡Mamááá! ¿Has visto mi camiseta de AC/DC?

—Está en tu armario, junto con el resto de la ropa doblada de esta mañana.

—Pues no la encuentro.

Como una costumbre, tras esta pregunta, mi madre entra en mi cuarto, va hacia el armario y por arte de magia aparece la camiseta. Siempre pasa igual, supongo que es un don que tienen las madres. Y ahora es cuando viene eso de...

—Hija, es que ni siquiera la has buscado. Toma.

Y lo sorprendente es que sí la he buscado.

—¿A qué hora has quedado con Roger?

—Joder, mamá, ¡yo no quiero salir esta tarde con el pijo ese!

—Esa boquita, Azul, sabes que no me gusta que hables como una barriobajera. Además, ese niño viene porque tu padre ha quedado a cenar con el suyo por un tema de negocios. Sé amable y enséñale un poquito la ciudad antes del concierto. —Tocan al timbre—. Ve, que será él. Además, es de tu edad, seguro que coincidís en muchas cosas.

Por suerte son mis amigas Andrea y Marta que vienen conmigo esta noche. Nos conocemos desde el colegio y, aunque ahora estamos en institutos diferentes, hemos continuado nuestra amistad.

Curiosamente las tres somos de la misma estatura con el pelo largo. Marta es morena con el pelo rizado, un cuerpazo con curvas, de metro setenta. Andrea es rubia con el pelo liso, la más delgada de las tres. Cuando estamos juntas llamamos la atención sin quererlo.

Nos gusta el *heavy* y esta noche actúa AC/DC en el Palau Sant Jordi, así que estamos pletóricas. Este es uno de mis regalos por terminar el bachillerato con matrícula de honor.

Me tumbo en la cama, agobiada, hoy que pretendía ser uno de los mejores días de mi vida aparece el idiota este para jorobarlo, y encima no sé ni cómo es, si le gusta el *heavy* o no, aunque si no quiere venir, mejor.

Lo único que sé de él, es que su padre tiene mucha pasta y el mío le tiene

que hacer la pelota hasta el infinito para poder entrar como proveedor en su empresa.

Tocan a la puerta de mi habitación.

—Azul, ya ha llegado Roger, te espera en el salón.

Salgo vestida para la ocasión con tejanos negros elásticos, camiseta y cazadora de cuero. Es diciembre, así que me viene perfecta, junto con unas botas altas.

Me veo bien, mi larga melena, imposible de esconder, se lleva todo el mérito, soy pelirroja. Aunque mi cabello, a medida que me hago más mayor se va oscureciendo, puedo decir que mi pelo es rojo. Esta es la herencia de mi abuela materna, junto con los ojos verdes de mi padre, soy, según ellos, «explosiva». A mis diecisiete años estoy acostumbrada a que la gente se gire al verme pasar y, en general, con bastante aprobación.

Cuando entro al salón me sorprendo al ver a un chico realmente guapo, muy alto, con una mirada penetrante y unos labios perfectos. Lo único que le falla es que lleva traje chaqueta y su pelo es tan corto que parece un *skinhead*.

Le tiendo la mano para saludarlo, él acerca la suya y, al juntarlas, siento cómo se acoplan perfectamente, y eso me hace sentir rara, es una sensación extraña, como si su mano me protegiera o cobijara. Tras este fugaz y absurdo pensamiento, sonrío.

Me devuelve la sonrisa, una sonrisa perfecta, junto a esos expresivos y bonitos ojos marrones ¿o son verdes?, es igual, me ha cautivado y puede que, al final, la tarde no sea tan aburrida.

Veo tras él cómo Andrea y Marta me hacen gestos, vaya par de payasas, sé que les ha gustado y es que el chico está pero que muy bueno.

Mis amigas y yo intentamos llevarlo a sitios por la zona alta de Barcelona donde se pueda sentir cómodo, cosa que nosotras, con la pinta que llevamos, no encajamos bien, pero todo sea por no quedar mal con su padre ni con el mío.

Por el camino nos explica que viven en unos viñedos donde su padre es el propietario de una de las cavas más importantes de nuestro país. Por lo visto quiere que su hermano y él trabajen en la empresa, pero Roger no está muy convencido de querer quedarse allí.

Finalmente entramos en una bolera y, aunque no me da pistas de dónde le gustaría ir, sé que al final acertaremos con este sitio. Casi toda esta peña apesta a pijerío.

La gente nos mira con desaprobación y es que las tres, con nuestra vestimenta, no podríamos estar más en desacuerdo con el resto.

Lo que parecía una interminable tarde de canguro de lo más sosa, se está convirtiendo en una tarde de lo más sorprendente. Empezamos una partida donde, ¡oh, qué sorpresa!, Roger es un experto en el tema. En cada tirada hace un pleno y mis babeantes amigas no dejan de aplaudirle. Él me mira con esa espléndida sonrisa y yo pongo los ojos en blanco. Intento ganarle, pero es imposible y eso me saca de quicio, tengo muy mal perder. Ahora mismo con la bola en la mano se la estamparía en ese bonito rostro.

Mientras mis amigas van a pedir algo de beber, Roger se sienta a mi lado.

—Siento que nuestra tarde se acabe —miento—, pero en media hora nos vamos. Tenemos entradas para ver a AC/DC.

Me mira con cara de listillo y, metiendo su mano en la chaqueta, me enseña una entrada.

—Ya vengo preparado, me dijo mi padre que ibas a ir al concierto.

Mi cara se contrae y supongo que se lo he dicho sin palabras.

—Pero si te molesto me voy al hotel.

—¿Te gusta AC/DC? —le pregunto sorprendida, intentando cambiar de cara.

—No están mal. Prefiero Metallica, pero me conformaré.

—¡Vaya! Al final no vas a resultar tan patético como esperaba. —No pensar antes de hablar es lo que tiene.

—¿Te parezco patético?

De pronto su expresión se vuelve triste y me siento mal. Se levanta para irse, pero lo cojo de la mano y lo hago sentarse. Le miro a los ojos, arrepentida.

—Perdona, es que a veces hablo sin pensar y...

—El único motivo por el que estoy aquí es porque mi padre intenta alejarme de mi novia.

Vaya, tiene novia. Y no sé por qué razón hace que me sienta celosa.

—¿Y eso por qué?

—Es una larga historia, pero digamos que ella tontea un poco con algunas sustancias y ha llegado a oídos de mis padres.

Este chico es muy diplomático hablando, en pocas palabras, su novia, la que seguramente será una finolis de cuidado, le da a la coca.

—Mañana nos vamos a Inglaterra, me quedo interno en una universidad

militar. Según mis padres es lo mejor que puedo hacer por mi futuro.

—Lo siento mucho.

Sin darme cuenta le acaricio la cara. Él pone su mano sobre la mía y la besa. Ese acto tan inocente, en un principio, de pronto se ha vuelto íntimo y me empiezo a acalorar. No entiendo nada, me acaba de decir que tiene novia y me ha besado la mano. Será algo fraternal, supongo.

Me mira fijamente a los ojos y sonrío.

—Me encanta tu nombre.

—Lo escogió mi padre, él es argentino. Si hubieras visto la cara de mi abuela materna al enterarse. ¡Casi le da un infarto al pensar que no me podían bautizar con ese nombre!

Nos empezamos a reír; Roger sigue con mi mano cogida.

—Aquí traemos refuerzos para ganar al chico de los viñedos en la próxima partida —dice Andrea.

Rápidamente suelto mi mano y me tenso. Marta deja sobre la mesa las bebidas, ayudada por Andrea. Nos miran a uno y luego al otro.

—Si queréis desaparecemos —suelta Marta con una sonrisa picarona.

—No hace falta, graciosa. —Le sonrío, sacándole la lengua.

Al final, acabamos ganándole, o más bien nos deja ganar. Con sus buenos modales y su espectacular sonrisa nos ha conquistado a las tres.

Cuando salimos de la bolera nos dirigimos al bus, pero Roger, al darse cuenta, niega con la cabeza y para un taxi que nos deja en la puerta principal del Palau Sant Jordi. Otro punto para Roger.

Al entrar nos encontramos con toda nuestra peña, debemos ser unos doce. Hoy estamos todos y hago una rápida presentación de Roger. Mis amigos lo miran como si fuera un extraterrestre, incluso algunos hasta con desprecio. Pero él, con su metro ochenta y mucho, no se amilana y los saluda cordialmente. Es muy bueno el contraste. Mis amigos, todos con chupas de cuero y pelo largo; el que no lleva un tatuaje en las manos, lo lleva en el cuello, y él tan refinado con su traje.

En ese momento suena la música y sabemos que empiezan los teloneros, pero yo no paro de buscar el baño, me estoy haciendo pis y no me aguanto. Roger me acompaña y mis amigas deciden ir con nuestros amigos. Quedamos en una parte de la pista.

Cuando salgo, Roger está apoyado en la pared, pensativo. Lo observo y veo a un chico guapísimo pero con tristeza en la mirada.

Cuando me mira y sonrío se le borra de un plumazo la tristeza, dando paso a una expresión feliz. Me acerco sonriente y me dice:

—Dime, por favor, que no llevas ningún tatuaje.

—Pues aún no, pero en cuanto cumpla dieciocho me pienso hacer uno.

Pone los ojos en blanco con cara de fastidio. ¡Pero bueno! ¡A este tío qué más le da!

—¿Crees en los flechazos, Azul?

—No.

—Pues yo acabo de tener uno.

Empiezo a mirar a mi alrededor y le pregunto:

—¿Ah, sí? ¿Con quién? —mientras lo pregunto vuelvo a sentir esa punzada de celos sin sentido.

De pronto, coge mi cara entre sus manos.

—Contigo.

Acerca sus labios despacio a los míos y yo, estupefacta, me dejo besar. Creo que yo también deseo besarlo. Sus labios suaves me besan sensualmente y mi vientre se contrae al sentir un pequeño placer indescriptible solo con un beso.

Cuando nos separamos lo miro con curiosidad, es mi primer beso, pero eso no se lo voy a decir. Si él supiera que varios chicos de la pandilla llevan meses detrás de mí y no han conseguido nada y él en una tarde ya me ha conquistado...

—Roger, me acabas de decir que tienes novia.

—Sí, perdona. Es que desde que te he visto, no sé, es como si...

De pronto empieza a sonar «Highway to hell», y grito sin dejarlo acabar, empezamos a correr hacia la pista donde hemos quedado con el resto.

Vamos haciendo espacio para poder pasar. Roger me sigue sin soltarme de la cintura hasta que llegamos donde están las chicas y todos nuestros amigos.

Cuando nos ven nos hacen hueco sin dejar de levantar las manos, eufóricos por la música. Siguen dos canciones más hasta que empieza Angus Young un solo y sé qué canción viene ahora, es «TNT», y me vuelvo loca.

Empezamos a gritar y Pedro, uno de mis colegas, me levanta y me sienta sobre sus hombros. Cantamos, gritamos y lo damos todo viendo a estos monstruos de la música. En un segundo miro hacia Roger y lo veo muy serio, simplemente mirando la actuación, me doy cuenta de que no está cómodo,

pero paso de él, es mi momento con AC/DC.

La gente nos apiña aún más y veo cómo empieza una pelea delante de nosotros. En un instante vuelan puñetazos a diestro y siniestro, como puedo, me bajo de los hombros de Pedro. Roger se acerca a cogerme de la mano mientras un Pedro, claramente celoso, se lo impide. Empujones e insultos, entre ellos, hacen que yo parezca estar ante un partido de tenis y que inútilmente pueda separarlos, decido irme, pero donde hay espacio para salir, es justo el lugar en el que se están calentando a base de bien los de delante de nosotros, aun así, prefiero irme. Con cuidado, voy saliendo hasta que noto que alguien me coge de la cintura y, bruscamente, me lanza por donde he venido. No entiendo nada, solo veo a un Roger que acaba de recibir un puñetazo y parece que iba dirigido a mí o a la persona que pasara en ese momento. Al girarse está sangrando por la nariz. Intento ir hacia él, pero no puedo, no podemos movernos.

Aparecen miembros de seguridad y, como pueden, sacan a los de la pelea, veo que Roger va hacia la salida y le digo a Pedro que me voy.

—¿Qué pasa?, ¿te mola el vendedor de enciclopedias? —me dice Pedro cogiéndome del brazo.

—Suéltame, imbécil. Venía conmigo. —Mi mirada se lo dice todo y me suelta rápidamente.

Consigo llegar hasta él y lo paro en uno de los pasillos.

—Roger, ¿estás bien?

Me mira con cara de pocos amigos y, tras asentir, se da media vuelta y se va. Lo vuelvo a parar.

—Roger, espera, le digo a Marta y Andrea que me voy y te acompaño.

—No hace falta, ya has hecho bastante. —Me mira como si el puñetazo se lo hubiera dado yo.

Y allí me quedo plantada viendo cómo se aleja de mí, con la sensación de que no lo volveré a ver.

2

Septiembre

En la actualidad...

—Holaaaaa, holaaaaa. Azul, ¿estás bien?

Estoy absorta mirando al infinito y cuando vuelvo a la realidad, veo a la loca de mi amiga y secretaria, Cati, haciendo aspavientos.

—Azul, ¿me puedes decir dónde estabas? Porque tu cuerpo sí que está, ¡y madre mía qué cuerpo!, pero tu mente estaba muy lejos de aquí.

—Bueno, digamos que hoy estoy un poco melancólica —le digo con expresión triste.

—Pues alegre esa cara que hoy es viernes, además, tenemos que ponernos al día con todo lo que hay pendiente, así que bajo a por unos cafés y nos ponemos las pilas.

—¡Señor! ¡Sí, señor! —contesto con fingida seriedad, haciéndole el saludo militar.

—Así me gusta, que se note quién manda aquí. —Se va riendo y moviendo el culo de una forma que solo sabe hacer ella dentro de ese minúsculo vestido.

Trabajo en un despacho de abogados desde que me licencié en derecho. Tuve la suerte de empezar las prácticas en un bufete de Barcelona, donde el dueño vio en mí un potencial y, por lo visto, no le he defraudado.

Me especialicé en diferentes ramas de la abogacía, al principio empecé como abogada matrimonial y, para mí, resultó ser un infierno. Por el alto nivel adquisitivo de nuestros clientes veía tanta injusticia, con respecto al resto de la humanidad, que me desquició y, al final, me decliné por el tema laboral. Así que ahora trabajo asesorando en temas de importancia con grandes multinacionales.

El problema lo tenemos ahora. Después de torear la crisis como hemos podido y luchar día sí y día también, resulta que nuestro bufete no aguanta más. Según nos informó ayer el Sr. Olivé, dueño de toda la planta de este edificio, dentro de lo malo hemos tenido suerte, ya que, por lo visto, nos ha absorbido otra empresa.

Lo que no sabemos es si seguiremos como hasta ahora, con los mismos

clientes, con el mismo personal, si habrá despidos o por el contrario vendrán más abogados a la empresa. El próximo lunes nuestras dudas se disiparán, ya que vendrán los propios «compradores» a informarnos de todo.

—Aquí tienes, café largo para la jefa más maravillosa del mundo.

Cati deja el café sobre mi mesa en el único espacio en el que no hay papeles. Sin tiempo que perder, empezamos a organizar todo el caos pendiente.

Cati entró por el mismo tiempo que yo, pero como administrativa. Rápidamente nos hicimos amigas y es que lo que tengo claro en mi vida es que no puedo con las injusticias y, eso, muchas veces me trae de cabeza, tanto a nivel profesional como personal.

Ella era una chica apocada, vestía con ropas excesivamente grandes para su talla. Parecía que quería esconderse del mundo hasta que un día me planté y le exigí que me explicara cuál era su problema, aunque yo ya me había dado cuenta.

Con mucha paciencia y cariño la ayudé poco a poco a ser la persona que, yo sabía, estaba bajo toda esa ropa y esas capas de timidez. Salió la maravillosa Cati, una preciosa y alegre damita que no le importa que la miren por su descarada manera de vestir y tiene el valor de decirle a una chica «me gustas». Estoy muy orgullosa de ella.

—Esta noche he quedado con las chicas del *gym* para irnos de fiesta. ¿Te quieres venir?

—No, gracias, Cati. Hoy me voy a recluir en casa y no saldré hasta el lunes por la mañana, además, aún tengo *jet lag* del viaje.

Hace tan solo unos días que he vuelto de Argentina. He pasado todo el mes de agosto allí y he conocido al que es mi hermanastro.

El mismo día que me licencié, mi madre descubrió que mi padre tenía una doble vida en Argentina, cosa que él desmintió hasta la saciedad, y solo admitiendo, al final, que tenía un hijo de mi edad y que había sido en un momento de debilidad.

Mi padre viajaba una o dos veces al año a su país natal, decía que tenía negocios que atender allí y de paso aprovechaba para estar con sus padres. Por su parte, mi madre no quería dejarme sola con mis abuelos durante tantos días, así que como un matrimonio donde hay confianza él partía sin ningún tipo de problema u objeción por parte de mi madre.

Hace exactamente nueve años que mis padres se separaron y ocho que no

veía a mi padre. Al no poder convencer a mi madre para que le perdonara, mi padre decidió irse a vivir con mis abuelos paternos. Mi madre me mantuvo al margen de todo y me exigió seguir manteniendo contacto con mi padre porque, según ella, a quien engañó fue a ella, aunque yo no estoy muy de acuerdo con eso, yo también sufrí daños colaterales al tener que aceptar a un hermano que no sabía que existía. Pero, por suerte, todo ha ido bien y durante este mes de agosto he visto a mi padre y he conocido a mi hermano Lucas.

Es informático y en su tiempo libre profesor de *windsurf*. Un «potraso» de mucho cuidado, como dicen allí, y he podido comprobar cómo media Mar del Plata sucumbe a sus encantos y no es para menos. Es un par de años más pequeño que yo y dos palmos más alto, tiene el pelo castaño claro rizado y le llega hasta los hombros. Cuando lo vi por primera vez me impactaron sus ojos tan parecidos a los míos, pero es en lo único que nos parecemos.

Lo han criado mis abuelos paternos, ya que, por lo visto, lo único que pretendía su madre era poder enganchar a mi padre y al ver que no lo conseguía, abandonó a mi hermano en casa de mis «viejitos» y, por lo que he visto, nunca le han perdonado a mi padre que fuera infiel a mi madre.

Después de un día agotador y sin haber terminado todo el trabajo, recojo mis cosas y me voy a casa. Pienso en llenar la bañera hasta el máximo permitido y voy a relajarme tanto que espero no dormirme.

Vivo en un piso alquilado y por la zona donde está yo no me lo podría permitir, pero fue uno de los incentivos de mi trabajo y todos los abogados del bufete disponemos de un piso de alquiler pagado por la empresa.

Yo he aprovechado estos años y con el dinero ahorrado me compré una casita en un precioso pueblo costero a cuarenta kilómetros de Barcelona. Allí vive mi madre. Mi trabajo ocupa casi todo el día, así que para mí es más cómodo vivir en Barcelona y que ella disfrute de su huertecito y la naturaleza que le rodea al lado del mar.

Al llegar dejo las llaves sobre la repisa de la entrada y mientras me quito los tacones voy leyendo el correo que, sin tener ninguna importancia, dejo junto a las llaves.

Me encanta este piso, es todo exterior y enorme. Tiene cuatro habitaciones, y sé que para mí sola es demasiado, pero eran todos iguales, así que me he adaptado rápidamente. Hay dos dormitorios, uno, el mío, y otro lo utiliza mi madre cuando se aburre y viene unos días a verme (normalmente es cuando corta con algún novio de esos exprés que tiene).

Voy descalza por el suelo de parqué hasta llegar al baño. Abro el grifo y empiezo a echar sales de baño. Decido poner a John Legend de fondo y me dirijo a la cocina para llenar una copa de vino. Este es mi ritual de los viernes cuando no salgo a cenar o de fiesta con las locas del gimnasio.

El agua está a la temperatura ideal, me desnudo y entro poco a poco, notando cómo mi cuerpo se envuelve del placer relajante de un baño. Cierro los ojos e intento no pensar en nada, pero se van filtrando sin querer imágenes de mi reciente viaje a Argentina, con mi padre y mi hermano comiendo en un restaurante, cuando de golpe, y no sé por qué, la imagen de Roger vuelve a mí. Bueno, en realidad, sí sé por qué, hoy sobre la mesa del Sr. Olivé he visto unos documentos de pasada y he leído el nombre de Roger como uno de los compradores del bufete. Claro que es absurdo pensar que aquel chico alto y guapísimo que una vez conocí, sea ahora mi jefe. La de veces que he tenido que tratar con personas con ese nombre, y es curioso, aún, cuando leo o escucho el nombre de Roger, me da un vuelco el corazón.

No lo volví a ver. De hecho, mi padre no pudo entrar como proveedor de su empresa y hasta ahí llegó mi información. A veces pienso en buscarlo por las redes, si tendrá Facebook o Instagram, en cómo le habrá ido la vida, si estará casado y tendrá hijos... La verdad es que me rompió un cachito de corazón verlo irse de aquella forma.

Yo, por mi parte, sigo soltera, le he dedicado tanto tiempo y esfuerzo a mi trabajo que ahora estoy a mis treinta y dos años sin haber mantenido una relación sentimental de más de seis meses. Bueno, eso y que cuando la cosa se empieza a poner seria y quieren ir más allá, les cojo manía. Empiezo a sacarles defectos, aunque no los tengan, y el hecho de no tener defectos también es uno de ellos, y todo se resume a cuando dicen las palabras mágicas y esperan que yo las diga, creo que nunca he dicho un «te quiero» o un «te amo» con el significado que conlleva. Y hay que decir en honor a ellos, que el que me aguanta tiene un gran mérito, porque soy de mecha corta.

Me considero buena persona y a veces hasta tonta, pero si me tocas los ovarios, los encuentras rápidamente. No me gusta la gente que te juzga sin conocerte y que por tu apariencia se hace una idea rápida de si vales o no la pena. Así que cuando conozco a alguien así, saco la víbora que llevo dentro y que Dios lo pille confesado.

De pronto suena mi móvil, está en la mesilla de noche. ¡Viva Murphy, que con su ley hace que pase todo esto! Pero sea quien sea se tendrá que

esperar a que termine.

Vuelve a sonar. Y así tres veces más. Empiezo a preocuparme, al final, decido salir de la bañera, me pongo el albornoz y voy a por el teléfono. Con sorpresa, veo que el primero en llamar ha sido mi jefe, el Sr. Olivé, y todas las llamadas restantes son de Cati, qué raro, miro el reloj y veo que son las nueve y media de la noche.

Llamo a mi jefe, pero sale el buzón de voz. Seguidamente llamo a Cati.

—¿Se puede saber qué pasa? —le pregunto, en parte preocupada.

—¡Por fin puedo hablar contigo! Es el jefe, nos ha llamado a todos, uno por uno, dice que mañana es muy importante que estemos en el bufete a las nueve de la mañana.

—¡Mañana! ¡Pero si es sábado!

—Sí, chata, será algo urgente. Lo único que me ha dicho el Sr. Olivé, es que te intentara localizar porque no contestabas al teléfono.

—Vale, pues nos vemos mañana y diviértete por mí.

—¡Eso está hecho!

Nada más entrar por la puerta, Berta, la recepcionista, me indica que están todos en la gran sala de juntas.

Solo faltó yo, así que con Berta a mi lado entramos en la sala.

Están todos sentados y tan solo hay una silla libre. Veo que Cati está sentada al lado y me hace señales para que me acerque, así que supongo que es para mí, me disculpo en general y me siento.

Estamos todos tras la enorme mesa ovalada.

Presidiendo hay dos hombres que no había visto en mi vida. Uno más mayor de unos cincuenta años, calvo, delgado y con cara de pocos amigos. He visto al sentarme cómo me ha mirado y creo que de entrada no le he caído muy bien. El otro es más joven, quizás de mi edad. Moreno y muy atractivo, todo hay que decirlo.

—Buenos días, mi nombre es Carlos Farrés, y soy el jefe de administración de la empresa Roforcla, S. L. Este es mi compañero y segundo al mando de este barco, Rafael Gamero.

Todos saludamos con la cabeza y este me mira de lo más sonriente. Bueno, por lo menos a este no le he caído tan mal.

—Como ya sabéis, nuestra empresa ha absorbido el bufete junto con todo el personal. Por todo ello, paso a detallar la forma en que os afectará este cambio.

Al decir esto todos nos miramos y la tensión se nota en el ambiente. El Carlos este, que a cada segundo me cae peor, no se inmuta y sigue leyendo sin mirarnos a ninguno.

—El Sr. Olivé, por su expreso deseo, ha iniciado los trámites de su jubilación, así que, tras esta baja, de los ocho abogados que dispone el bufete solo quedarán cuatro como activos de la empresa. —Un pequeño murmullo se empieza a levantar, pero él ni se inmuta y continúa leyendo—. Así pues, también quedarán exentos de despido sus asistentes personales.

Levanta la mirada hacia nosotros y parece haber un atisbo de humanidad en su expresión cuando dice:

—Lamento ser portador de semejantes noticias, pero es lo único que hemos podido hacer para que este bufete no desaparezca. Por supuesto, a las personas que no permanezcan aquí, se las intentará ubicar en otros bufetes, tanto a abogados como a asistentes.

Tras seguir hablando durante diez minutos más, por fin llega al último punto.

—Otro de los beneficios que tenían es en relación a las viviendas que disfrutaban. Hablo en pasado porque en quince días deben desalojar los pisos o actualizar el contrato de alquiler, pagando cada uno el suyo propio.

Otra vez el murmullo, pero por ahí ya no paso. No por mí, porque yo tengo una vivienda, pero hay compañeros que acaban de ser padres y eso les supone, en quince días, buscar, encontrar y hacer un traslado. Sin contar que últimamente nuestro sueldo ha sido tan bajo que es imposible encontrar algo medianamente aceptable, así que, sin ningún tipo de temor, interrumpo a Carlitos:

—Perdone un momento —todos se giran hacia mí—, ¿usted sabe que los pisos en los que vivimos tienen un contrato de alquiler antiguo? —Él asiente, qué absurdo, si debe saber hasta qué marca de bragas uso—. ¿Y también sabe que un contrato actual de esos pisos cuadruplicaría el valor del alquiler? —Vuelve a asentir, y ahora es cuando le estamparía la grapadora en la cabeza—. ¿Y también sabe que con nuestros sueldos no podemos ni de coña alquilar un piso de esas características?, entonces, ¿por qué no mantienen el mismo contrato que hay con el bufete, pero a nivel particular?

—Lo siento, señorita... —Hace como que mira el papel, buscando lo que se supone es mi nombre.

De pronto una voz profunda y segura habla a mis espaldas:

—Azul, se llama Azul.

Todos nos giramos. Alzo la vista y tengo frente a mí al Jason Momoa de *Conan*, al más puro estilo intelectual si es que eso es posible. Tiene el pelo castaño y le llega por los hombros, cosa rara en gente de esta posición. Lleva un traje azul oscuro que le queda a la perfección. Siento su mirada en mí, implacable y felina, mientras avanza hasta llegar a ponerse frente a todos.

—Buenos días, y disculpen mi interrupción.

Rápidamente Carlos se levanta para ofrecerle su asiento y, tras una expresión de orgullo, se dirige a nosotros:

—Señores, les presento al señor Roger Fortuny. Director general de la empresa.

Tras estas palabras, me doy cuenta de dos cosas; la primera es que Carlos es un puto lameculos de mierda y la segunda, que este tío tan espectacular no es otro que el Roger que me hizo pasar el peor concierto de mi vida.

Tras mi sorpresa inicial, consigo cerrar la boca y sonrío como una tonta, lo miro y sigo sonriendo a la espera de que él me salude, pero en lugar de eso, y con su expresión intimidante, lo único que hace es decirme:

—Perdone, ¿esa sonrisa se debe a algo especial o es que se alegra de verme?

¡Dios! Me ha dejado KO y eso solo lo pueden decir muy pocas personas. Hay alguien que se ríe por lo bajo y sé quién puede ser, pero la mayoría no están para reír mucho después de lo que han expuesto. Armándome de valor y sin hacer caso a que mi cara hace juego con mi pelo, le suelto en plan repelente:

—Disculpe si le ha molestado mi sonrisa, es que le había confundido con otra persona. —Omíteme mi respuesta y continúa hablando—:

—Pues hasta aquí la reunión de hoy, en los próximos días...

—¡No, de eso nada! —les increpo. Reconozco que muchas veces soy peor que un grano en el culo, pero es que estamos hablando de muchas familias—. Aún no nos han contestado. ¿Qué va a ser de los que nos quedamos sin viviendas? ¡En quince días no podemos hacer nada! ¿Y los que saldrán de la empresa? ¿Cuándo nos lo dirán? No se pueden ir como si nada después de lo que nos han soltado.

Miro a mi alrededor y al primero que veo es al Sr. Olivé, se ha levantado y está apoyado en la pared con cara de descompuesto. Supongo que para él tampoco debe ser fácil ver cómo el bufete al que ha dedicado toda su vida

acaba en manos de un idiota que está echando a la mitad de la plantilla fuera, y los que queden ve a saber lo que pasará.

La gente empieza a hablar toda a la vez. Miro hacia Roger y lo veo impertérito mirándonos y esperando que callemos. Es tal su aura de poder que sin hablar, en menos de cinco segundos la gente está callada esperando a que hable.

—Bien, ahora Rafael os dirá a cada uno la hora en la que tendréis que llegar el próximo lunes y se os informará personalmente de cuál será vuestro desenlace en la empresa.

Dicho esto, se levanta, se acerca al Sr. Olivé y, con un apretón de manos, se despide de él y se va.

Ni siquiera se ha acercado a saludarme, aunque tampoco tendrá mucha importancia mi persona para él. Después de todo, solo fui una adolescente que besó una vez y de eso hace por lo menos quince años.

3

El lunes llega y es curioso, no tenía que madrugar, pero me he levantado temprano, noto que estoy alterada, supongo que se debe a mi situación laboral y que no he parado de pensar en Roger en todo el fin de semana. La ducha me ayuda a tranquilizarme. Desayuno tan solo un café, tengo el estómago cerrado.

Cuando voy a vestirme decido «sin querer» ponerme un traje chaqueta negro que se ciñe bastante a mi cuerpo. La chaqueta es corta y de un solo botón y deja ver un top blanco precioso. Me calzo unos taconazos y andando. Mi maquillaje solo es un poco de rímel y brillo en los labios, nunca me ha gustado ir muy pintada. En muchas ocasiones lo hago, sobre todo en temas relacionados con mi trabajo, no me puedo permitir el lujo de llegar a un juzgado con la cara de zombi que me levanto.

Bajo a por mi coche al *parking* y pongo rumbo a la oficina, no puedo sacarme el nudo del estómago.

Llego a la puerta del edificio y veo a Cati esperándome, nos han dicho que llegáramos sobre la una de la tarde y que seguramente seríamos las últimas.

Nos sentamos en la sala de espera como si fuéramos uno más de los clientes que hasta ahora atendíamos nosotras. Tras media hora allí sentadas, vemos cómo empieza a desfilar gente. En la cara de Cati se refleja un miedo atroz, sus grandes ojos marrones no lo disimulan. Y yo intento mantenerme tranquila, pero como no nos llamen pronto soy capaz de estrangular al siguiente que salga, vamos, que estoy que boto.

Por lo que estamos viendo y tal como dijeron, el *pack* va unido: si continúa el abogado, continúa la secretaria. Lo malo de esto es que no sabemos, de los ocho abogados que somos, cuántos han ido a la calle, así que no sabemos lo que nos toca.

Rápidamente salimos de dudas. Nuestra compañera y arpía, Natalia, a la que comúnmente llaman la Rottweiler, por su agresividad en el trabajo, nos informa con cara de sobrada cómo está el tema:

—Lo siento, chicas, Rebeca y yo éramos las últimas en salvarnos. Creo que os toca ir al paro.

Y con una cínica sonrisa se gira para irse.

—Gracias, Natalia, tan directa como siempre. —Le pongo cara de falsa para que me vea sonreír. Hace un ademán con la mano mientras se va, como queriendo decir «de nada, chicas».

—Hija de puta —susurro mientras miro a Cati, que continúa con sus ojos de gato asustado.

Natalia se gira de pronto, gritándonos como una energúmena:

—¿Qué me has llamado!?

—¡Ostras! —dice Cati, que se levanta de golpe al ver venir hacia nosotras a la Rottweiler.

Sin saber que nos están observando, me levanto lentamente y me planto frente a Natalia. Estamos a la misma altura y a un palmo de distancia.

—He sido yo quien te ha llamado «hija de puta». —La miro a la cara sin arrepentirme ni un ápice de lo que acabo de decir.

—Pues contén esa lengua si no la vas a utilizar para algo mejor.

—Eso te lo dejo a ti, que eres una experta.

—Pues parece que me ha salido bien la jugada porque tú estás en la calle y yo no.

Aprieto los puños, pensando en décimas de segundo lo que me gustaría darle un puñetazo en esa cara de bótox, sí, decididamente se lo voy a dar, pero mi brazo se paraliza de golpe.

—¡Señorita Azul Marozzi! —una voz más alta de lo usual nos interrumpe. Al ver que ninguna nos movemos, Rafael se acerca a nosotras y, cogiéndome suavemente del brazo, me indica:

—Azul, por favor, el Sr. Fortuny te está esperando, es tu turno.

Sin quitar la mirada visual de Natalia, cojo mi bolso mientras un Rafael paciente despide a Natalia que sale toda malhumorada hablando por lo bajo.

Nunca nos hemos llevado bien, siempre ha sido con quien más he discutido de temas laborales. Aunque reconozco que la tía es buena en su trabajo, para mi gusto es fría y sin escrúpulos, por eso, hay clientes que la quieren única y exclusivamente a ella. Sin contar que también es la tía más guapa que he visto en mi vida. Es de mi altura, morena con el pelo largo, siempre lo lleva recogido en un moño alto y bien tirante. Tiene unos ojos verdes preciosos y un cuerpo que cuida mucho. El problema es cuando abre la boca, tiene un carácter tan fuerte y es tan prepotente que de golpe pasa a ser la mujer más fea del mundo.

Había rumores en la oficina de que le gustaba estar demasiado en el despacho del Sr. Olivé, yo nunca he prestado atención a estas absurdidades y sé que si está donde está es porque es inteligente, una víbora, pero inteligente.

De golpe pasa por mi mente ella en el despacho de Roger, y reconozco que no me ha gustado nada que esté cerca de él.

Al entrar en la sala de juntas veo a un guapísimo Roger presidiendo la mesa, justo a su derecha se va a sentar Rafael, esperando a que yo lo haga antes.

—Hola, Azul, por favor, siéntate. —Roger se levanta como gesto de caballerosidad, como si me importaran ahora mismo esas chorradas.

—Gracias.

En cierta forma estoy preparada para lo que viene, por supuesto, no voy a llorar. Es un despido, no una sentencia de muerte y la verdad es que tampoco tengo familia a la que mantener. Así que, como el pesimismo no va conmigo, intentaré ver el lado positivo si es que lo encuentro. Por ahora, lo único positivo es que lo tengo a él delante.

Silencio y más silencio. Roger está mirando sus papeles y me empiezo a desesperar. ¿De verdad lo que me tiene que decir no lo ha preparado antes? Como siga así me levanto y me voy.

Empiezo a tamborilear los dedos en la mesa haciendo presente mi malestar, sí, soy una mosca cojonera, es uno de mis mejores papeles. De pronto alza la cabeza y fija en mí sus felinos ojos.

—Vaya, parece que tienes prisa.

—Justo eso es lo que menos tengo, pero me gustaría acabar con esto cuanto antes.

Suspira mirándome fijamente. Me siento como ese cervatillo acechado por el leopardo despiadado, sabiendo que no tengo escapatoria.

—Pues vamos allá. Tu contrato con este bufete queda rescindido desde el día de hoy.

A la vez, me muestra los papeles que tengo que firmar. Ahora mismo mi interior está desolado, lo esperaba, pero, aun así, me siento vulnerable y soy incapaz de leer con detenimiento lo que me ha puesto delante.

Levanto la cabeza y le pregunto ignorando el papel:

—¿Puedo saber en qué te has basado o el criterio que has utilizado para saber de quién prescindir?

Está serio, su aplomo y seguridad a la hora de hablar, me hace entender

que tan pronto como ha entrado en mi vida va a salir rápidamente.

—Simplemente he escogido a los más «agresivos» e implacables. Para este bufete los necesito así y según me ha comentado el Sr. Olivé, eres la mejor abogada pero a la vez la que más involucra sus sentimientos.

—Perfecto, ¿dónde firmo?

Nunca me ha gustado que me digan mis defectos o debilidades a la cara y menos un tío que no me conoce de nada.

Rafael me señala dónde firmar, lo hago y cuando dejo el bolígrafo sobre la mesa y voy a levantarme, Roger me dice:

—Espera un momento, por favor.

Me vuelvo a sentar. Siento que me hierve la sangre, el cervatillo se va transformando por momentos en leona.

—Tengo que hacerte una propuesta.

Si no fuera por la situación y su cara tan seria diciéndomelo, le haría un comentario a esa frase, pero mejor me callo.

—Tú dirás.

—No sé si te han informado de que dispongo de diferentes empresas. — Hace una pausa y sigue mirándome—. Me gustaría contratarte como mi asistente personal.

—Yo no soy secretaria —le digo secamente.

Su cara es de todo menos cordial.

—Si me dejas te explico. —Asiento con la cabeza—. Justo en este momento necesito a alguien especializado en empresas, me dijo Olivé que eras la mejor en optimizarlas. Tengo un asunto personal que resolver y necesito tu ayuda. Espero que sea por poco tiempo, pero tengo que intervenir.

—¿Me estás diciendo que, primero, me echas de un plumazo y ahora me pides que te ayude?

—Bueno, míralo desde la perspectiva que le haces un favor a tu secretaria.

—No entiendo nada.

—Si aceptas, ella pasará como plantilla fija en los viñedos de mi familia. Si te niegas las dos os vais a la calle. Así de sencillo.

Viendo mi cara de perro a punto de ir a la yugular, se dirige a Rafael y le dice:

—Déjanos solos un momento.

En cuanto Rafael sale por la puerta, explota:

—¡Eres un cabrón! ¿Lo sabías? —le estoy gritando mientras me levanto. De paso le miro con mi cara de odio más absoluta y que muchas veces intimida al más valiente.

Tan tranquilo como si le hubiera dado las buenas tardes se levanta y poco a poco va andando hacia mí. Continúa hablándome:

—Es más, serás mi sombra o yo la tuya. Tengo que estar al tanto de tus movimientos y tú de los míos. Es necesario que la empresa no se hunda o con ella se hundirá mi familia.

Me tiene contra la pared y con este último comentario me ha bajado un poco el grado de mala leche, pero, aun así, no me olvido de que me está chantajeando. Con toda la confianza del mundo se acerca más a mí y pone su mano en mi cadera y ¡hasta diría que una parte me toca el culo!

—No me toques, imbécil —le digo muy despacio.

—Vaya, vaya, parece que te gusta mucho insultar a la gente. —En ese momento quita la mano y con las dos coge mi cara, para mi sorpresa me besa. Es un beso fugaz y posesivo, sin espera a respuesta, pero lo suficiente bueno para que mi cuerpo reaccione.

Lo empujo como si fuera capaz de moverlo.

—¿Qué haces? —le digo indignada.

—Es lo que encontrarás cada vez que me insultes.

Me quedo alucinada y miro cómo se da la vuelta para volver a su sillón.

—Eso es un poco infantil, ¿no? —le pregunto.

—Exactamente igual que tus insultos. Por favor, siéntate.

Vale, me ha dado un buen zasca, pero me vengaré. Sin saber por qué, mi interior se siente feliz, aunque mi cabeza eche humo.

—Necesito una respuesta ahora. No te olvides de que Catalina está esperando fuera.

Joder, joder. Es pensar en Cati y ya lo tengo decidido, y es que, aunque tenga un año menos que yo, para mí es como si fuera mi hermana pequeña, durante estos años la he protegido todo lo que he podido y ahora no va a ser menos.

Me la imagino sola esperando el mazazo del despido y con lo tremenda que es, pensará que lo único que le espera es el patíbulo. Le ha costado mucho abrirse a nosotros y ser ella misma, no quiero ni pensar en que se ponga a buscar otro trabajo. Si está en mi mano la ayudaré.

—Acepto. Pero quiero que Cati tenga un contrato blindado mientras ella

quiera.

—Dalo por hecho.

Su mirada y la mía están conectadas.

—También, este mes que trabaje contigo, quiero cobrar el doble de sueldo que tengo aquí.

Sonríe como un auténtico pilluelo, enseñándome su preciosa sonrisa.

—Te necesitaré las veinticuatro horas disponible para mí —vale, esa frase y después del beso, me hace ponerme colorada—, por supuesto, estamos hablando solo de trabajo.

Su sonrisa se hace más evidente; está disfrutando mucho de la situación.

—Te iba a pagar mucho más, pero si solo quieres el doble... He visto vuestros salarios y no es que sean muy generosos.

Toda muy digna le respondo:

—En los momentos de crisis decidimos bajarnos el sueldo, también nos compensaba que el bufete nos pagara una vivienda. Luchamos para que esto que está pasando no ocurriera, pero al final no ha podido ser.

—Pues yo me alegro porque por fin te he encontrado. ¿Te acuerdas de mí, Azul?

Su expresión se ha suavizado, y si no fuera porque su imagen parece imperturbable diría que está nervioso.

—Por supuesto. ¡Cómo olvidar el concierto más desastroso de mi vida!

Intento quitarle seriedad al tema. Me he acordado mucho de él. Y aunque solo fue una tarde, siempre he pensado en lo que hubiera pasado si Roger hubiera vuelto a por mí, porque yo sé que le gustaba y él a mí también.

—Bueno, vamos a lo que nos ocupa. —Parece que da por zanjado el tema —. Quiero que en una hora estés aquí con algo de ropa hasta el sábado que estarás de vuelta.

—¡Imposible! No me da tiempo. Hasta que llego a casa, preparo la ropa y todo, mínimo dos horas.

—No tenemos ese tiempo, necesito que esta tarde te pongas con algunos empleados antes de que terminen la jornada. Lo único que puedo hacer es pasarte a buscar por tu casa en una hora y nos vamos directos a los viñedos. Tu dirección es la que indica en el contrato de alquiler, ¿verdad?

—Sí.

—Vale, pues quedamos allí.

Pues nada, a mandar.

Salgo del despacho y llego hasta Cati, la veo sentada junto a Rafael la mar de contentos. Parece que se me han adelantado con las noticias.

—Azul, ¿cómo ha ido?, Rafael ya me ha explicado por encima cómo quedarán las cosas.

Miro con cara de pocos amigos a Rafael.

—Bueno... —dice Rafael un poco avergonzado—, es que Roger me dijo que no te negarías.

—¡Esto es increíble! ¿Y si lo hubiera hecho? Vosotros no me conocéis, no sabéis nada de mí.

—Pues por lo visto él sí —dice Rafael a la vez que ofrece su brazo a Cati para dirigirse a la sala de reuniones.

Por lo menos estos dos tienen buen rollo, eso me alegra, y saber que Cati no va a perder su trabajo también. Lo mío es otra historia, estaré ese tiempo al que he accedido con Roger en los viñedos y luego ya veré qué hago. Aunque no sé por qué me siento intranquila, hay algo que se me escapa.

Cruzo lo rápido que puedo el tramo de Barcelona en hora punta hasta llegar a mi casa. Ya me he comido media hora. Dejo en el *parking* a mi querida Giulietta que es un bombón de coche y me despido de ella hasta el sábado.

Mientras cojo a toda velocidad la maleta y empiezo a meter indiscriminadamente todo tipo de ropa, llamo a mi madre.

—¡Tesoro! Qué alegría que me llames. Ahora estaba preparándome la comida, si quieres venir, ya sabes.

—El sábado voy sin falta.

—¿Cómo que me llamas a estas horas?, no es normal en ti. ¿Pasa algo?

—Mami, ya sabes que hoy nos tenían que decir cómo quedaba todo en el bufete y bueno, pues...

Sin querer se me saltan las lágrimas.

—Cariño, ¿estás bien?

—Sí, mamá, es que, bueno..., yo he sido una de las despedidas, pero, por ahora, sigo trabajando para el nuevo jefe en otra empresa.

—Bueno, pues entonces no es todo tan malo. Además, tú sabes hacer frente a cualquier situación. En cuanto te conozcan no sabrán vivir sin ti.

—Ja, ja, ja, eso lo dice mi madre, sabes que eso en un juicio no tendría valor, ¿no?

—Pero es verdad.

Mi madre como siempre, dando su porción dulce a un trago amargo. Aún, no entiendo cómo mi padre pudo hacerle tanto daño.

—¿Cómo está mi pequeño Travis?

—Pues ahora mismo está castigado. Esta mañana a escarbado justo donde ayer planté unas caléndulas preciosas y lo ha destrozado todo. —La oigo gritar—: ¡Sí, de ti estoy hablando!, míralo cómo sabe que estoy enfadada con él. Baja la cabeza el muy sinvergüenza.

—Cuando se te pase el enfado dale un beso de mi parte y otro para ti. Te dejo, mami, que me vienen a buscar y no llego a tiempo.

—Un beso, hija, nos vemos el sábado.

Travis es mi pequeño golden retriever. Unos amigos tienen una pareja de ellos y al tener la primera camada dijeron que uno era para mí y me lo regalaron. El problema es que no puedo tenerlo en el piso y no es por mí, sino que me daba penita tenerlo todo el día aquí solo y encerrado. Así que lo llevé a vivir con mi madre, en la casa hay terreno por todos sitios y puede correr y divertirse escarbando las flores que planta mi madre. Yo lo echo mucho de menos, pero sé que a mi madre le hace bien tenerlo, están los dos solos, así que se hacen compañía mutua. Se llama Travis en honor al guapísimo protagonista de la serie *Vikingos*.

Bajo todo lo rápido que puedo y al salir del portal lo veo apoyado sobre su coche, aparcado en doble fila. Me acerco hasta él y mi cuerpo reacciona, creo que hasta me he puesto nerviosa.

—Lo siento, pero no he podido ir más rápida.

Bueno, por lo menos sonrío.

—No pasa nada, acabamos de llegar.

Se gira y abre la puerta del copiloto. De ahí sale una chica rubia con el pelo corto tipo Taylor Swift, es guapísima, diría que es modelo por su delgadez y altura. No le echo más de veinticinco años y todo esto en un escaneo de dos segundos. De golpe paso a sentirme fea y gorda, aunque mi talla sea una cuarenta.

—Azul, te presento a Claudia.

Le tiendo mi mano y ella deja caer la suya. Qué cosa más blandengue de tía.

Respiro hondo y recuerdo lo de no juzgar a nadie por su apariencia, tengo que darle una oportunidad.

—¿Azul? ¿En serio te llamas así? —suelta la «cerebrita» riendo.

Ya estoy acostumbrada a esas gracias, pero la verdad es que cada vez tengo menos paciencia.

Le aprieto la mano a la vez que le digo con falsa sonrisa:

—Sí, ese es mi nombre.

Roger coge mi maleta y va hacia la parte trasera del coche. Perfecto, este coche es de dos puertas y, aunque es un cochazo, siempre me ha dado un poquito de claustrofobia subir en la parte trasera, pero viendo lo maja que es la rubia, apresurándose a cederme ese lugar, subo y solo espero que el trayecto sea corto.

Nada más iniciar el viaje, veo cómo Claudia aprovecha para posar su delgada y perfecta mano sobre la pierna de Roger, parece que quiere marcar territorio y eso me hace gracia. Si supiera que hace dos horas me ha besado, no sé qué pensaría. Este chico es un picaflor me parece a mí, así que en cuanto acabe mi trabajo espero alejarme todo lo que pueda de él.

Intento evadir mis pensamientos de donde estoy y pienso en lo que me esperará en los viñedos, según dijo Roger habrá que realizar un duro trabajo y me encantan los retos, así que voy dispuesta a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudar.

—Cari, ¿falta mucho? Es que necesito ir al baño y no me aguanto —dice Claudia a la vez que hace un puchero mientras lo mira.

¡Uf, qué tía más petarda! Parece una niña pequeña.

—En el próximo área de servicio paramos —dice «el cari», apretándole la mano cariñosamente.

Dicho y hecho. Pasados unos kilómetros, paramos y mientras esperamos fuera miro descaradamente a Roger y, sacando la víbora que llevo dentro, le pregunto:

—¿Qué pasaría ahora si te insulto?

Roger sonrío achinando esos maravillosos ojos y, como si me fuera a devorar, dice:

—Te besaría igualmente.

Estamos a escasos centímetros.

—¿Aunque esté tu novia aquí? —Mi mirada es como poco retadora.

—Ella no es mi novia. —¡Ja!, al ver mi cara incrédula continúa—: Si quieres haz la prueba.

—Es igual —le digo apartándolo, posando mi mano en su pecho—. Mejor no me arriesgo.

—Tú te lo pierdes, pelirroja —dice guiñándome un ojo.

Madre mía con el tío este. Está bueno y lo sabe, está muy pagado de sí mismo y, aunque me encantaría besarlo, también me gustaría darle una buena hostia en toda la cara, así que mejor me aparto y paso de él.

—¿Me estoy perdiendo algo? —pregunta Claudia de pronto.

—Nada que no pueda esperar —contesta Roger mirándome.

—No entiendo nada. —Y doña «que me rompo» se acerca y lo besa.

Por absurdo que parezca me duele. Para mí, en mi mente, siempre guardé el recuerdo de Roger como algo mío. Es una sensación incomprensible puesto que su vida y la mía han seguido caminos diferentes. Él ya no es aquel chico larguirucho con el pelo rapado y mirada triste. Ahora es todo un adonis con el pelo largo, cosa que me encanta, y su mirada es de todo menos triste.

Reanudamos el camino y pasada una hora de absurdas conversaciones por parte de Claudia, dejándome claro que en su vida lo que menos le falta es el dinero, llegamos a lo que supongo serán los viñedos.

Paramos frente a una casa preciosa de obra vista. Miro a mi alrededor y, exceptuando una casa muy parecida que hay a unos metros, todo el resto es campo. Toda mi vida he vivido en Barcelona, rodeada de edificios y ruido por todas partes, me siento como si estuviera sorda.

Al bajarnos veo que Roger coge mi maleta y se dirige a la casa. Ambas lo seguimos.

Abre una verja blanca y caminamos por un camino de baldosas que nos lleva directamente a la puerta de la casa.

Al entrar y pasar un pequeño recibidor, me sorprende al ver un inmenso salón. Hay dos sofás frente a una gran pantalla de televisión. Al otro lado una mesa rectangular de cristal, sujeta por dos pilares blancos, y rodeada de seis sillas de lo más original. Una cómoda llena de fotografías de Roger practicando todo tipo de deportes de riesgo. Los grandes ventanales iluminan la estancia sin olvidar un suelo de mármol impecable, dando una sensación de serenidad y buen gusto.

Me acerco a mirar las fotos y soy consciente de que Roger no me quita ojo.

—Todas esas fotos las ha puesto mi madre, yo no paro mucho por aquí —dice algo avergonzado con media sonrisa.

Le sonrío, me hace gracia. Si a él no le gustaran posiblemente no estarían ahí. Pero es impresionante verlo escalando montañas, saltando con el

snowboard o incluso haciendo *puenting* y parapente.

—¿Cari? ¿Y mis cosas no las bajas?

—No, tú te quedarás en el hotel como quedamos en un principio.

—¿Y ella por qué se puede quedar en tu casa y yo no?

No doy crédito a lo que escucho. Esta tía está muy buena, pero parece que tenga cinco años.

—Ella ha venido a trabajar. Ya te dije que los planes han cambiado y no podré estar contigo en algunos días. —En ese momento ella hace un puchero, y confirmo que hemos bajado a tres años. Roger, armado de paciencia, la coge de la cintura y le levanta el mentón muy cariñoso—. No olvides que tú has querido venir y tienes que adaptarte a lo que hay. —Y cogiendo de la mano a doña pucheros, me dice:

—Azul, por favor, acomódate, vuelvo en media hora.

—¿Dónde voy a dormir?

—Arriba están las habitaciones, escoge la que quieras.

Dicho esto desaparecen tras la puerta.

Tras hacer una revisión rápida, dejo mi maleta en una habitación, por lo visto en esta casa todas son grandes. He visto que hay cuatro dobles y tan solo dos un poco más pequeñas. Como me ha dicho que escoja la que quiera, eso he hecho. He cogido una que tiene salida a una pequeña terraza, la cama es grande con un cabezal blanco, también hay una alfombra con diferentes tonalidades de grises que ocupa media habitación. Por supuesto, he intentado adivinar la que puede ser de Roger, pero no he dado con ninguna que me dé una pista.

Salgo a la terraza y tiene una vista espectacular. Todo lo que alcanza mi vista son viñedos y bosque, respiro hondo y miro a mi alrededor. Creo que no me importaría vivir aquí, es más, acabo de decidir que cuando me vaya, iré a vivir una temporada con mi madre a Caldes d'Estrac. Siempre ha sido mi vía de escape de la ciudad, pero ahora me lo plantearé de otra forma, ya nada me ata a Barcelona.

Decido cambiarme de ropa, y opto por un vestido tipo camisola color rosa y unas bailarinas. Me recojo el pelo en una cola alta y me pongo un poco de brillo en los labios.

Ya estoy preparada para conocer la empresa y ponerme a trabajar, aunque sean las seis de la tarde.

Justo al abrir la puerta de la entrada, oigo un coche y veo a los dos

segundos que es Roger. Se baja y, tras salir yo, se acerca a cerrar con llave la verja. Hecho esto me ofrece las llaves. Me quedo parada, no entiendo qué quiere.

—Coge las llaves, no tengo otras.

—¿Y me voy a quedar aquí sola?

—Sí. ¿Qué pasa, tienes miedo?

—Hombre, pues aquí en mitad de la nada y en una casa que no conozco..., déjame pensar... ¡pues sí! No me gusta la idea.

—No te preocupes, hay vigilantes toda la noche, tanto en las bodegas como por los viñedos. Además, también está Dobby.

—¿Quién es Dobby? —pregunto desconfiada.

—Es el pastor alemán de mi hermano.

—Bueno, pues entonces ya me quedo más tranquila —digo irónicamente.

—Me quedaría contigo, pero no creo que a Claudia le sienta muy bien, por lo menos hasta que se vaya me quedaré en el hotel.

—Es que podrías haberme dejado a mí en el hotel y traértela a ella aquí, así estarías más cerca de ella y yo...

Su mirada amenazadora me hace callar de golpe y dice muy serio:

—Ella no va a entrar en mi casa.

—Bueno, físicamente ya ha estado —me burlo.

—Vamos, listilla —sonríe antes de entrar al coche—, nos están esperando.

4

Tras cinco minutos por un camino sin asfaltar, llegamos a una pequeña carretera que va directa a un edificio muy bonito. Son las oficinas de los viñedos. Aunque no es un gran edificio, sí que tiene un toque colonial que le hace ser parte de este paisaje tan espectacular.

Nada más entrar veo en recepción a un vigilante de seguridad, junto a una chica rubia guapísima. Supongo que al terminar la jornada son los vigilantes los que ocupan estos puestos.

Veo cómo Roger le hace una señal a la chica y ella, rápidamente, se nos une camino a lo que supongo será su despacho o un punto de reunión.

Subimos a otra planta y entramos en una gran sala. Hay varias personas que nos miran curiosas, doy por hecho que es por mí, porque a Roger ya lo conocen.

—Azul, ven aquí, por favor.

Me pongo a su lado y Roger dirigiéndose a todos ellos, les informa:

—Os presento a Azul Marozzi, ella se hará cargo de la empresa el tiempo que mi hermano esté ausente. No pasará nada a mí, si primero no ha dado ella el visto bueno.

Vale, intento no poner cara de sorpresa y hacer como si todo eso me lo hubiera explicado ya. Noto las miradas de sorpresa y cuchillos imaginarios volando hacia mi persona. Entonces, Roger, se dirige a mí:

—Dicho esto, te presento a Alicia que es *assistant* de mi hermano, Pelayo y María, que son de Recursos Humanos, Helena es nuestra recepcionista, Ignasi del Departamento Financiero y Sergio del Departamento de Importación/Exportación. Faltan algunos trabajadores de oficina que mañana te presentará Pelayo.

Tras los saludos iniciales, pasamos a sentarnos y Roger continúa, dirigiéndose a todos:

—Mañana se incorporará junto a Sergio, Catalina Martínez. También hay candidatos para entrevistar, que ya han pasado el filtro de personal y será Azul quien decida. Esta otra persona ocupará el puesto de Sergio.

Ahora sí que no oculto mi cara de sorpresa. Miro a Sergio y después a Roger que me sonrío.

—Sergio nos abandona para irse a Inglaterra. Lo he podido convencer para que solo coja excedencia de un año y si después se arrepiente aquí lo esperamos.

Mientras sigue hablando, pienso en la de trabajo que tengo aquí y encima sin conocer el producto, pero bueno casi todas las empresas funcionan de la misma manera. Intentaré hacerlo lo mejor que pueda.

Tras finalizar la improvisada reunión, me quedo a solas con Roger. Voy directa al grano:

—¿Me puedes decir qué le ha pasado a tu hermano? ¿O qué ha pasado aquí para que tú tengas que hacerte cargo de la empresa?

Miro directamente sus ojos y creo que no me quieren aclarar mucho. Sonríe. ¡Dios! Como me siga mirando así, no sé qué va a ser de él. Bueno, sí lo sé...

Llaman a la puerta. Al abrirse veo que, tras un montón de archivadores, está Helena, la chica de recepción y que, por cierto, he notado que es muy tímida. De golpe se le caen todas las carpetas, me levanto rápidamente a ayudarla y se pone roja como un tomate.

—Gracias, Helena —dice Roger muy sonriente.

—De nada. —Y tras una rápida vuelta, desaparece.

—Este va a ser tu despacho durante el tiempo que estés aquí. Lo siento, pero no hay ningún otro sitio mejor que este.

—Vale, no me importa. Ahora, ¿me vas a contestar?

Silencio de nuevo. Se sube las mangas de la camisa, tomándose su tiempo, pero al menos parece que sí me va a contestar:

—No pienses nada raro. Todo está relacionado con el amor. Mi hermano y la que espero y deseo sea mi cuñada han tenido un problema.

Me mira y sé que no me va a decir nada más, cuando de pronto suelta:

—El amor solo trae disgustos. Por eso, lo mejor es utilizar lo que te satisface y el resto dejarlo para los masocas como mi hermano.

—Es tu opinión, yo creo que es envidiable ver que aún hay personas que encuentran el amor.

—¿Tú lo has encontrado?

Bajo la mirada, podría contestarle que a él no le importa, pero entro en el juego.

—No, pero no pierdo la esperanza —le contesto de broma—. ¿Y tú?

—Lo siento, pero es una pregunta demasiado personal. —Se levanta con

cara de pillo y recoge su chaqueta, lo miro pensando que me acaba de chulear —. Me voy a cenar, he quedado con Claudia, ¿quieres venir?

—No, gracias, prefiero empezar con todo esto —digo señalando los archivadores.

Antes de salir por la puerta, se gira y me dice:

—Muchas gracias, Azul.

—No me las des —contesto quitándole importancia—. Este mes te va a salir muy caro.

—Podré soportarlo. —Me guiña un ojo.

Sale sonriendo y cierra la puerta.

¡Se puede saber qué me pasa! Tengo treinta y dos años, no soy una virgencita que se enamora por las esquinas, pero es que noto que este hombre puede con mis defensas. Además, ¿por qué me sienta mal que Roger se vaya a cenar con la escuálida esa? ¿Veees? ¡Si hasta me cae mal y no me ha hecho nada! ¡Uf, Azul, cambia el chip!

Miro a mi alrededor y decido ponerme manos a la obra.

Tras un buen rato de absorber información, noto que el estómago se rebela y empiezo a tener un hambre atroz. Me levanto a mirar tras las ventanas, miro al cielo y veo la luna llena más bonita que he visto en mi vida. Está baja y da la sensación de que esté muy cerquita.

Me sobresalto al escuchar el teléfono que está sobre la mesa.

—¿Sí?

—Señorita Azul, soy Mauricio, el vigilante. El señor Fortuny le está esperando en la entrada.

—Voy, gracias.

Menos mal, por un momento he llegado a pensar que se había olvidado de mí.

Tras bajar y despedirme de Mauricio, veo a mi Jason Momoa personal apoyado en el coche. Al plantarme frente a él me dice:

—Vamos, he traído algo de cena.

—Pero ¿no has cenado ya? —le pregunto extrañada.

—Al final hemos dejado la cena para otro día.

Por su sonrisa malévola me puedo imaginar qué han hecho en vez de cenar.

—Vale, entendido. No preguntaré más.

Nada más entrar en el coche huelo a *pizza*. Mmmm, con el hambre que

tengo.

—Espero que te gusta la *pizza*.

—Por supuesto. Creo que no conozco a nadie que no le guste.

—Las he pedido en el hotel, hay un cocinero italiano y es el mejor.

Llegamos a su casa y veo que saca una caja de vino del maletero.

—Coge tú las *pizzas*.

Madre del amor hermoso, aquí hay cuatro *pizzas*.

—¿Quién más viene a cenar? —pregunto con curiosidad.

—Nadie —contesta de lo más normal—. Como no sabía de qué te gustaban he pedido cuatro diferentes.

—Sí, pero las podrías haber pedido individuales no familiares.

Se encoje de hombros.

Una vez sentados a la mesa de cristal del salón, ya estamos preparados para hincarle el diente a estas magníficas *pizzas*. Roger abre una botella de vino mientras me dice:

—No se lo digas a nadie, pero un amigo me regaló una caja de vinos y, aunque sé que como cena no es la mejor para acompañarlo, tengo ganas de probarlo.

Llena la copa a la mitad y me anima a beber. Pruebo un sorbo y abro los ojos sorprendida. No soy una gran entendida en vinos, pero este tiene un sabor suave y agradable al paladar. Roger bebe un sorbo y me mira confirmando mi expresión de placer gustativo.

—Es buenísimo, tal como me dijo Carlos.

Lo que imaginaba, el tío es un pelota del jefe.

—¿Por qué dices que no se lo diga a nadie?

—Porque estamos en unos viñedos donde también se fabrica vino y, aunque este no sea espumoso, me siento desleal a la familia. —Me guiña un ojo mientras levanta su copa para brindar—. Por tu inestimable ayuda.

Brindo mientras contesto:

—Por tu inestimable chantaje.

Sonríe y me hace estremecer, como me vuelva a guiñar el ojo no respondo. Y es que creo que es el tío más guapo que me he encontrado en la vida y puedo asegurar que he conocido a muchos, ya sea por mi trabajo o por mis relaciones.

Estamos comiendo como descosidos y por lo que veo él también tiene hambre. Con la tontería ya nos hemos bebido casi toda la botella y en este

momento siento unas ganas locas de preguntar:

—¿Cómo te fue en la academia militar?

Su cara se transforma, pero, aun así, me contesta:

—A los pocos meses de estar allí, la que era mi novia murió y le prometí a mi padre estudiar y cambiar mis compañías a cambio de quedarme aquí.

—Vaya, lo siento mucho.

Me mira a los ojos y, sin apartar la mirada, continúa:

—Pasado un tiempo, cuando ya me estaba recuperando del *shock* que me supuso la muerte de Laura, volví a Barcelona a buscar a cierta pelirroja que me había robado el corazón.

Me atraganto con el vino.

—¿En serio?

Los ojos se me van a salir de las órbitas. A él parece que le hace gracia y continúa:

—Pero cuál fue mi sorpresa que la vi salir del portal de su casa agarrada a un chico y marcharse con él en moto. Creo que era el mismo que te llevaba subida a los hombros el día del concierto. ¿Más vino?

Yo estoy que no doy crédito. Asiento con la cabeza.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Porque di por hecho que no tenía nada que hacer y me largué.

En ese momento empiezo a sentir rabia, rabia por el tiempo que no se puede recuperar. Pedro era mi amigo, no mi novio, y yo durante muchos meses solo pensé en el chico que me había besado y me había hecho sentir mucho más que ningún otro solo con un beso.

—Pues tendrías que haberme dicho algo. Yo estaba completamente loca por ti, pijo de mierda.

Me callo de golpe esperando su reacción, pero en segundos una sonora carcajada sale de su boca.

—Creo que el vino te está afectando.

—No lo creo, aguanto perfectamente la bebida. —Le saco la lengua haciéndole burla—. Lo que he dicho es la verdad. Aunque en esa época no había móviles, mi padre me podría haber puesto en contacto con el tuyo, pero después de no poder entrar en la empresa, el mío no quería saber nada que tuviera que ver con vosotros. Él había puesto muchas esperanzas en ese contrato.

—¿Y qué fue de ti después? ¿No te has casado?

—No, gracias. —Sonrío—. Nada más licenciarme, mis padres se divorciaron, yo me quedé a vivir con mi madre y rápidamente entré a trabajar en el bufete, y hasta hoy ha sido mi único trabajo.

—Vaya, siento lo de tus padres.

—Gracias, fue algo que nos pilló por sorpresa.

—¿Nos pilló?

—Mi madre tampoco se lo esperaba. Tengo un hermano en Argentina dos años más pequeño que yo por parte de padre. Ahí es donde me di cuenta lo traidores, infieles e hijos de puta que podéis llegar a ser los hombres.

—Todos no somos iguales.

—Perdona si te has dado por aludido, solo he definido a mi padre. Personalmente no he conocido a ninguno que pueda ocupar más de seis meses mi vida. Por norma, no confío en ninguno.

—¿Seis meses es tu récord en una relación? —Le parece divertido, mientras llena nuestras copas de nuevo.

—Cinco meses y diez días. Y créeme, se me hizo eterno. —Aprovechando el momento le pregunto—: ¿Cuánto llevas con Claudia?

Mientras bebe no pierdo detalle de sus movimientos. Al dejar la copa sobre la mesa, me mira fijamente y entrecierra los ojos.

—Demasiado.

No deja de mirarme y me pone nerviosa, más bien bloquea mis pensamientos.

Miro el móvil y veo que ya son las doce de la noche.

—¡Uy, qué tarde! Creo que me tendría que ir a dormir. Hoy ha sido un día muy duro.

—¿Tan pronto?

—Mañana madrugo, ¿sabes? Y no creo que al jefe le guste que llegue tarde el primer día.

—Por el jefe no te preocupes, ahora mismo está completamente fascinado con tu presencia.

Me levanto un poco incómoda y empiezo a recoger la mesa. Él se planta frente a mí y me coge las muñecas.

—Déjalo, antes de irme, lo recojo yo.

Busca mis ojos y yo se lo sirvo en bandeja. Nos miramos unos segundos. Nuestros labios están a escasos milímetros, un movimiento y empezará algo imparable, el corazón me va a mil por hora. Como puedo, casi rozando sus

labios le digo en un susurro:

—No beso a hombres que tienen novia.

—Yo tampoco.

De golpe estallo a carcajadas, no puedo parar, me ha hecho gracia, qué le vamos a hacer. Roger sonrío viendo cómo río.

—Estoy esperando a que dejes de reír para besarte.

Como puedo, le contesto:

—¡Pero si no te he insultado!

—Ya no necesito motivos.

Dicho y hecho. Su mano, que sube hacia mi nuca, me acerca delicadamente hacia él. Nos fundimos en un beso hambriento y sensual donde nuestras lenguas compiten en un desenfrenado duelo. Saboreo sus labios mientras noto su pene abultado contra mi cuerpo. Tengo que parar.

—Lo siento, Roger, pero no voy a ser cómplice de un engaño, mejor me voy a dormir.

Automáticamente suelta mis muñecas, se aparta de mí y cuando empiezo a subir las escaleras me dice:

—Esta vez no te dejaré escapar.

No contesto. Subo las escaleras como si me estuvieran persiguiendo. Llego y cierro la puerta de la habitación realmente asustada, lo estoy, pero es de mí misma.

Hubiera sido capaz de abrirme de piernas allí mismo y me hubiera encantado hacerlo y de haber disfrutado de él como tantas veces lo imaginé en su momento. Pero no, aunque él no respete a la persona con quien está yo sí que lo haré, porque gracias a mi padre, esa doble moral me pisotea la cabeza continuamente.

La infidelidad y la hipocresía es algo que odio y por desgracia te lo encuentras a cada paso. Después de una buena ducha y de dar vueltas y vueltas en la cama me quedo dormida.

Martes

Suena el despertador y lo apago.

Vuelve a sonar y lo vuelvo a apagar.

¡Joder, qué sueño! Pero me tengo que levantar. Estoy un poco desconcertada de dónde estoy hasta que recuerdo que es la casa de Roger.

Mientras maldigo, escucho a lo lejos un silbido, me callo para escuchar mejor. Sí, decididamente hay alguien silbando en esta casa. Camino descalza

por las escaleras, voy despacio esperando encontrar al dueño de los silbidos, y cómo no, es Roger. No se ha dado cuenta de que estoy aquí, me he sentado en las escaleras de parqué observándolo mientras saca un café recién hecho de la cafetera exprés, la tostadora también le hace saber que está lista. Él sigue silbando y, aunque normalmente odio a la gente que se levanta feliz, hoy voy a hacer una excepción.

Está guapísimo con el pelo húmedo, lleva unos pantalones de vestir negros algo ajustados, los cuales me dejan apreciar su maravilloso trasero, una camisa blanca remangada hasta los codos, donde expone unos antebrazos fuertes, creo que estoy empezando a babear.

—¿Sabes que está muy feo espiar a los demás?

Me sobresalto y veo sus ojos mirándome acusadores.

—Yo no espío, solo estaba mirando.

Su cara se vuelve sonriente.

—¿Y te gusta lo que ves?

Pienso y pienso, me está retando. Pero si este se piensa que me voy a avergonzar lo lleva claro.

—Me encanta.

—Y a mí me encanta tu camisón.

Reacciono rápidamente mirándome el camisón y es que seguramente le he estado dando unas buenas vistas. Me levanto como un rayo y mientras subo le digo:

—¿Me haces un café solo, por favor?

Me ducho rápido e intento que mi larga melena de rizos quede presentable sobre un vestido color marino de manga corta. Es bastante ceñido pero muy cómodo, me llega por encima de la rodilla, junto a esto me calzo unos zapatos de tacón. Aunque me gusta vestir más informal soy consciente de que en el trabajo que tengo no puedo ir de cualquier forma.

Al bajar lo veo leyendo el periódico que tiene sobre el mármol de la cocina. Al escucharme levanta la cabeza y cierra el periódico.

—¿Ya has desayunado? —le pregunto.

—No, te estaba esperando. —Sus ojos se clavan en mí y tengo que apartar la mirada.

Miro hacia la mesa donde cenamos anoche y la veo llena de pastas variadas, tostadas, zumo de naranja y mi café solo.

—Guauuu, ¡vaya desayuno!

Mientras camino, veo cómo él se adelanta y aparta la silla hacia la que me dirijo. Lo miro con cara rara.

—¿Sabes? Me sé sentar solita. No hace falta que me ayudes o que me abras la puerta. Si supieras la rabia que me da, no lo harías.

—Lo siento, es la costumbre. Muchas veces lo hago por inercia. Pero si te molesta, lo tendré en cuenta.

Ahora me siento mal por habérselo dicho, pero si no lo hubiera hecho, continuaría con sus caballerosos gestos, y me pone de los nervios.

—Ahora te dejaré en la oficina y volveré más tarde. Le he comentado a Pelayo que te enseñe todo el proceso de la empresa y, de paso, que te presente al personal que no conociste ayer.

Su forma autoritaria de hablarme no da pie a que pueda preguntarle, pero, aun así, siempre tengo algo que decir:

—Vaya, yo pensaba que me acompañarías tú.

—Tengo que llevar a Claudia a su casa. Llegaré al mediodía.

—Vale.

No me interesa saber nada más. Por un momento casi se me olvida que existe esta chica, pero es real, así que todo lo que siento o presuntamente creo que siento por Roger, tiene que quedar relegado a un segundo o tercer plano en mi vida. Pasado este mes, lo guardaré donde siempre ha estado, en un rinconcito de mi mente donde a veces me sorprende y aparece.

—¿Te molesta si fumo?

Su cara se transforma tras mi pregunta.

—¡Por supuesto que me molesta! En esta casa no se fuma.

Está claro que no le ha sentado muy bien mi pregunta. Sin inmutarme por su borde pero aceptable respuesta, me levanto, cojo el café y me dispongo a salir de la casa. Como no la conozco muy bien, salgo directamente a la puerta de la entrada, me siento en un escalón que da a un césped bonito y bien cuidado, por lo que veo ocupa casi todo el terreno que rodea la casa.

—A veces soy un poco borde —lo dice mientras se sienta a mi lado, yo paso de mirarlo, debería haber terminado la frase con un «lo siento»—. La verdad es que no me molesta el humo, me molesta que fumes tú.

Buenooo, ahora sale el hombre protector.

—Pues, verás, aunque yo me considero una futura exfumadora, ahora mismo soy incapaz de dejar pasar este cigarro. No fumo mucho, pero sinceramente, me importa una mierda lo que te parezca a ti.

—¿Entonces, por qué me lo explicas? —Su expresión se suaviza y comienza a verse el inicio de una sonrisa.

—Porque en parte es culpa tuya. De hecho, desde que sabemos que alguien compraría el bufete he vuelto a fumar más.

Sonríe y achina los ojos, ahora mismo es el hombre más sexy del planeta.

—Pues lo siento si es por mi culpa, pero ahora ya está todo arreglado, así que puedes dejar de fumar.

—¡¡¿¿Perdonaaa??!! ¡Se habrá arreglado para ti! Te recuerdo que yo estoy despedida del bufete y solo tengo un mes de trabajo aquí. Después de esto estoy en la puta calle gracias a ti.

—Eres muy mal hablada, ¿lo sabías?

Creo que le voy a soltar un tortazo, de todo lo que le he dicho solo ha sacado esa conclusión. Coge mi paquete de tabaco y continúa:

—Solo te despedí de ese bufete. Te recuerdo que tengo más empresas.

—Desconozco cuántas empresas tienes y si no me hablas claro, para mí, en un mes estoy en paro.

Se queda pensativo, me mira y dándome una suave palmada en la rodilla, dice:

—Vamos, que llegamos tarde.

¿Ya está? ¿No me va a decir nada más? Por su reacción parece que da por terminada la conversación.

Cuando me despido de él en el coche, frente a las oficinas, me dice muy serio:

—Cuando vuelva hablamos.

Me bajo algo pensativa y me dirijo a recepción. Saludo a Helena y me para.

—Azul, me ha dicho el señor Pelayo que lo esperes aquí que baja enseguida.

—Vale, gracias.

Oigo cómo lo llama por teléfono para informarle de que ya he llegado y en menos de cinco minutos lo veo aparecer.

—Hola, Azul, ¿preparada para un *tour* por la empresa?

—Por supuesto.

Le regalo una de mis mejores sonrisas. Este hombre es muy agradable y, aunque no se puede considerar un *sex symbol*, sí desprende ternura y amabilidad, pese a que el detalle de hablarme por encima de las gafas me

resulte un poco incómodo.

Subimos a un Range Rover rotulado con el nombre de los viñedos y vamos por un camino bordeado de álamos, el paisaje que nos rodea es como poco espectacular. Al terminar el camino, aminora la marcha y me señala unas pequeñas casas pareadas.

—Esas casitas están destinadas a empleados, antes su ocupación era total, pero ahora solo unos pocos las utilizan, entre ellos estará su amiga Catalina.

—Son muy bonitas, bueno, en general, esto es precioso. Vivir aquí debe ser muy relajante.

—Sí, así es. Yo vivo en uno de los pueblos más cercanos, a treinta kilómetros, y sigue siendo una zona tranquila. Esto es casi un paraíso.

Continuamos por uno de los caminos y veo cómo rodea las bodegas hasta aparcar junto a una gran puerta del edificio de piedra. Al entrar veo un escritorio y tras el ordenador una mujer bellísima. Por sus rasgos debe ser sudamericana.

Pelayo se dirige a ella:

—Alexia, le quiero presentar a Azul, ha venido con el Sr. Roger y estará con nosotros un tiempo, seguramente le pedirá informes de las salidas.

Es como yo de alta y su mirada es impactante a la vez que reconfortante. Voy a darle la mano, pero ella se acerca y nos damos dos besos, sonrío y la saludo. Luego coge mi mano y me dice muy dulce:

—*Asul*, mucho gusto. Estaré encantada de ayudarla en lo que pueda. ¿Es usted la esposa del señor Roger?

¡Perdonaaaaaaa! ¿¡Qué dice esta señora!?

Me da la risa. Miro a Pelayo, pero él se aleja haciéndose el loco mirando unos palés.

—No, Alexia, solo soy una empleada como tú. —Le guiño un ojo, pero ella pone cara de no entender nada.

—Disculpe, lo habré entendido mal. —Ahora parece avergonzada.

—No pasa nada, Alexia. —Y bajito para que no nos oiga Pelayo, le digo:

—Solo estaré aquí un mes, y en esos días no me da tiempo a que caiga en mis redes. —Le hago con las manos un gesto cómico de malvada y Alexia se ríe.

Veo por el rabillo del ojo cómo Pelayo se dirige a otra puerta. Rodeo la mano de Alexia con las mías y me despido.

Sigo a Pelayo que, muy amablemente, me abre todas las puertas para

darme paso. Entramos a una gran sala de color blanco, con largas mesas blancas llenas de cubetas y ordenadores. Hay un sinfín de aparatos que no sé ni lo que son.

—Este es el laboratorio. Aquí es donde se hacen las mezclas y cultivos para nuevos cavas.

Continúa hablando y creo que lo hace en otro idioma porque no me entero de nada. Supongo que lleva aquí tantos años que para él es normal hablarme de «Cava de Añada» o «Milesimados o Vintage», pero mi cara debe haberle advertido de que no comprendo lo que dice, así que para de golpe y me dice:

—Ven, vamos que te presento al jefe de laboratorio.

Me río y le digo:

—Eso sí que lo he entendido.

De golpe, Pelayo estalla en una gran carcajada que hace que todos los «bata blanca» se giren a mirarnos con desaprobación y curiosidad.

Al final del departamento hay un despacho y es donde vamos. Pelayo llama a la puerta y entra esperando a que yo lo haga también. Mi mirada va directa a una mesa redonda que hay a la izquierda. Hay un hombre de unos cincuenta años hablando con una chica. Ella me llama la atención por la melena negra y rizada, es guapa, es más joven que yo, parece algo estirada y me mira con desconfianza.

—Tomás, Olivia, os presento a Azul. Ella estará al mando mientras Arcadi vuelve. —Su tono es severo y autoritario, me ha quedado claro que estos no le caen muy bien.

Se levantan y me dan la mano, sin nada más que decir vuelven donde estaban sentados y continúan con su reunión o lo que estuvieran haciendo. Justo antes de salir, Tomás me dice desde la mesa:

—Azul, cualquier cosa que necesite aquí estamos.

—Gracias.

Bueno, parece que al final se ha comportado. La que continúa con la cara de rancia es la otra, me mira de arriba abajo escaneándome, eso hace que de entrada me caiga bastante mal. A esta me gustaría verla en nuestro Clubhouse, sé de unas cuantas que la iban a poner en su sitio.

Volvemos por un camino diferente, donde las viñas son protagonistas del paisaje. Pelayo me habla con total devoción de la empresa y, por supuesto, de la familia Fortuny. Por lo visto, en estos tiempos de crisis, Arcadi, el hermano mayor de Roger, ha sabido salir airoso sin despedir a ningún trabajador y ha

ampliado mercado para poder tener a flote la empresa. Lo que me pregunto es dónde estará y qué les habrá pasado a esta pareja para desaparecer de esta forma, a lo mejor me estoy montando mi película y no es para tanto.

Una vez volvemos a las oficinas, subo hasta el que va a ser mi despacho durante este mes. Al abrir la puerta escucho a mi espalda:

—Bellezón, oscuro objeto de mi deseo, ¿dónde vas?

Sonríó. Sé quién es. Me giro con una gran sonrisa.

—¿Es a mí, pequeña sargento?

Nos abalanzamos y abrazamos como si hiciera años que no nos vemos, pero en este sitio desconocido a la única que tengo es a Cati, mi amiga y confidente.

—Es increíble, Azul, ¿has visto las oficinas? ¿Y el paisaje? ¿Has visto mi casa? ¡Es una pasada!

—Respira, Cati, que parece que han venido los Reyes Magos.

Entramos en la sala de reuniones y, mientras me siento, enciendo el ordenador. Cati se sienta en uno de los sillones y empieza a girar como una niña pequeña que acaba de descubrir que da vueltas. De pronto se para y pregunta:

—¿Y tú dónde duermes? ¿Te han dado una casa donde estoy yo?

—No, supongo que como solo estaré este mes..., Roger me ha ofrecido que me quede en su casa.

Sus ojos parece que se le salen de las órbitas y se pone con los brazos en jarras.

—¿Cómo que solo este mes? ¿En casa de qué Roger? ¿Del jefeazo?

—Sí, Cati, es una larga historia.

—Pues tengo todo el día... — Y empieza a hacer como si se limara las uñas.

Le explico desde la primera vez que conocí a Roger hasta esta mañana, obviando el chantaje y el beso.

Se queda pensativa, y su mirada es de lo más cómica. No habla y se hace la interesante para que le pregunte.

—¿Qué? —le digo.

—¿Qué de qué?

—¿Qué piensas?

—Pues que es todo muy romántico. Después de tantos años os volvéis a encontrar, es el destino, Azul. ¿No te das cuenta? Todo pasa por algo...

Pongo los ojos en blanco.

—Claro que pasa, pasa que tiene novia y pasa que en un mes tengo que buscar un nuevo trabajo si el capullo de Roger no me ofrece otro en sus «otras empresas».

—Si es un poco listo no te dejará escapar, eres la mejor. Y respecto a su novia no hay problema, haremos que parezca un accidente.

Nos reímos un buen rato hasta que veo que se levanta y sin saber de dónde ha salido, abre una caja de donuts que hay sobre la mesa y coge uno.

—¿Qué es eso?

Cati me mira como si yo fuera de otro planeta.

—Donuts —dice muy seria.

Me empiezo a reír.

—Ya, tonta, pero ¿quién los ha traído? ¿Qué hacen aquí?

—No sé, yo solo sé que Roger me preguntó si te gustaban los bombones y le dije que mejor que los bombones lo que te volvía loca eran los donuts.

—¡Bien dicho, Catalina! —Chocamos las manos.

Cojo uno y nos seguimos riendo. Intento no pensar en este detalle por parte de Roger, porque sumado al desayuno de hoy y a su impresionante cuerpo y personalidad, puede ser una bomba de relojería para mi estado mental.

—Bueno, amor de mis amores, me voy a currar.

Dicho esto me da un beso en la mejilla y se va con su donut canturreando. Es asombroso lo bien que está, no le ha supuesto ningún problema dejar el bufete y empezar aquí.

Tras una mañana donde he sacado los informes necesarios para empezar con mi trabajo y aclarar por dónde empiezo, cargada de entrevistas para escoger al candidato que ocupará el puesto de Sergio, estoy mentalmente agotada. También, quizás, porque en mi universo paralelo, mi mente ha estado continuamente pensando en Roger, y por cierto, hay una cosa que tengo que dejarle muy claro y es que no puede volver a comprarme donuts, son mi perdición y la de mi cuerpo. Y mientras lo pienso, el susodicho aparece por la puerta.

—Azul, ¿vamos a comer?

—¡Uf!, pensaba que no me lo ibas a pedir nunca. —Le sonrío pero él está serio.

—¿Qué te pasa?

—Vamos, ahora te lo explico comiendo.

Cojo mi bolso y bajamos hasta su coche.

Llevamos varios minutos de camino y no hablamos de nada, su expresión continúa seria y prefiero que me explique lo que le pasa cuando él quiera, lo de interrogar a la gente hace mucho tiempo que dejé de hacerlo.

El volumen de la radio está muy bajo, así que lo subo y empiezo a cambiar las emisoras hasta que encuentro una canción que me encanta, es Sia y la canción «Cheap Thrills». Canturreo bajito al ritmo y Roger me mira con cara incrédula.

—Vaya, ha cambiado mucho tu gusto musical en estos años —lo dice de una forma despectiva y un poco borde.

—Hace años que abrí mis horizontes musicales, y me gusta la variedad. Es como los hombres. —Hago una pausa y levanto una mano mientras la otra la mantengo más abajo—. Mira, aquí arriba está el *heavy* y pocos hombres pueden estar a esta altura. El resto es todo lo demás, puedes estar un rato, pero mucho tiempo cansa.

No contesta, solo acelera y yo me apunto un zasca a mi favor.

La realidad es distinta, claro, la verdad es que ningún hombre ha estado en una posición muy alta.

Nada más bajar del coche me doy cuenta de que estamos cerca de la playa, ese olor a mar es inconfundible. Pasamos por una pequeña calle peatonal y entramos en un restaurante. De los que hemos visto por el paseo, este parece el más pijo, y es que no esperaba otra cosa de Roger, me río para mis adentros.

Nos hacen cruzar todo el comedor hasta llegar a una mesa junto a unos ventanales donde se aprecia una vista desmesurada del mar, un agua azul donde el sol parece que lo acaricia con delicadeza. Sumida en mis pensamientos, escucho:

—Azul. —Miro a Roger y me hace una señal hacia el camarero que está esperándome cogido a la silla esperando que me siente. ¡Otro con la sillita! Al final le doy las gracias para no parecer borde y me siento.

—¿Qué te apetece comer?

—Pues ya que estoy aquí, pediré marisco. ¡Me vuelve loca! —Le sonrío, pero él continúa con su cara de pocos amigos—. ¿Se puede saber qué coño te pasa?

En ese momento llega el camarero de nuevo y Roger pide el vino y su

plato junto con el mío. Cuando nos quedamos solos, Roger me mira y empieza a hablar:

—De verdad que me asombro que con ese vocabulario hayas podido trabajar para la clase alta de Barcelona.

—Es que este vocabulario solo me lo guardo para cuando estoy contigo. —Le dedico una falsa sonrisa y noto cómo mi enfado empieza a aparecer y va *in crescendo*, desde luego sabe cabrearme en décimas de segundo.

Hace como si no me hubiera escuchado y mientras mira el móvil, continúa:

—Esta mañana Claudia y yo lo hemos dejado, no quiero que pienses que tiene que ver algo tu presencia, teníamos fecha de caducidad y ya hace mucho tiempo que estaba sobrepasada.

¡Alucino! Está hablando de una forma tan carente de sentimientos que me incomoda pensar que pueda ser tan frío.

—¿Y cómo se lo ha tomado ella? —Doy por hecho que ha sido él.

Menos mal que levanta la cabeza y me mira para contestarme:

—Pues no muy bien, pero era necesario.

Se acerca el camarero con nuestros platos. Tengo ante mí un surtido de marisco que solo con olerlo se me hace la boca agua.

—¿Por qué era necesario? ¿Ya no la querías? —le pregunto abiertamente mientras voy tanteando qué comerme primero.

—Nunca la he querido, había un cariño especial, pero poco más. El problema es que quería algo que no puede ser.

—¿Qué pasa, qué quería, arrancarte el corazón? —le digo burlona mientras ataco unas gambas.

—Bueno, más o menos. Me quería a mí.

Me mira a los ojos y no sé qué es lo que me quiere decir, ¿me está advirtiendo de algo?

Después de lo que pasó anoche, no me sorprende esta noticia. Esto me hace pensar que Roger quiere algo conmigo, por más que haya dicho lo contrario.

—El único problema es que a partir de ahora me quedaré a dormir en mi casa, aunque si te incomoda puedo volver al hotel. —Está serio.

¡Pasmada me deja! Y lo fuerte es que por la cara que tiene me lo está diciendo de verdad.

—No, Roger, si me incomoda, la que se tiene que ir a un hotel soy yo. —

Le sonrío—. Si no te incomoda a ti, a mí me da igual. O también podría instalarme en una de esas casas que tenéis de empleados.

—Esas casas solo son para contratos de larga duración y tú estarás aquí muy poco tiempo.

Vaya, no sé cómo tomarme eso, pero me sienta como una patada en el culo.

—Entendido.

Al ver mi cara de decepción supongo que lo intenta arreglar:

—No quiero que pienses que...

Lo corto rápidamente en el tono más borde posible que me sale:

—Vale, Roger, ya lo he entendido.

Pasados unos minutos intento iniciar una conversación:

—Roger, te tengo que avisar de algo.

—Dime. —Tengo toda su atención.

—Ahora mismo voy a comer este delicioso marisco y lo pienso hacer con las manos. Si te molesta te vas a otra mesa porque no lo pienso hacer con cuchillo y tenedor.

¡Por fin! Está sonriendo y eso, a la vez que me gusta, me pone nerviosa, porque está tremendamente guapo.

—Por mí no hay problema, te acompañaría, pero la paella es más complicada de comer con las manos.

—No, mejor que tú lo hagas con cubiertos.

Nos reímos y continuamos hablando sin parar de diferentes temas, es uno de esos momentos en los que somos tal cual, solo Roger y Azul.

Al salir del restaurante veo aparcadas dos Harleys. Me paro a admirarlas y Roger se detiene junto a mí.

—¿Te gustan las motos?

—Sí —contesto sin mirarle—. Estas son dos Road King y son de las clásicas, son preciosas. Además, se nota que los dueños las miman. Yo tengo una, pero es un modelo diferente.

—¿Por qué no me extraña?

Sonrío y seguimos caminando hacia el coche.

—Es una Sportster 883, el problema es que con tan poco tiempo libre no la puedo disfrutar, la tengo en casa de mi madre en Caldes D'Estrac. Por cierto, devuélveme mi tabaco.

Me mira y me sonrío antes de entrar al coche y decir:

—Bonito pueblo.

Mientras vamos de vuelta a los viñedos doy por hecho que no me va a devolver el tabaco, es igual, tampoco he tenido la necesidad de fumar, pero como la tenga ya puede echar a correr. Aunque quién sabe, puede que sea mi mejor terapia para dejar de fumar.

5

¡Estoy frustrada!

Llevo trabajando codo con codo con Roger toda la semana, durmiendo bajo el mismo techo y comiendo juntos la mayoría de días ¡si hasta parecemos un matrimonio! Bueno, excepto por el sexo.

Nuestras muestras de cariño son palpables, nuestro contacto continuo lo demuestra. Puedo hablar con él de cualquier tema y no me defrauda, me gusta estar con él más de lo que nunca hubiera imaginado, lo único negativo es que no me ha vuelto a besar ni ha aprovechado ningún momento de intimidad para hablar conmigo de algo que no sea del trabajo o cosas del día a día. De golpe parece que se ha transformado, aunque noto en su mirada la aceptación y cariño hacia mí, es como si no se atreviera a decirme nada más, como si ahora solo fuera su amiga/empleada. Muchas noches, después de cenar, nos quedamos tomando algo y pienso que se va a lanzar y... ¡nada! Me da las buenas noches y se va a su habitación.

Mi *alter ego* me decía que había cortado su relación con Claudia por mí, pero va a ser que estaba muy equivocada porque hemos tenido muchas oportunidades y no ha pasado nada. Por otro lado pienso en lanzarme yo, pero me frena pensar que pueda ir más allá, pasar mi barrera y luego yo no pueda corresponderle. Lo que tengo claro es que una noche de estas le echo valor y me cuelo en su habitación.

Ahora mismo lo tengo frente a mí, es viernes y estamos en una de esas reuniones interminables. Somos unas diez personas en la sala, no puedo dejar de admirar su porte. Hoy está guapísimo con un polo azul marino de líneas blancas, lo miro mientras habla, sus gestos, sus razonamientos y su forma de dirigirse al resto sin imposiciones y con mucha mano izquierda, le hace ser aún más líder (joder, si yo fuera un dibujo animado ahora mismo tendría corazoncitos a mi alrededor).

Pero toda la culpa es de él, ahora que mantiene las distancias conmigo es cuando menos necesito que las tenga. El único problema lo tengo a mi derecha y es que la babosa de Olivia le habla como si fuera suyo.

Tras dar por finalizada la reunión, quedamos solo los tres y me sorprende la forma en que Olivia le habla a Roger:

—Vaya, Roger, no me habías presentado a tu novia.

Roger parece incómodo y yo me quedo de piedra. Me mira y la vuelva a mirar a ella.

—Azul, no es mi novia.

Acto seguido Olivia hace algo que me deja alucinada. Se acerca a Roger y se sienta sobre sus piernas, lo abraza y le da un beso en la mejilla. Se me cae el alma a los pies ante esta escena.

Roger se intenta deshacer de ella, pero parece que Olivia no está muy por la labor.

—Pues entonces ya estás libre para mí —dice la víbora.

—Olivia, basta con ese tema.

Realmente Roger parece molesto, pero no la levanta de encima de él. La que se levanta para irse soy yo. Lo hago de una manera tan abrupta que hace a Roger levantarse de inmediato, haciendo que Olivia dé un traspies y casi se caiga.

La más odiosa de mis miradas la dirijo a Olivia y seguidamente a él para decirle:

—Roger, mañana necesito que me lleves a por mi coche.

Se acerca lentamente a mí.

—Puedes coger el mío si lo necesitas.

—No, quiero ir a comer con mi madre y necesito mi coche.

No me gusta dar explicaciones y me estoy empezando a cabrear. Olivia, al sentirse ignorada, coge su bolso y sale del despacho.

Roger vuelve a su expresión de «controlo la situación».

—Ah, pues yo también voy y de paso la saludo.

Mi cara de asombro y la cara de mala leche que debo tener, tienen que decirle lo que pienso.

—Bueno, si no te importa, claro está —suelta con media sonrisa.

—No, no me importa —le ladro.

Y en una décima de segundo se acerca y, dejándome descolocada, me da un beso que quiere continuar, pero no le dejo, ¿con esto quiere disculparse de la escena que acabo de presenciar?

—Vale, pues mañana a las diez —dice sonriendo.

—A las once. —¿Este se piensa que es el jefe fuera de mi horario o qué? Y justo cuando voy a decirle cuatro cosas suena mi móvil. Roger me dedica una de esas sonrisas que solo él sabe hacer para derretirme, me giro para no

hacerlo y cojo el móvil que está sonando en mi bolsillo.

—Bellezón, ¿aún estáis en la reunión?

—No, acabamos de terminar.

—¿Te vienes a cenar hoy a mi supercasa y la inauguramos?

—Vale, pero solo si tienes cava.

—Ni lo dudes. ¿Quedamos a las nueve?

—Vale, nos vemos luego.

Cuelgo y miro a Roger.

—Esta noche me voy a cenar a casa de Cati —le digo con una sonrisa malévola.

—Bien, llévate mi coche, en la guantera hay una copia de las llaves de mi casa.

—¿Te quieres venir?

—No, yo acabaré tarde, quiero dejarlo todo preparado para el fin de semana poder desconectar un poco.

Me despido y voy directa a ducharme a casa de Roger sin dejar de pensar en la situación vivida, si la Olivia esta me cayó mal la primera vez que la vi, ahora ni te cuento. Y entonces me hago una pregunta tras otra: ¿jes que media Cataluña está enamorada de él!?

¿Está Roger jugando conmigo? ¿Por qué quiere venir conmigo a casa de mi madre?

Una vez con ropa cómoda, *shorts* y camiseta, me dirijo a casa de Cati.

Me quedo a cuadros cuando llego y veo que ha preparado la cena en un pequeño porche que tiene la casa, pero no es por eso por lo que me asombro, es por todo lo que hay sobre la mesa: una bandeja de berenjenas rellenas, otra de pollo asado con pimientos y, por último, una empanada. Siempre le ha gustado mucho cocinar, pero lo de hoy es brutal.

Tiene la puerta abierta y entro directamente.

—Hola, Cati, ¿es que has invitado a todos los vecinos a cenar?

La veo con las manoplas sacando algo del horno. Me sonrío.

—Pues a cenar no, pero les he dicho a unos cuantos que vengan a probar mi bizcocho de zanahoria.

Pongo cara de asco, no me gusta.

—Tranquila, a ti te he preparado arroz con leche.

—Mmmmm, te quiero. ¿Pero de dónde has sacado tiempo para hacer todo esto?

—De la Thermomix. Es una maravilla, vaya regalazo me hiciste, cuando quieras te la dejo.

—No, gracias, la cocina y yo no somos amigas.

Eso fue muy gracioso. Para su cumpleaños le regalé una pulsera preciosa de cierta marca, que me costó un riñón. Pues no solo puso cara de «vaya regalo de mierda», sino que me preguntó si no me sabía mal que lo descambiara para poder comprarse un robot de cocina. Mi primera reacción fue querer matarla lentamente, pero tras el momento de incredulidad por mi parte, entendí que cada una tiene sus gustos y preferencias, así que en nada mi cara volvió a su estado normal.

Abro la nevera para guardar el arroz con leche y veo seis botellas de vino espumoso.

—Joder, Cati, ¡cómo nos vamos a poner! Yo solo espero no perderme a la vuelta por estos caminos.

Cati se echa a reír.

—Bueno, siempre puedes llamar a tu amado.

—Sí, amado que no me ama. —Pongo cara de abatida al recordar la escena de esta tarde con la víbora.

—Anda, anda, no digas tonterías, si babea como un trol. Vamos, ayúdame a terminar de colocar la mesa y vamos a cenar.

Sin querer, Cati me acaba de alegrar mucho la noche.

La cena, como no se podía esperar otra cosa, es de lo más completa, sin olvidar que ya nos hemos bebido una botella entre las dos y vamos a mitad de la segunda. Justo a los postres, Cati avisa a sus vecinos para que vengan a probar su bizcocho, al final aquí debe haber unas veinte personas o más, así que rápidamente terminamos la segunda botella y empezamos la tercera. Entre ellos está Alexia, la despampanante mujer que conocí en una de las bodegas. Es muy gentil y cariñosa, sobre todo con Cati que, por lo visto, la cuida como a una hija. Esto se va animando, han puesto música y sorprendentemente las únicas que no bailamos somos Cati y yo. Yo porque estoy un pelín mareada, mareada pero contenta, porque sé que tengo esa sonrisa en la boca que me sale solo en estos momentos.

Deben ser como mínimo las dos de la madrugada. Uno de los vecinos se sienta junto a mí.

—¿Quieres bailar?

—¡Uy, no!, creo que ya voy lo suficiente mareada. Mejor me voy a ir

yendo.

—De eso nada —salta Cati—. Tú no puedes conducir así. ¿Sebastián, la puedes llevar tú?

—Desde luego. Ese es el coche del señor Roger, ¿verdad?

—Sí —le contesto con mi sonrisa ebria.

—Sebastián, yo te acompaño con mi coche y la llevamos en un momento —dice Cati—. Que como le pase algo, el Rogercito nos cuelga.

Le doy las llaves a Sebastián que, con esa cara sonriente, está claro que le hace mucha ilusión llevar el coche del jefe. Por cierto, un tiarrón bastante guapo, si no estuviera coladita por Roger a lo mejor le tiraba la caña a este. Joder, cómo estoy.

Aparca justo en la puerta y me bajo muy normal, en realidad, tampoco he bebido tanto. Me despido de ellos, y al entrar la llave en la cerradura me felicito en voz alta porque lo he hecho a la primera.

No enciendo la luz, a estas alturas ya conozco la casa. Subo las escaleras y lo hago perfectamente hasta que llego al último escalón y no controlo la distancia ¡joder! Qué daño me he hecho en el dedo gordo del pie, este escalón es más grande que el resto. Continúo mi camino, sé perfectamente dónde voy.

Me paro justo en la puerta de la habitación de Roger, gracias al reflejo de la luna lo veo de perfil, durmiendo de medio lado de espaldas a mí. Me quito los zapatos, los *shorts* y la camiseta, los dejo caer al suelo. Estoy en ropa interior y muy segura de lo que voy a hacer.

Me acerco y subo muy despacio a la cama, me siento como un animal depredador en busca de su presa, me entra la risa. Roger está tapado con la sábana hasta la cintura, lo que sé seguro es que duerme en calzoncillos porque alguna vez lo he visto pasar. Me tumbo tras su espalda y le acaricio los hombros, vamos a ver si es verdad lo que dice Cati, si realmente babea por mí. Su respiración cambia y me doy cuenta de que se está despertando.

Se gira y se queda boca arriba mirándome.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo? —pregunta un poco descolocado.

Sin esperar un segundo me siento a horcajadas sobre sus partes más nobles. Mientras acaricio su abdomen, le contesto:

—Nada, solo quería saludarte. —Sonrío como una auténtica provocadora. No voy a culpar al alcohol por lo que estoy haciendo, él solo me ha dado un pequeño empujón.

Me muevo presionando sobre sus partes y a la vez dándome un fugaz

momento de placer. Roger, en un segundo, se incorpora y sin decir nada, solo cubriéndome con su cuerpo, me besa. Un pequeño gemido sale de mi garganta e invade su boca con mi lengua una y otra vez. Conmigo sobre él, hace un giro y quedo prisionera bajo su cuerpo. Sus labios rozan los míos mientras me susurra:

—Azul, ¿se puede saber qué haces?

—Creo que está bastante claro. —Le paso la lengua por los labios y me río.

—¿Has bebido?

—Bueno..., creo que un poco. Pero ¿por qué lo preguntas? ¿Tanto huelo a alcohol?

Mis alarmas me hacen apartarme de él y empezar a olerme cómicamente.

—No, tú hueles y sabes maravillosamente bien, pero te ha delatado los insultos a gritos que le has dado a las puertas y a un escalón con el que te has debido dar un buen tropezón. Y sobre todo porque no paras de reír.

Empiezo a reírme de nuevo, yo que pensaba haber entrado toda sofisticada y silenciosa, pero parece que no ha sido así. Vuelvo a abalanzarme sobre él, pero no coopera.

—Azul, ¿cuánto has bebido?

No puedo verle la cara, pero suena enfadado.

—En realidad, mucho..., sí, sí. —Hago un parón para pensar—. Perdí la cuenta cuando abrieron la cuarta botella.

—¡Dios!

Me coge en brazos y mi imaginación me hace pensar que lo haremos en mi cama, o mejor le digo que en la bañera.

—Eh, eh, que no he sido yo sola, que estábamos por lo menos..., yo qué sé, un montón.

Cuando llegamos a mi habitación me deja en el suelo, pero yo no lo suelto. Mis brazos continúan alrededor de su cuello, mientras este pedazo de hombre me mira y poco a poco deshace mi abrazo hasta dejar caer mis brazos junto a mi cuerpo.

—Azul, no voy a hacer nada contigo esta noche.

Está serio, pero no lo suficiente. Voy a usar mi último cartucho, cuando quiero algo lo consigo y ahora quiero a Roger.

—Espera un momento, ya sé, lo que pasa es que no estamos en igualdad de condiciones.

Sin pensarlo dos veces me desabrocho el sujetador, me lo quito y lo dejo caer al suelo.

Roger mira mi cuerpo desnudo y seguidamente mira hacia el techo como esperando que alguien le dé fuerzas, se acerca a mí y, cogiéndome la cara entre sus manos, me besa la frente y me suelta:

—No me lo pongas más difícil, por favor.

Y dicho esto se va, dejándome como a la más estúpida y absurda del mundo. Nunca me he avergonzado de mi cuerpo, mis pechos son redondos y aún turgentes, junto a un vientre plano, no creo que sea su rechazo a mi cuerpo lo que le ha hecho irse. Es la primera vez que un hombre me rechaza, aunque también es la primera vez que me ofrezco así a un hombre.

Mi lado ebrio piensa: «Tampoco es para tanto, que le den», pero mi lado sereno, que ya es el sesenta por ciento de mi cuerpo, se siente fatal. En mi cabeza no entra que él me rechace y no lo voy a superar fácilmente. Tal cual estoy me acuesto y decido olvidar.

Sábado

Unos golpes incesantes sobre la puerta me hacen despertar. Abro los ojos, pero solo consigo ver mi cabello cubriéndome por completo la cara. Me incorporo un poco mejor y veo a Roger que entra a mi habitación con un vaso de agua. En décimas de segundo me acuerdo de anoche.

—Vamos, dormilona, es hora de despertar.

—Vete a la mierda.

Mientras voy girando hacia el otro lado para no verlo, me acuerdo que estoy en bragas, así que rápidamente cojo la sábana y me cubro con ella. Es muy posible que haya visto a la luz del día todo lo que le ofrecí anoche, pero me da igual, solo quiero dormir y que se vaya este dolor de cabeza.

—Si no estás lista en diez minutos... —No lo dejo terminar.

—Déjame en paz, me duele la cabeza.

Sin decir nada más, sale de la habitación. Pero mi alegría dura poco, porque en dos minutos vuelve a entrar.

—Azul, te dejo en la mesita un ibuprofeno. Te lo vuelvo a repetir, si en diez minutos no estás lista, subiré yo mismo a ducharte.

Sin mirarle saco mi dedo corazón y se lo dedico con todo mi amor. Solo quiero dormir y punto.

Bien, por fin se ha dado por vencido, se ha ido. Dormiré un poco más.

Mierda. Roger me está cogiendo y me acaba de cargar sobre su hombro.

—¿¡Roger, qué estás haciendo!?

—Te lo he advertido, pero no me has hecho caso, estas son las consecuencias.

Intento, como puedo, soltarme, pero por más que lo intento es imposible. Conan está en todo su esplendor.

Cuando consigue meterme en la ducha y no sin antes haber recibido por el camino unos cuantos puñetazos por mi parte, mi trabajo no es otro que taparme los senos. Anoche era anoche y ahora mismo no estoy para estos temas. Intento salir, buscar un hueco, pero metro noventa de armario empotrado me tapa la salida.

Solo lleva unos tejanos y una sonrisa espectacular, no necesita nada más. Lo miro retadora, porque otra cosa no, pero chula soy un rato, parece que no le hace efecto y sigue sonriendo. De golpe noto el chorro de agua fría caer por mi cabeza, grito y lo insulto, mientras a él parece hacerle mucha gracia.

—¡Te odio, maldito idiota! —Estoy que echo humo.

Se echa hacia atrás y se va alejando mientras me dice:

—Date prisa o llegaremos tarde.

Me ducho con toda la parsimonia del mundo, sin excederme porque vamos a casa de mi madre, que si no, se iba a enterar este lo que es llegar tarde.

Me pongo un vestido de gasa que me llega hasta media pierna y unas sandalias de tacón, el pelo suelto y me maquillo con lápiz de ojos negro y mascara de pestañas.

Bajo hasta la puerta y lo veo delante del coche mirando su móvil. Lleva los mismos tejanos que antes y se ha puesto una camisa de lino blanco, la mitad del pelo recogido en una coleta tipo Thor. Levanta la cabeza y me mira de arriba abajo, yo estoy haciendo lo mismo, pero con gafas de sol. Su sonrisa se hace evidente y tiene esa expresión en su cara, achinando los ojos, que me vuelve loca.

—¿Ya te has despertado?

Simplemente le saco la lengua haciéndole burla como si fuera una niña pequeña y eso lo único que consigue, es hacerle reír. Entro en el coche y, durante el camino, no le dirijo la palabra, en parte porque estoy enfadada y en parte avergonzada y muy desmoralizada.

Cuando llegamos nos recibe mi precioso Travis. Tengo que estar preparada para su saludo porque cuando me planta las patas delanteras

encima, como no esté atenta me tira al suelo. Normalmente no suele hacerlo, pero como hace tantos días que no lo veo, hoy se lo permito. A Roger solo lo mira y vuelve a centrarse en mí.

Mi madre aparece en el porche donde comeremos, veo que ya está la mesa preparada. Con una coleta alta y su peto de quinceañera, los años pasan para todos excepto para ella, con casi sesenta años tiene un cutis y un cuerpo perfecto que lo acompaña con una simpatía arrolladora.

Nos abrazamos y, antes de que pueda presentarle a Roger, dice:

—Mmmm, esos ojos me son familiares. Yo ya te había visto antes, ¿verdad?

Tendiéndole la mano, Roger le contesta:

—Sí, señora, soy Roger, hace muchos años fui a su casa a recoger a su hija.

Mi madre me mira y me guiña un ojo.

—¡Anda! ¡Tú eres el jovencito aquel desgarbado! Madre mía, qué bien estás, si pareces un modelazo. —Hace una pequeña pausa y nos mira a los dos—. ¿Y en calidad de qué has venido con mi hija? ¿Amigos? ¿Novios?, cuidado que mi hija no aguanta mucho con ninguno, tú mismo.

Yo no sé dónde meterme y es que mi madre, con los años, ha desarrollado un «no me callo porque no me da la gana» envidiable, porque ni siquiera se plantea filtrar lo que dice.

—Mamá, él es mi jefe.

—¿Cuál? ¿El que te ha echado del bufete? —Mi madre se empieza a descomponer, no sé qué es peor.

Roger se pone muy serio.

—Mamá, Roger se está portando bien conmigo. Seguro que me compensará con otro trabajo.

Intento quitar tensión a la situación, aunque Roger se lo ha buscado al querer venir.

—Eso espero. —Por fin sale su sonrisa—. Vamos a comer que he hecho una paella increíble. Azul, ayúdame a acabar de prepararlo todo. Tú siéntate, Roger.

Justo cuando se va a sentar, mi madre se gira de golpe y Roger da un respingo y se vuelve a poner de pie. Muy seria le dice:

—Y otra cosa..., como me vuelvas a llamar «señora», te vas por donde has venido. Soy Anna.

Y toda fantástica se va hacia la cocina. Yo le pido disculpas a Roger en silencio y continúo tras ella.

Una vez en la cocina le recrimino a mi madre su trato con Roger:

—Joder, mamá, te has pasado tres pueblos.

—Esa boquita, Azul, no hace falta decir tacos. Una cosa te digo, si no sale huyendo es que ha pasado la prueba.

—¿Qué prueba?

—La de suegra.

—¿Qué suegra? Mamá no te entiendo.

—Pues que si vemos tu currículum de novios y tenemos en cuenta que nunca me has presentado a uno de ellos desde Pedro...

—Mamá, Pedro no era mi novio y Roger tampoco lo es.

—Vale, vale, Pedro, no, pero este tiene pinta de que sí.

—Que no, mamá, solo ha venido a traerme porque mi coche está en Barcelona y él mismo se ha autoinvitado a comer. No hay nada más.

—Bueno bueno, si lo dices, te creo, pero que conste que me gusta este chico para ti.

«Y a mí», pienso yo.

Voy con el pan hacia fuera, seguida de mi madre con la paella dispuesta a servirla.

Roger se queda muy sorprendido al verla. En estos días he deducido que es su comida favorita y por lo que parece esta le ha sorprendido muy gratamente, ya que cuando mi madre hace paella lo da todo, vamos que va bastante cargadita: habas, pimientos, guisantes, gambas, cigalas, sepia, almejas y cangrejos. A mí, por el contrario, solo me gusta el arroz, así que me estoy media hora apartándolo del resto.

La comida está siendo muy amena, nada de lo que se preveía en un primer momento, mi madre y Roger están congeniando demasiado bien para mi gusto. Mientras tomamos café, mi madre hace la pregunta estrella:

—¿Y tú, Roger, estás casado o tienes novia? O novio, disculpa.

Roger abre los ojos desmesuradamente, pero luego le dedica a mi madre una sonrisa.

—Ahora mismo estoy soltero. —Parece que no le incomoda nada de lo que diga mi madre, al contrario, parece divertirse.

Mi madre lo mira esperando algo más y él se lo da:

—En realidad, en mi mente hay una pelirroja, pero se me resiste. —Me

mira intensamente con sonrisa de malvado.

Trago saliva, me ha dejado KO porque más bien es justo al revés. No sé qué intenta demostrar. Me estoy acalorando y mi pulso se ha acelerado a doscientos. Sus preciosos ojos siguen clavados en mí esperando una reacción. Miro a mi madre y lo miro a él. Estoy bloqueada.

De pronto una ayudita. Suena el móvil de mi madre y, aunque ha puesto cara de fastidio al escucharlo sonar, cuando ha visto quién era, ha dado un gritito y, disculpándose, se va a contestar dentro de la casa.

—¿Me lo puedes explicar? —le exijo con mal genio—. No necesito que mi madre se crea nada, no necesito un novio de mentira, no hacía falta que dijeras eso.

Me mira contrariado, se gira hacia mí y mueve mi silla fácilmente hasta tenerme frente a él.

—Te lo voy a explicar porque es muy sencillo. Desde que has vuelto a mi vida me estoy volviendo loco y necesito tenerte en mi cama y fuera de ella, todos estos días que hemos pasado juntos, sin atreverme a dar este paso, han sido una tortura y ayer iba a hablar contigo, pero cuando te fuiste pensé en hacerlo hoy.

Zasca, pulso a trescientos. Necesito tranquilizarme, pienso en preguntarle por Olivia, pero después de lo que me ha dicho, no puede entrar en esta conversación. Bebo un sorbo de agua y todo lo tranquila que puedo le contesto:

—Roger, anoche estaba en tu cama y me echaste de ella.

—Anoche hubieras sido mía y del cava. Y yo no comparto. Tal como dije en su momento te quiero las veinticuatro horas del día conmigo, pero ahora a todos los niveles.

Su mirada penetrante me acelera el pulso y su respuesta me da por satisfecha. Su fuerte carácter hace que me guste aún más si eso puede ser, nunca me han gustado los hombres manipulables.

Sigo seria al contestarle:

—Roger, te voy a ser muy sincera. —Su cara es un poema, ha ido directo y ha puesto todas las cartas sobre la mesa y ahora está en mis manos. Sinceramente me encanta esta situación y sé que, después de lo de anoche, tiene una cierta ventaja, hago un largo silencio a propósito—. Aparte de que es la proposición menos romántica que me han hecho nunca, te diré que me encantaría que eso sucediera.

Acerca su mano a mí como el que va a sellar un trato de negocios y cuando las tenemos estrechadas dice:

—El tiempo que dure, pero siempre fiel.

—Es curioso, es uno de mis lemas.

Sé que es un juego peligroso, pero Roger haría que saltara al vacío, sé que me arrepentiría si no aceptara. Sonríe mientras veo cómo besa mi mano y al levantar su mirada hacia mí dejo de hacerlo, noto una corriente que baja hasta mi vientre. Si solo con eso ha logrado que me excite no quiero ni pensar lo que pasará más entrados en materia.

—Bueno, chicos, lo siento, me gustaría quedarme para ver si esto acaba en boda, pero me voy a cambiar que he quedado. —Mi madre me guiña un ojo y sale disparada hacia su habitación.

Media hora más tarde ya estamos subidos al coche de vuelta a los viñedos.

Yo empiezo mi lucha con el cambio de emisoras, pero es que estoy muy nerviosa y no sé qué hacer con el largo camino que tenemos por delante. Mis hormonas me han jugado una mala pasada, supongo que es por los meses de abstinencia sexual que llevo.

La verdad es que me he acostado con muy pocos hombres, nunca he encontrado el que tuviera el cien por cien, que intelectualmente y sexualmente me satisficiera. Aunque le haya dado a Roger una imagen de «deborahombres», en realidad, soy muy selectiva.

Parece que ha volado, hemos vuelto en la mitad de tiempo que en la ida y ya estamos en la puerta de su casa. Para el coche mientras suena la canción «Thinking Out Loud», de Ed Sheeran, cuando va a parar el contacto pongo mi mano sobre la suya para que no lo haga. Me mira extrañado. Me encojo de hombros y le digo:

—Es que me encanta esta canción.

Su preciosa sonrisa me traspasa, sus labios carnosos dejan paso a unos perfectos dientes.

—Y a mí me encantas tú.

Me mira como si acabara de descubrir la octava maravilla y pone su mano suavemente por mi nuca hasta acercarme a él. Nuestros labios se rozan, me besa suavemente como inspeccionando el terreno, yo acaricio con mi lengua esos labios que me vuelven loca, noto su reacción, pero de pronto para. Se gira y saca la llave del coche.

—Lo siento, pero hace mucho tiempo que dejé de hacerlo en un coche. Vamos dentro.

Una vez en la casa y con un hambre insaciable, nos besamos, su lengua y la mía no dejan de asaltarse mutuamente, al igual que nuestras manos se pelean por invadir el cuerpo del otro. Mientras intenta adivinar cómo quitarme el vestido, yo ya le he quitado la camisa y puedo admirar su abdomen y sus pectorales, se nota que la naturaleza y el deporte han sido buenos con él, se lo quita y pone sus manos en mis caderas. Mientras me susurra al oído:

—Cómo me gusta este vestido, pero ahora no es muy útil.

Noto que lo desliza hacia arriba y se deshace de él. Me quedo en ropa interior y sandalias ante él.

—Así mejor. —Sus ojos me envuelven de una forma que no puedo describir, pero está claro que le gusta lo que ve.

Sus manos se posan en mi trasero y me arrastra hacia él, cosa que aprovecho para lamer su cuello, ¡qué bien huele! A este paso no subimos a la habitación. Noto su erección prisionera tras los pantalones y decido que hay que liberarla, así que le intento desabrochar el botón, pero no llego a hacerlo porque me ha levantado y me enrosco en su cintura, nos besamos y noto cómo me deshago cuando su mano entra por debajo de mis bragas y roza mi parte sensible. Empieza a caminar conmigo cogida y se detiene sobre la gran alfombra del salón. Me bajo y me dice en un susurro:

—Un segundo.

Lo veo salir escopeteado y venir en un momento, enseñándome un preservativo.

—¿No querrás ser madre, verdad?

Me quedo muy seria mirándolo, bajo la mirada y eso no le cuadra. Está guapísimo esperando mi respuesta, solo con los pantalones, dejando que mi vista disfrute con su perfecta «v».

—Pues, la verdad..., yo quiero ser madre y tú eras el candidato ideal. Pensé que serías un buen braguetazo..., ya me has descubierto. —Lo sigo mirando cabizbaja unos segundos más hasta que no puedo hacerlo y empiezo a reírme—. Trae ese preservativo, Conan.

Parece que le acabo de quitar un peso de encima, qué cara había puesto.

—Por un momento me has descolocado. —Mientras, yo no puedo parar de reír—. ¡Me las vas a pagar, bruja!

Viene hacia mí y aunque intento esquivarlo hacia otro lado no me da tiempo, me coge entre sus brazos a la vez que me tumba en el suelo suavemente. Sus preciosos ojos almendrados recorren mi cuerpo y me hace estremecer, ya no me río. Poco a poco me baja el sujetador y con sus dedos recorre mis senos hasta llegar a los pezones, mi pecho sube y baja por la excitación.

—Eres preciosa, chica dura.

Baja la cabeza hasta llegar a mis pechos, me empieza a lamer los pezones, los saborea mientras su mano hace hueco entre mis bragas. Estoy muy excitada, traza círculos en mi clítoris y lo presiona haciendo que mi placer se multiplique en segundos. Esto es increíble, le levanto la cabeza hasta mí, necesito besarlo, me apodero de su boca y junto a sus continuos movimientos, me lleva a un placer conocido, pero con él es diferente. Estoy un pelín avergonzada, creo que nunca me había corrido tan rápido, supongo que la abstinencia ha tenido mucho que ver.

Continúa besándome mientras se deshace de los pantalones, increíblemente rápido estamos completamente desnudos. Veo en primicia cómo se pone el preservativo con gran facilidad, está claro que lo ha hecho muchas veces. Me mira dulcemente.

—¿Estás preparada?

—Para ti, siempre. —No me creo que estas palabras hayan salido de mi boca, supongo que será por la situación, me tiene totalmente a su merced.

Toco su pecho mientras me abro totalmente para él, va introduciendo su pene poco a poco hasta el fondo, gimo de placer, lo miro y confirmo que está sintiendo lo mismo que yo. Sale y entra en mí con pasmosa lentitud mientras nuestros ojos están conectados. Sus penetraciones cada vez se hacen más rápidas, llevándome una y otra vez a otra dimensión. De golpe se para. Pone sus labios junto a los míos y dice:

—Azul, ¿cómo hemos tardado tanto en encontrarnos?

—Para eso no tengo respuesta y ahora continúa o eres hombre muerto.

Sonríe y sus ojos se achinan, cómo me pone cada vez que hace eso, porque su expresión es diferente a una sonrisa casual.

Sigue con sus embestidas hasta que se hacen estrepitosamente rápidas, el placer es brutal, mis gemidos son cada vez más altos y le recorro el cuerpo con las manos, exploto de placer con un montón de sensaciones mientras noto cómo él está llegando al orgasmo, un par de penetraciones y se corre soltando

un fuerte gemido.

Permanece unos segundos sobre mí y cuando se va a apartar le digo:

—No, por favor, no te apartes aún. —Sonríe.

—Pero te voy a aplastar.

—No, no lo harás.

Tras esto nos besamos y poco a poco sale de mí haciéndome sentir vacía como nunca antes me había sentido. Bueno, sí, como cuando tras un concierto se alejó de mi lado, pero con la diferencia de que ahora solo ha ido al baño.

—¿Qué me has llamado antes? —pregunta mientras se vuelve a tumbar a mi lado.

—Conan —respondo a la vez que me giro y me pongo de medio lado mirando hacia él, apoyada en mi mano, reconozco que debo tener una cara de pánfila...

—¿Por qué Conan?

—Porque cuando te vi en el despacho, con tu melena y con ese cuerpo que Dios te ha dado, lo primero que pensé fue en Jason Momoa.

—¿Y quién es ese Momoa?

—El actor que hizo la nueva versión de *Conan*. —Como veo que su cara no dice nada, continúo—: ¿Has visto la serie *Juego de Tronos*?

—No.

—¿Pero tú en qué mundo vives?

—Solo me he leído los libros. —Sonríe en plan listillo.

—Vale, pues el actor es el que hace de Khal Drogo.

Me mira y su sonrisa se vuelve maléfica. Se va acercando despacio hasta que me rodea y hace tumbar boca arriba.

—Pues tú serías una digna Khaleesi pelirroja.

Me coge de las muñecas y me sube los brazos hasta ponerlos por encima de mi cabeza.

—Shhh, no te muevas.

Sus fuertes manos bajan acariciándome por los costados hasta que estallo en una carcajada, me hace cosquillas y no puedo remediarlo.

—Pelirroja, si no dejas de reírte no puedo seguir —me dice con media sonrisa.

—Perdona —le digo intentando ponerme seria.

Para sus manos en mis caderas. En el asombroso silencio ya solo se oye

mi respiración acelerada, se acerca a mi cara y me besa suavemente, nos besamos y mi lengua entra su boca, estoy totalmente excitada y rendida a este hombre. Pongo mi mano sobre su gran miembro, acariciándolo y noto cómo empieza a cambiar de tamaño.

De pronto suena el teléfono, es su móvil. Lo deja sonar hasta que se para y él sigue explorando mi cuello, pero vuelve a sonar.

—Me temo que lo tengo que coger, debe ser algo urgente.

—No pasa nada.

Mientras coge el móvil me empiezo a vestir, por lo que estoy oyendo creo que nuestro encuentro ya se ha terminado. Cuando cuelga se aproxima y me rodea por la cintura.

—Tengo que irme, por lo visto en la aduana de Estados Unidos hay mucho producto parado. Iré a ver qué es lo que pasa.

—Vale, espera voy contigo y aprovecho a terminar cosas que tengo pendientes.

—Esta noche continuamos lo que nos han interrumpido, ¿vale? —Me besa y su beso promete.

Vaya tarde llevamos de solucionar problemas, aunque sea sábado está aquí la mitad de la plantilla, por lo que veo hay un marronazo. En parte para mí es bueno porque me evita pensar en lo que ha pasado esta tarde. Cada vez que pienso en él y lo que hemos hecho creo que me voy a volver a correr, sobra decir que me ha hecho sentir cosas que no había sentido nunca y eso me da un poco de miedo. Su personalidad arrolladora y su físico imponente me tienen bloqueada, o más bien enamorada, ¿pero esto puede pasar? ¿O son las hormonas y el tiempo que llevaba sin practicar sexo?

Vale, Azul, piensa fríamente, solo es alguien que ocupaba un recuerdo adolescente y ahora es un hombre y muy posiblemente yo también tendré fecha de caducidad como la otra y tantas otras o puede que yo me canse antes de él.

Ese pensamiento ahora mismo no me gusta, mejor no pienso y continúo con el *e-mail* que estoy terminando.

Suena el teléfono, es Roger.

—Hola, mi preciosa Khalheesi, ¿ya has terminado? ¿Sabes la hora que es?
—Mi sonrisa inunda la habitación.

—A lo primero, sí, y a lo segundo, no.

—Pues son las diez de la noche, ya va siendo hora de irse, ¿no crees?

—Vale, acabo de recoger esto y bajo.

—Nos vemos abajo.

Estoy apagando el ordenador cuando de repente oigo:

—Tres horas y cuarenta y cinco minutos es lo que hace que no te veo y me estoy volviendo loco.

Lo veo entrar como un vendaval. Cojo mi bolso y voy hacia él.

—En realidad son cuarenta y seis.

Le rodeo el cuello y nos besamos. Primero, saboreo sus labios, pero su lengua invade rápidamente mi boca y hace que esa sensación en el bajo vientre me haga anhelar algo más.

—Lo digo muy en serio.

—¿El qué?

—Que me estoy volviendo loco, o más bien tú me vuelves loco.

Sus manos vuelan por mi cuerpo hasta pararse en mi culo.

—Supongo que antes de volverte loco me invitarás a cenar.

—Ya tenemos la cena en casa.

—Estás en todo, al final me tendré que casar contigo.

—Eso no lo dudes. —Sonríe y sus ojos se achinan.

Esa respuesta hace que el estómago se me contraiga.

—Lo decía en broma. —Ahora soy yo la que sonrío.

—Yo no. Si quieres cogemos un avión a Las Vegas y mañana estamos casados.

Silencio.

—¿Me estás hablando en serio? —Mi subconsciente hace que me aparte de él.

—No, pelirroja, pero por la cara que has puesto sé que nunca te pediré que te cases conmigo.

—¿Qué cara he puesto?

—Vamos, luego te lo explico.

Apagamos las luces y salimos del edificio.

Una vez en su casa decido ducharme antes de cenar, mientras él se queda preparando lo que nos han traído de cenar. Me pongo un blusón de seda y aún con el pelo mojado bajo al comedor. Roger está cogiendo una botella de cava de la nevera y por lo que veo también se ha duchado, lleva tan solo unos pantalones de lino que le quedan bajos y que me dejan ver ese escultural cuerpo. Sigue de espaldas mientras coge dos copas, lleva el pelo recogido en

una coleta tipo hipster y he de reconocer que me pone muchísimo. Se gira y al verme sonrío y yo me derribo.

—¿Cava?

—Por supuesto.

La cena está preparada en una pequeña mesa de cristal que hay sobre la alfombra donde este mediodía hemos hecho el amor, también hay cojines, así que supongo que cenaremos ahí.

—Espero que te guste lo que he pedido.

Miro lo que hay y se me hace la boca agua, veo un gran surtido de canapés de salmón, de caviar, de diferentes patés, pastel de atún, un pequeño surtido de quesos y jamoncito.

—Mmmm, creo que has acertado en todo.

—Pues espera y verás el postre.

Agrando los ojos, sorprendida.

Nos sentamos en los cojines y lo miro mientras llena las copas. Hace tan solo dos semanas que estoy con él, pero parece como si hubiera estado toda la vida, me siento a gusto, como si no pudiera estar en otro sitio mejor que en este. Pasa fugaz por mi mente un pensamiento triste y es cuando termine mi trabajo aquí. Esto sí que tiene fin de contrato, pero ¿qué pasará con nosotros? Lo descarto de mi mente, hay que aprovechar el momento, así que decido centrarme en el presente. Y el presente es un hombre que, con su sola presencia, hace tambalear mi mundo, sin contar sus preciosos ojos mirándome fijamente.

—¿Qué piensas?

—En nada... —Tras un suspiro continuo, está esperando—: Roger, ¿qué piensas de mí?

—Pues menos mal que no pensabas en nada. ¿Es una pregunta trampa?

Me da una de las copas mientras sus ojos penetran en mí de una forma que parece que esté leyendo mi alma.

Bebo de mi copa y tranquilamente le respondo:

—No, solo quiero una respuesta sincera.

Tras unos segundos, que se me hacen eternos y con un semblante serio, responde a mi pregunta:

—Azul, tú eres mi deuda pendiente. Me enamoraste desde el primer momento en que te vi y el hecho de encontrarte después de todos estos años es una señal para poder resarcirme de ti. Me pareces una gran mujer, muy

generosa y me lo demostraste al anteponer los intereses de Cati a los tuyos, fue el primer paso, donde quise conocerte más, sin obviar el tema de que eres una mujer bellísima, por supuesto. Tienes un fuerte carácter y eso también me gusta, quiero conocerte y, aunque no voy a prometerte amor eterno, creo que vale la pena intentarlo. —Mientras está hablando me acabo la copa de un solo trago y me voy acercando a él—. ¿Te parece buena respuesta o sigo hablando?

Sin decir nada me abalanzo sobre él tumbándolo sobre los cojines.

—No está mal.

Sonrío y lamo sus labios. Sigo lamiendo su perfecto cuerpo hasta que terminamos lo que empezamos esta tarde.

Viernes

Un reguero de besos inunda mi espalda, es uno de los mejores momentos del día y eso que nunca esperé levantarme con una sonrisa, pues así llevo desde que lo conozco o más bien desde que me despierto junto a él.

—Mmmm, buenos días.

—Buenos días, mi bella durmiente pelirroja. Vamos tarde, así que voy a preparar el desayuno mientras te duchas.

—Nooooooo.

—Sííí.

De golpe doy un respingo ¡me acaba de dar un mordisco en el culo! Suave, pero un mordisco.

Me da un manotazo en el trasero y sale de la habitación mientras le voy gritando:

—¡Me las pagarás, Conan!

Está vestido, así que supongo que es verdaderamente tarde. Me ducho en tiempo récord y me pongo un vestido negro sin mangas, con un fino cinturón y unos zapatos de tacón. Bajo y ya está todo listo para desayunar.

Mientras unto la mantequilla en las tostadas me acuerdo de que mañana sábado he quedado con Didac para comer.

—Roger, te recuerdo que mañana me tienes que llevar a Barcelona. Tengo que coger mi coche y, además, he quedado a comer con Didac.

—¡Didac! ¿Quién es ese? —Oh, oh, creo que no le he hablado de él. Parece que no le ha sentado bien.

—Es un amigo. Como se ha enterado de lo que ha pasado en el bufete, me llamó ayer para vernos.

Sigue serio y en su expresión noto que no quiere darle importancia.

—Si quieres puedes venir, así le presentaré al tiburón que se ha comido al bufete, que me ha echado, y en agradecimiento estoy follando con él.

Su mirada se vuelve amenazante. Creo que me he pasado, no lo creo, lo confirmo. Recién levantada no controlo mis emociones, por lo visto tardan en despertarse más que yo.

—Perdona, pero dicho en voz alta suena fatal, aunque sea la verdad.

Me callo, no lo estoy arreglando.

—¡Joder, Azul! ¡Sabes que eso no es así! El bufete hacía aguas hace mucho tiempo. Mi padre me lo comentó porque conocía a Olivé de hace muchos años y fue algo que yo aproveché, pero te puedo garantizar que él no se ha ido con una mano delante y otra detrás.

—Lo sé, aquí los únicos que hemos salido perdiendo hemos sido a los que echaste.

Mi sonrisa cínica hace que se enfurezca más, tengo ese don. Se levanta y me dice:

—Te espero fuera.

Coge el periódico y sale echando humo.

Llegamos a la oficina y aún no ha cruzado palabra conmigo y por lo que veo va a tardar en dirigirse a mí, así que hago una de las cosas que mejor se me da, pedir perdón.

Paso por la cafetería y cojo un café junto con unas napolitanas de chocolate. Subo hasta el despacho de Roger y como puedo abro la puerta, lo veo sentado en su sillón de cuero frente al ordenador. Me mira y continúa a lo suyo como si no hubiera entrado nadie. Tranquilamente dejo el café y las pastas sobre la mesa, me dirijo a él y le aparto las manos del teclado a la vez que lo giro hacia mí. Pone cara de fastidio y sigue sin mirarme, pero me da igual, remango mi vestido y me siento a horcajadas sobre él. Ahora ya tengo toda su atención, su mirada es dura, suspira hondo, presiento que me va a costar. Cojo su cara entre mis manos y, pegando mis labios a los suyos, le susurro:

—Perdóname, a veces no filtro lo que digo, es algo genético.

Lo beso despacito sabiendo que puede retirarme en cualquier momento, no responde a mis besos. De pronto noto sus manos en mis caderas. Bien, vamos mejorando.

—No me gustan las napolitanas.

—¿Perdona? —le digo.

—Si querías firmar la pipa de la paz, eso no te vale para nada.

—Ah —le digo bajito, algo cabizbaja.

Con su dedo me levanta la barbilla y veo cómo su sonrisa empieza a asomar.

—Con tu presencia es suficiente.

Buah, suficiente es para mí este hombre. Lo devoro y él a mí, noto que nos excitamos por segundos.

—Ejem, ejem.

Nos quedamos inmóviles. Mierda, no he cerrado la puerta. Roger se hace hueco apartando mi melena de su cara.

—Perdone, señor Fortuny, es que su hermano ha llamado. Dice que necesita hablar con usted y que no lo localiza.

Es Alicia, la secretaria de Arcadi, en quince minutos toda la empresa sabrá que estamos liados y, aunque estoy de espaldas, sé que mi melena pelirroja es inconfundible. Realmente me da igual, la verdad es que me importa un comino, dentro de poco ya no estaré aquí.

—Gracias, Alicia, ahora lo llamo.

Escucho cómo sale del despacho y poco a poco me levanto, no sin antes darle un beso. Roger mira el móvil y ve que lo tiene en silencio junto con diez llamadas perdidas de su hermano.

—Me voy currar un rato —le digo.

—Haga el favor, señorita Marozzi, ya llega tarde. —Me guiña un ojo, yo sonrío y salgo del despacho como si estuviera flotando en una nube. A veces me confieso a mí misma que soy un poco ñoña.

Cuando llego a mi mesa empiezo a mirar y contestar el correo electrónico. Suena el teléfono.

—Hola, Cati.

—Hola, pendón desorejado, ¿se puede saber qué ha visto la víbora de Alicia! Porque déjame que te diga, pero todo el edificio está hablando de tu pose sobre el jefazo.

—Ja, ja, ja, nos estábamos reconciliando. Pero ¡joder, ha pasado hace apenas media hora! Esto me recuerda a *Grease* cuando Rizzo cree que está embarazada y al momento todos están enterados, ¡vaya panda de cotillas!

—Ja, ja, ja, pues si hubieras visto la cara de indignada que ponía Alicia al contarle en el comedor junto a su corrillo...

—Y tú estabas con la oreja puesta, supongo.

—Por supuesto, es escuchar tu nombre y saco la antena parabólica rápidamente.

—Pues me alegro por ellos, al menos tendrán algo de lo que hablar. Cati, mañana he quedado a comer con Didac, ¿quieres venirte a Barcelona y comer con nosotros?

—¿Con ese gilipollas?! No, gracias. Aún le debo partirlle la cara por lo que te hizo.

—Ja, ja, ja, ¡pero si me hizo un favor!

—De todas formas no puedo ir, he quedado con las chicas para ver un partido de vóley-playa.

—¡Las chicas! ¿Qué chicas?

—Pues Helena y algunas chicas de las bodegas.

—Vale, luego nos vemos, ligona.

—Hasta luego, bellezón.

No veo a Roger hasta que llega la hora de irnos. Voy a su despacho y ya está apagando la luz. Al verme su semblante se ilumina ¡cómo me gusta!

—Hola, señor Fortuny.

—Menos cachondeo, pelirroja. —Se acerca y me da un beso, dos besos, vale tres. Perfecto ya se le ha pasado el cabreo.

—Sabes, hoy te voy a preparar la cena.

—¿Pero si no sabes cocinar? ¿O me has estado engañando?

—Bueno..., sé lo básico. ¿Te gustan las patatas fritas con huevos?

Su cara es un poema y yo no puedo parar de reír.

—No, tonto, ya verás cómo te sorprendo.

Cuando llegamos me pongo manos a la obra mientras él se ducha. Pongo un pequeño mantel en la mesa del salón decorada con unas velas. Preparo la cena que consiste en unas torradas y pescado al horno, vamos, que tampoco me he complicado mucho la vida, pero para mí es todo un reto. Si no llego a llamar a mi madre para que me explique los misterios del pescado al horno, seguramente habríamos cenado patatas fritas.

Cuando lo veo bajar las escaleras de golpe me pasa un pensamiento por la cabeza. ¿Me gustaría estar siempre con esta persona? Realmente parecemos un matrimonio ¡Por Dios! ¡Si hasta he preparado la cena! Mi respuesta es clara: sí, sí quiero, pero el miedo de pronto está entrando en mi mente. ¿Y si todo esto desaparece de golpe?

—¿Se puede saber qué estás pensando? Te has puesto pálida.

—Nada.

Me giro y continúo preparando la mesa. Me para y me pone frente a él.

—Me he arriesgado mucho, la última vez que te pregunté eso, tu pregunta fue muy profunda. ¿Qué te pasa?

—Pues... es que no sé. Es como si todo pasara muy deprisa. Fíjate, parecemos un matrimonio, me siento rara. ¿Y si de golpe todo esto desaparece?

—Eso no ocurrirá. —Me besa la nariz.

Los demonios del divorcio de mis padres aparecen pisando fuerte, nunca me había sentido así, quizá porque nunca había sentido algo tan intenso en mi corazón.

—Azul, piensa que esto es solo circunstancial, en cuanto vuelva mi hermano yo regresaré a mis oficinas en Barcelona y una vez allí tú decidirás si quieres seguir trabajando conmigo, vivir conmigo o trabajar fuera y vivir conmigo o simplemente vivir conmigo.

—¿Me estas pidiendo que vivamos juntos?

—Bueno, de hecho ya lo estamos haciendo. ¿Cenamos?

Qué facilidad tiene para cambiar de tema.

¿Vivir juntos? Hola, miedos, rápidamente pienso: «¿Por qué no?», sí, me gusta esa idea.

Una vez sentados, empezamos a cenar y vivo una experiencia para mí desconocida, que es ver la cara de Roger tras su primer bocado de pescado. Lo miro con curiosidad mientras mastica, él continúa a lo suyo sin hacerme mucho caso, hasta que me mira con su sonrisa picarona.

—Le falta sal.

—Vete a la mierda.

Se empieza a reír y yo no le encuentro la gracia.

—Está buenísimo, era broma, pero me encanta ver tu cara enfadada, porque cuando sonríes estás preciosa, pero enfadada estás insuperable.

Vale, en un cara a cara, me acaba de ganar, como hace siempre y encima me estoy poniendo roja. Después de compartir tanta intimidad con él, me sorprende que mi cuerpo reaccione así.

—Bueno, ahora explícame quién es ese tal Didac que me va a privar de tu compañía.

—Es mi ex.

Se le transforma la cara, empezamos mal.

—Solo estuvimos juntos unos meses, hasta que me enteré de que estaba casado. Es un cabrón en el tema mujeres, pero ahora mismo es un buen amigo.

—¿Y por qué has quedado con él?

—Ya te lo dije, me llamó y como tengo que ir a Barcelona, quedamos para comer. —Hago un silencio—. Roger, ¿no me digas que estás celoso?

—No estoy celoso, pero sí un poco molesto. No me hace gracia que te vayas a comer con ese tal Didac.

—No te preocupes, en mi mente solo estás tú. Las veinticuatro horas del día. —Le guiño un ojo y sonrío.

Terminamos la velada como no podía ser de otra forma, con uno de los mejores polvos del momento.

6

Cuando llego al restaurante lo veo esperando en la barra, está tan guapo y elegante como siempre. Tengo que reconocer que de todas las parejas que he tenido, Didac ha sido el más guapo. Por supuesto, sin contar a Roger, él es un mundo aparte, es mi mundo aparte.

Didac es un poco más alto que yo, rapado completamente y sus ojos azules junto a sus labios carnosos son toda una tentación, una en la que yo ya caí.

Al verme se acerca con una gran sonrisa y me abraza efusivamente, cosa que me sorprende bastante ya que él siempre dejaba las demostraciones afectivas hasta llegar al dormitorio, y después de un tiempo supe el porqué.

—Hola, Azul, estás bellísima.

—Hola, Didac, tú estás como siempre.

—Estar como siempre, ¿es bueno o malo?

—Ya sabes que es bueno, narciso.

—Por favor, señores, si me acompañan. —Un camarero muy amable nos hace seguirlo hasta una sala contigua. Didac me acompaña y pone su mano en mi cintura cosa que me hace sentir incómoda.

Este restaurante siempre nos gustó cuando estábamos juntos, de hecho, nuestra primera cita fue aquí, recuerdo cómo utilizó todas sus armas de conquistador, justo como me temo está haciendo ahora.

La decoración de este restaurante es tradicional y lujosa, pero lo más curioso es ver que convive con coches de época, en la entrada y en cada salón hay uno al cual más bonito e impresionante.

Cuando nos sentamos, miro a mi alrededor y curiosamente veo en una de las mesas a Claudia con varias mujeres más. Todas parecen estar cortadas por el mismo patrón.

Justo en ese momento se cruzan nuestras miradas, ella me sonrío. ¿Quién en su sano juicio sonrío a la que ha podido ser el desencadenante para romper su relación? Nadie, yo en su lugar, como muy poco, le dedicaría una mirada de odio perdonavidas. La saludo con la cabeza y retiro la mirada, me centro en mi compañero de mesa.

Didac es inversor, tiene una empresa que le funciona bastante bien y tiene

mucha, mucha pasta. Yo lo conocí cuando trabajaba como abogada matrimonial, yo era la abogada de su ahora exmujer. Después de un tiempo me lo encontré y empezamos a salir sin que yo pudiera imaginar que se había vuelto a casar, resulta que hasta que me enteré, yo era la otra. En ese sentido fue un cabronazo y se lo hice pagar, pero ahora mismo, como amigo, es de los mejores. Claro que esto solo puede pasar porque yo no estuve enamorada de verdad de él.

—Azul, me han dicho que el bufete ha desaparecido —dice Didac, aparentemente apesadumbrado.

—Bueno, en realidad, solo a medias, digamos que la mitad se queda y la otra mitad la intentan ubicar por donde puedan, pero sí, nuestro bufete, como tal, ha desaparecido.

Veo cómo va acercando su mano hasta ponerla sobre la mía.

—Sabes que yo estaría encantado de que trabajaras para mí, solo basta que me lo digas y tendrás un despacho en mi empresa.

—Gracias, Didac, te lo agradezco, pero ahora mismo tengo que terminar algo que me han propuesto y después veré qué hago.

Aprieta mi mano y me mira con cara de... ¿seductor?

—Sabes que siempre me tienes para lo que necesites, ¿verdad?

Ahora acaricia mi mano cosa que me tiene aún más sorprendida.

—Didac, ¿puedes dejar de tocarme? Sabes que eso no me gusta.

—Perdona, es que me dejo llevar..., por cierto, ¿sabes que me he divorciado?

—No me extraña, la pobre no podría con tanto peso en la cabeza.

Mis palabras le hacen reír.

—Me encanta tu sinceridad y frescura.

—No puedo decir lo mismo.

—Mi segunda exmujer y yo teníamos una relación abierta, ya te lo dije. Ella me conocía muy bien y como teníamos intereses en común, nos vino bien casarnos.

—Pues eso me lo tendrías que haber dicho antes de que nuestra relación pasara a algo más.

—Lo sé, por eso me gustaría empezar de nuevo contigo y hacerlo bien.

Respiro hondo, ¿cómo le explico que jamás volvería a estar con alguien de quien no me fío? Y es él justamente.

—Lo siento, pero estoy con alguien. Además, sabes que no volvería a

estar contigo, creo que te lo dejé bien claro.

—Sí, por supuesto, mi espalda aún se resiente. —Hace un gesto de dolor.

Todo viene porque cuando me enteré de que estaba casado, en mitad de la discusión, lo empujé, con la mala suerte que dio un traspie y cayó de espaldas. No se lo esperaba, pero yo tampoco. Creo que estuve hasta hace poco pidiéndole perdón.

—Qué exagerado eres. —Me río junto a él recordando el momento.

Pasamos a los postres y, tras un largo rato de conversación, le comento que me voy ya y él se ofrece a llevarme a casa. Antes de salir decido ir al baño.

Mientras me lavo las manos aparece Claudia con una de las mujeres que estaba con ella en la mesa. Veo cómo la otra mujer se planta en la puerta de salida y ella se pone frente a mí.

—Veo que le has encontrado sustituto a Roger muy rápido. —Ahora su sonrisa no tiene sinceridad, sino maldad.

—Mi vida no te interesa —le respondo con cara de pocos amigos.

—Claro que me interesa, sobre todo si me has quitado algo. Roger es mío y siempre lo será.

Me río en su cara. Esta no tiene ni idea de la poquita paciencia que tengo, así que de la forma más amenazante que puedo le digo:

—Roger no es de nadie y si fuera de alguien seguro que no sería de alguien tan superficial y estúpida como tú.

—Eso ya lo veremos —me dice con mala leche. Joder, con la mosquita muerta.

—Lo veremos... Y ahora, te apartas o te aparto.

No tengo paciencia, así que cuando la voy a agarrar del brazo se aparta rápidamente. Mi cara ha debido resultar, porque hasta la amiga me abre la puerta. Pero ya me ha puesto de mal humor, la tiparraca esta.

Cuando salgo veo a Didac esperándome en la puerta. Antes de llevarme a casa le digo que me gustaría pasear, necesito airear la mala leche que tengo ahora mismo. Paseamos durante más de una hora y nuestro paseo nos lleva por el Moll de la Fusta.

Según la historia, este fue el primer muelle de Barcelona en época de los romanos y tras su remodelación en los juegos olímpicos de 1992 es uno de los centros turísticos obligados. Una vez pasamos el Pailebote, un espacio lleno de palmeras, nos recibe junto el sonido de las gaviotas, me encanta

Barcelona, es una de las ciudades más bonitas que existen.

Cuando llegamos a mi casa, se baja del coche y hablamos unos minutos donde nos despedimos con dos besos y un abrazo de verdad, de esos que se dan los amigos, quedando para alguna próxima vez, de esas que no sabes cuándo será y siempre queda en el aire.

Una vez en casa me dedico a meter en cajas todo lo que tengo que llevarme a lo que será mi nuevo hogar, que aún no sé cuál será. Si decido irme a vivir con Roger sería aquí en Barcelona, ya que su oficina central está aquí. Por ahora dejaré todas mis cosas en casa de mi madre y después ya veré, ella insiste en que viva con ella, pero cuando te independizas es difícil adaptarte de nuevo, por muy bien que estés.

Llamo a Roger y no contesta. Sigo atareada y me doy cuenta del montón de cosas que tengo, solo con los libros del salón ya llevo cuatro cajas. Al rato me siento en el sofá un poco exhausta. Miro el móvil y no hay señal alguna de Roger, como lo he llamado varias veces le envío un WhatsApp.

Azul:

Hola, estoy en casa, ¿cenamos juntos?

Justo termino de enviarlo siento una sensación extraña, como si algo no fuera bien, cosa que es absurda porque esta mañana nos hemos despedido muy amorosamente.

Pasa una hora y no obtengo respuesta, pero sé que lo ha leído. Lo llamo y nada, no descuelga. Vuelvo a enviarle otro mensaje.

Azul:

Roger, por favor, contéstame.

Tras dos largas horas esperando respuesta llego a la conclusión de que, o está enfadado conmigo, o tiene demasiado trabajo. Como ya es tarde me acuesto y decido que mañana a primera hora iré a hablar con él.

Me despierto y miro el reloj, son las nueve y media. He pasado una noche horrible llena de pesadillas donde recuerdo cosas, pero muy vagamente, mejor no lo pienso. Roger viene a mi mente y siento que se me encoge el estómago al mirar el móvil y leer un WhatsApp de él.

Roger:

No hace falta que vuelvas hasta el lunes.

Escrito anoche a las dos de la madrugada, no me lo puedo creer y leo el mensaje tres veces seguidas. Mi primer pensamiento es coger el coche e irme para allá, pero luego lo pienso fríamente y decido esperar a mañana. Mejor lo llamo porque me estoy cabreando. Tarda en cogerlo, pero al final contesta:

—¡Dime! —Su voz suena dura.

—Roger, ¿se puede saber qué te pasa?

—No te importa mucho por lo que veo.

—¿Por qué dices eso? No te entiendo.

—Como te he dicho en el mensaje nos vemos mañana. Espero que eso lo hayas entendido.

Cuelga. Me deja a cuadros y totalmente perdida.

No quiere verme ni hablar conmigo, ¿por qué? Pues no tengo ni idea. Espero que el hecho de que haya estado comiendo con Didac no sea el motivo, porque si es así se las verá conmigo.

Voy al súper de la esquina y compro de todas esas cosas que normalmente me abstengo de comer, pero hoy lo necesito, así que lo primero que hago es coger dos cajas de donuts, chocolate Lindt, que es mi preferido, canelones y *pizzas*, ah, que no se me olvide una tarrina de helado, el que lleva pizquitas de chocolate. Si con esto no lleno el vacío que tengo en el estómago nada lo hará, lo malo es que ese vacío no se llena con comida.

Cuando llego a casa y descargo todo el arsenal me quedo mirando lo que he comprado, necesitaré correr tres maratones seguidos para bajar todas las calorías que me voy a meter en el cuerpo, pero hay veces que necesitas desconectar y hoy es una de esas.

Paso la tarde frente al televisor viendo películas, una tras otra. Me he acomodado en el sofá y canal Acción es mi preferido, junto a estos magníficos donuts. Lo malo de esto último es que en dos bocados ya te has comido uno y luego otro y luego tu conciencia hace que salgas a correr para quemar el montón de calorías que te has metido en el cuerpo. Porque ahora me siento doblemente mal, una porque Roger está enfadado conmigo, y no sé por qué, y otra porque me he atiborrado de azúcar. Así que desoyendo mi parte vaga me pongo unos *leggings*, una camiseta de tirantes y mis deportivas, coleta alta y auriculares, y lista para correr. Eso sí, antes de salir por la puerta, cojo el móvil y le escribo un mensaje a Roger donde solo hay una palabra.

Azul:
¡¡Idiota!!

Dejo el móvil sobre el mármol de la cocina y salgo.

Hace tiempo, las chicas del gimnasio hicimos un itinerario de cinco kilómetros y otro de diez para las más valientes. Está por Diagonal y me

queda cerca de casa, aunque luego la subida sea más dura siempre puedo hacer trampa y coger un taxi.

Bajo caminando a paso rápido hasta que llego al principio y comienzo la marcha. Menos mal que llevo auriculares y la música alta del iPod, porque seguramente a mi alrededor están llamándome loca por correr un domingo por la tarde, pero es que cada uno tiene sus historias. La mía es que me he puesto hasta los topes de dulces y encima me he enfadado con mi novio.

Me paro en seco.

¡¡Novio!! ¿¡He pensado yo eso!?

Pues eso parece, no sé por qué me altero al pensar que mi subconsciente lo ha llamado novio, porque para mí, él es mi amor y si lo traducimos a relación, sería novio.

Continúo corriendo y decido centrarme en la música que voy escuchando y dejar a un lado mis pensamientos, Red Hot Chilli Peppers y Evanescence van haciéndome la carrera más amena. Como una campeona acabo los diez kilómetros y llego andando a casa.

Vueltas y más vueltas en la cama, las tres, las cuatro, no me puedo dormir.

Cuando me despierto veo que solo he dormido tres horas y es que estoy muy alterada. Necesito hablar con Roger lo antes posible.

Voy camino a los viñedos y cuando llego me doy cuenta de que he venido todo el camino escuchando la radio sin percatarme de que era un canal de noticias. Estoy tan sumida en mis pensamientos que ni siquiera he escuchado lo que oía.

Salgo del coche y me azota el silencio que reina y del que tan fácil es acostumbrarse. Abro la verja de hierro con mis llaves, sigo hacia la casa y entro. Lo llamo, pero no contesta nadie, miro por toda la casa; no hay rastro de Roger.

Estoy abatida y frustrada, esto de no haber podido hablar con él me hace sentir mal, una de las mejores cosas que hay para la mente es poder desahogarse y decir lo que piensas y si es recíproco mucho mejor.

Me hago un café y decido irme a la oficina.

He pensado en ir andando hasta las oficinas para despejarme, eso me sentará bien o eso creo. Pero a cada paso que doy más enfadada estoy, cuando lo pille le voy a cantar las cuarenta, no me quedaré a gusto hasta que le diga lo mal que me ha hecho sentir.

¡Perfecto! Me he perdido, todos los caminos parecen iguales y hasta hace cinco minutos pensaba que iba por el correcto, pero parece que no, esto de ser una urbanita tiene su castigo, no me oriento nada bien por el campo.

A lo lejos veo un coche, ¡salvada! Parece que por allí hay una carretera, además, seguro que irá a las oficinas, acelero el paso para llegar a él. Justo llego a la carretera cuando pasa el coche por mi lado, le hago señales para que pare, pero no lo hace. Se trata de Olivia, ¡vaya por Dios! No podría ser otra persona, sé perfectamente que me ha visto igual que yo a ella y a partir de este momento la guerra acaba de empezar entre ella y yo, seguramente para ella ya empezó en cuanto se enteró de que yo estaba con Roger.

Tras veinte minutos andando por la carretera donde he podido idear una venganza para la rata asquerosa esa, veo el edificio de oficinas, ¡gracias a Dios!

Cuando llego a recepción saludo a Helena mientras saco mis zapatos de tacón del bolso, me los cambio por las deportivas que me han hecho el camino más agradable. Ahora ya estoy preparada.

—Helena, ¿ha llegado ya Roger?

—Sí, Azul, cuando yo llegué él ya estaba.

—Perfecto.

Subo las escaleras y entro en su despacho como un miura, sin llamar a la puerta y sin los buenos días oficiales, le espeto:

—¿Se puede saber qué mierda te pasa?!

Y ahí está él, con su aura de poder y su porte señorial. No se digna a levantar la vista del ordenador y eso me cabrea aún más.

—Cierra la puerta, por favor, y modera tu lenguaje.

Cierro la puerta de un portazo. Me mira, parece que lo estoy cabreando, bien, eso es lo que pretendo, que estemos en igualdad.

Respira hondo.

—Azul, has roto nuestro trato.

—Perdona, ¿que he roto qué?

—Dijimos siempre fiel, y tú no lo has cumplido.

Estoy atónita o perdida, no, las dos cosas.

—¡No sé de qué me hablas!

—Lo sabes perfectamente, el sábado fuiste a comer tal como me dijiste.

—Sí, tú mismo me dejaste en la puerta del restaurante.

—Y después salisteis de allí y os marchasteis juntos, ¿verdad? —Habla

como si supiera cada uno de mis pasos esperando que le mienta.

—Fuimos a dar un paseo por el Moll de la Fusta y luego me llevó a mi piso. ¿Qué es lo que me intentas decir?

Coge su móvil y me enseña unas fotos. Aparecemos Didac y yo en el restaurante, se ve claramente cómo me coge la mano. Después hay fotos caminando por el paseo, y como colofón final los dos besos que nos dimos en el portal del edificio donde parece que nos besamos en la boca, ¡pero no es verdad! Le devuelvo el móvil y en el momento me arrepiento por no mirar quién se las ha enviado, pero está claro quién ha sido: Claudia.

—Mira, Azul, si estás conmigo no te comparto con nada ni con nadie. Llevamos poco tiempo juntos, pero si ya me haces esto, mejor lo dejamos aquí.

—Yo no me he acostado con Didac. —Me mira.

—No ha hecho falta, con lo que he visto es suficiente.

Necesito que lo entienda, necesito que me crea.

—No puedes saber nada porque no ha habido nada. ¡Es que ni siquiera ha habido un pico! —Su mirada no se desvía de la pantalla del ordenador—. Mírame, por favor. Roger, tienes que creerme.

—No tengo nada más que decirte. —Tensa la mandíbula, pero no me mira.

De la rabia que tengo doy un golpe en la mesa para que me preste atención. Bajo el tono de voz y le digo muy despacio:

—Yo no he tenido nada con Didac, nunca tendría nada con nadie porque para mí solo estás tú —parece que reacciona a mis palabras y me mira—, pero la confianza es algo muy importante, si tú prefieres creer lo que ves sin tener en cuenta mi opinión me deja muy claro que no eres lo que yo pensaba.

Tras no poder arrancarle ninguna expresión diferente desisto y salgo del despacho, dándome de bruces con Olivia que está en la puerta.

—¿Y tú qué haces aquí?! —le grito, no está el horno *pa* bollos.

—Nada nada, ya me iba —dice, la muy falsa, poniéndose las manos en el pecho a modo de ofendida.

Sale delante de mí y en nada desaparece por las escaleras. Yo necesito salir a tomar el aire, aunque más necesito coger mi moto y conducir hasta cansarme. Al caminar por el pasillo en dirección a la salida se cruza conmigo Pelayo.

—Oh, qué bien que estás aquí, quería comentaros algo a Roger y a ti.

—Lo siento, Pelayo, no es un buen momento —le digo muy seria.

—Pues tiene que serlo, es muy importante lo que os tengo que decir.

Hago de tripas corazón y dejo mi cabreo para otro momento. Pelayo llama a la puerta y entramos.

Roger está de pie mirando tras los ventanales y se gira rápidamente. Si las miradas mataran yo ya estaría más que fulminada.

—Roger, perdona que te moleste, pero tengo algo que comentaros a los dos.

—No te preocupes, Pelayo, siéntate, tú nunca molestas.

Mi cara se transforma de nuevo. ¿Qué pasa, que yo sí le molesto?

—Veréis, hace cinco minutos ha venido a verme Olivia, la ayudante de laboratorio, me ha dicho que se marcha y que nos dará los quince días de cortesía, pero ni uno más porque se va de viaje.

Rápidamente veo cómo Roger marca una extensión de teléfono, tras unos segundos empieza a hablar con Olivia. Habla con demasiada familiaridad, no me gusta. En un momento de la conversación Roger me mira con mala leche, seguro que le ha dicho que le he gritado, la muy lerda. Mi mente de mujer en alerta llega a la conclusión de que ha tenido algo con ella.

Al colgar se dirige a Pelayo y hace como si yo no estuviera:

—Necesitamos con urgencia a alguien que cubra su puesto, Azul te ayudará.

Vaya, he pasado de ser su mano derecha a ser «la ayudante» de Pelayo, qué majo. Pelayo se gira hacia mí y me sonrío. De nuevo esa voz profunda y en un tono seco, vuelve a pronunciarse:

—Ahora, si me disculpáis, tengo cosas que hacer.

Pues nada, a mandar, nos levantamos y salimos del despacho.

Quedo con Pelayo que será Tomás, el jefe de laboratorio quien decidirá la persona que sustituya a Olivia. Cuando llego a mi improvisado despacho, llamo a Cati.

—Hola, Cati, ¿qué tal llevas la mañana?

—Pues aún no me he quitado el sueño de encima y eso que he ido dos veces a ver a Helena ¡pero ni aun así! —Ella y sus enamoramientos.

—Oye, Cati, necesito un favor.

—Lo que quieras, jefa.

—Necesito que investigues qué hay entre Olivia, del laboratorio, y Roger.

—¿¡Cómo!?! —me contesta alarmada.

—Ya sé que no hay nada sentimental ahora mismo, pero no sé, Roger la trata de una forma demasiado familiar y ella se lo tira solo con mirarlo.

—Eso está hecho. Luego te llamo.

Como siempre, Cati no me defrauda. En media hora me está llamando.

—Soy toda oídos —le digo.

—Pues, por lo visto, la niñata repelente esa era la hermana pequeña de una novia de Roger, digo «era» porque murió bastante joven. Según la rumorología está coladita por Roger y entró enchufada por él.

Joder, por si no tenía bastante con Claudia, ahora otro frente abierto.

—Gracias, Cati, nos vemos luego.

Pasa una hora, dos y no me concentro, necesito verlo.

Llego hasta el despacho de Roger y llamo, como no escucho respuesta abro y entro. Me quedo parada al ver que no está solo. Sentados frente a su mesa está Carlos, el que se presentó como jefe de administración de una de las empresas de Roger cuando vino al bufete, y a su lado hay una mujer morena de unos cuarenta años muy guapa. Me dirijo a ellos y les saludo.

—¿Querías algo, Azul? —Su tono continúa siendo duro.

Esa es una pregunta absurda, si no quisiera algo no estaría aquí, pero no lo voy a dejar en evidencia delante de estos dos.

—Nada que no pueda esperar —contesto todo lo borde que puedo, doy media vuelta y me voy.

Paso la mañana entre informes y llamadas, pero necesito despejarme, así que me bajo a fumar un cigarro fuera del edificio. Cuando llego a recepción veo cómo suben al coche Roger, Carlos y la mujer. Se van los tres juntos.

Sigo mirando y sumida en mis pensamientos, cuando una tosecilla me hace saber que no estoy sola.

—Perdona, Helena.

La miro y nos sonreímos.

—¿Quién es esa mujer?

—Se llama Graziella y por lo que sé lleva una de las empresas de Roger en Milán, alguna vez ha venido por aquí.

Perfecto, otro frente más. ¿Por qué siento que lo estoy perdiendo y que solo soy un granito de arena en el desierto de Roger?

Me suena el móvil y es Pelayo.

—Azul, me acaba de llamar Roger, dice que se va a Italia hasta el jueves. Que llegará justo para la gala de empresarios. Necesito que mires los archivos

que te he pasado por *e-mail* a ver qué te parecen.

—Vale, Pelayo, ahora subo y lo miro.

Subo a mi despacho como un alma en pena. Miro lo que me ha enviado Pelayo y empiezo a responderle como una autómatas. Mi mente solo piensa en que Roger se acaba de ir y no me ha dicho nada, no vuelve hasta el jueves y no ha sido capaz de llamarme.

Sin obviar que se va con una mujer tan guapa que roza la perfección, el problema es que yo ya no sé qué pensar, a lo mejor ya no tengo ni relación. Azul, despierta, después de no contestarte a la décima llamada que le has hecho, te ha dejado bien claro que no hay relación.

Hemos pasado de estar las veinticuatro horas del día juntos, a dejar de vernos durante días, yo no sé a él cómo le irá, pero yo tengo mono de Roger. Necesito estar con él, me he acostumbrado a sus miradas, a sus besos y sobre todo a su amor. Lo que tengo seguro es que para él también ha sido así, pero es que con él es todo o nada, yo no lo voy a hacer cambiar porque tampoco quiero, sin embargo, conmigo tiene que tener un término medio, así que lo intentaré, porque él vale la pena. Lo malo es que para él ahora mismo no soy nada más que un trato roto, espero poder convencerle de la verdad, quizás estos días sin vernos nos vengan bien a los dos.

Hoy es jueves, por fin llega la ansiada cena donde las cavas Fortuny recibirán el premio en categoría Oro a mejores viticultores y empresarios.

Aunque reconozco que yo no pinto nada, Roger insistió en su momento que tenía que ir con él, en estos días de indiferencia por su parte decidí no ir, pero al comentárselo a Cati dijo que quería que la acompañara. Sé que es tontería porque se lleva magníficamente bien con todos sus compañeros y que lo hace más bien para que no me quede sola.

Desde que Roger se fue el lunes a Italia estoy un poco apática, no he sabido nada de él, doy por hecho que lo nuestro se ha terminado, pero esta noche quiero verlo cara a cara y hablar con él. Utilizaré todas las armas de mujer que pueda, esas que solo nosotras sabemos para conquistar a un hombre.

Estoy en casa de Roger junto a Cati vistiéndonos para la ocasión. Fuimos juntas a comprarnos los vestidos para el evento, la dependienta me enseñó uno negro y, aunque no me convencía mucho, al probármelo cambié de opinión. Es con escote en forma de barco, negro hasta los pies y abertura lateral, muy parecido al que lleva Rita Hayworth en la película *Gilda* y si a

eso le sumamos mi cabello pelirrojo y que Cati se ha empeñado en hacerme ondas en el pelo..., me siento como si fuera a una fiesta de disfraces.

—Estás guapísima, Azul, creo que hoy el premio se lo llevará Roger cuando te vea.

De pronto mi estado de ánimo se revoluciona y mi estómago se vuelve del revés. Es pronunciar su nombre y me pasa eso. Me miro y me remiro en el espejo e intento disimular.

—Pues sí que estoy guapa, ¿verdad?

—Te lo he dicho, ¿cuánto...? ¿Treinta veces? Pero tú y tu manía de ser hetero, que si no, te lo demostraba en un momento.

—Pues seguro que me iría mejor que con los hombres, pero no, cariñito, aún me gustan las vergas.

—¡Verga! Si es que hasta la palabra es fea.

Hace un gesto de asco y me echo a reír con ella, a veces es una gran cómica.

Cati también va muy guapa, por fin hemos encontrado un vestido que se le pueda mirar a la cara y apartar la vista a sus tetas, porque la señorita tiene un gusto muy peculiar para la ropa. Lleva un vestido rojo por encima de la rodilla, plisado y con la espalda al aire, sin escote.

—Azul, vamos tarde, dijeron a las ocho y ya son y cuarto.

Corriendo a pasitos cortos por los enormes tacones, cogemos el bolso y vamos en su coche hasta las bodegas.

Hemos quedado todos en la puerta principal donde nos recogen dos limusinas. Solo unos cuantos vamos a la cena y entrega de premios, pero por orden del padre de Roger, se monta una carpa para todos los empleados y una vez salgamos de allí venimos a finalizar la fiesta a los viñedos para celebrarlo todos juntos.

Cuando aparca vemos dos limusinas, una gris y la otra negra, pero para mi sorpresa son limusinas Hummer, una pasada. No hay nadie, solo vemos a los chóferes y suponemos que todos nos están esperando dentro. Al pasar por la primera, el chófer abre la puerta y Cati mete la cabeza y se gira hacia mí.

—Por aquí no hay sitio para ti, tendrás que ir en la otra. —Me guiña un ojo.

—Oh, vaya, pues..., vale.

Seguro que la muy cabrona estaba buscando a Roger y, al no verlo, me envía a la otra.

Mientras me dirijo a la siguiente limusina siento como si fuera hacia el patíbulo, tengo una de esas malditas sensaciones que sabes que algo va a salir mal aunque en este caso nada puede ir peor, las cosas ya están mal, deben ser los nervios. El chófer me abre la puerta no sin antes haberme hecho un escaneo.

Paro en seco al ver en los sillones traseros a Roger al lado de Olivia, están brindando y riendo, al verme dejan de hacerlo.

Nos miramos, está guapísimo con un *smoking* negro, el pelo largo echado para atrás y su penetrante mirada fija en mí. Miro a Olivia y lo vuelvo a mirar a él. Me siento como una tonta, no sé qué hacer, pero tengo que entrar.

—¿Dónde vas? —La voz imperativa de Roger me hace detenerme.

—A subirme —le digo con una sonrisa nerviosa.

—Esta, está llena. Vete a la otra.

Miro y veo que solo están ellos dos. Lo dirá de broma.

—Pues yo la veo vacía —le digo retándolo con un pelín de mala leche.

—Pues para ti ¡está llena! —¡Dios! Me está hablando muy en serio.

Mi estado pasa a ser de cabreo a humillación. Miro a Olivia que parece que está encantada con la situación y justo pone su mano libre sobre la pierna de Roger. Vuelvo a mirar a Roger, pero él ha desviado su mirada de mí y posa su mano sobre la de Olivia.

Vale, ya lo he entendido, hasta aquí hemos llegado.

Sin decir nada más me giro sobre mis tacones y me voy directa a la otra limusina, en este corto trayecto mantengo las lágrimas a raya y toda la sangre fría que puedo. Abro la puerta y le digo a Cati que salga.

—Cati, cariño, me tengo que ir. Por favor, déjame las llaves de tu coche y mañana que te lleve alguien a buscarlo.

—No hay problema, Azul, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí, sí, no te preocupes. Vete y pásalo bien, es que creo que se me ha revuelto el estómago.

Pobrecilla, supongo que al verme la cara de descompuesta que llevo, verdaderamente es creíble que me pasa algo. No le pienso amargar la noche y ahora sé dónde está mi sitio. Cuando arranco el coche veo por el retrovisor cómo las limusinas desaparecen por el camino.

Voy conduciendo mientras lo maldigo en voz alta y voy pasando del cabreo a la más absoluta rabia y así voy alternando mis estados de ánimo.

Lo primero que hago al llegar a la casa es cambiarme de ropa, me pongo

unos tejanos y una camiseta. Saco la maleta y empiezo a meter mi ropa indiscriminadamente, el vestido que llevaba esta noche lo he hecho una pelota y lo he tirado directamente a la basura, no quiero nada que me recuerde este momento. Este capullo malnacido no va a tener la oportunidad de volver a hacerme algo así, porque no lo pienso volver a ver en mi vida, es más, si me lo vuelvo a cruzar le partiré la cara, no, mejor le daré una patada en los huevos y así sentirá el dolor que tengo yo ahora mismo.

Me siento en la cama abatida por desamor, está claro que solo he sido el capricho de la pelirroja que le gustó, pero a la primera dificultad se rinde y no apuesta por mí. Es posible que el día que me enseñó las pruebas de mi supuesta infidelidad esperara que me marchara, pero para mí no era más que una pelea de enamorados sin ir más allá. Lo que también es obvio, es que tenía que terminar de trabajar, aunque no tuviera nada con él, pero ahora ya ha forzado mi marcha, supongo que estará contento, por fin se ha deshecho de mí.

De pronto suena el móvil, me ha sobresaltado, lo miro y es él, ¿para qué me llama? ¿Qué pasa, no ha tenido bastante? Aún no he cambiado la foto y cuando me llama, salimos los dos en la pantalla muy juntos, me recreo mirando la pantalla, eso que del amor al odio hay un paso acabo de vivirlo en mis propias carnes. No sé por qué me llama ni me importa, cojo impulso con el brazo y estrello el móvil contra la pared.

Aquí te quedas, Roger, para mí esto ha terminado. Cojo mi maleta, mi bolso y me voy.

Y solo en este momento, me permito llorar.

7

Caldes D'Estrac

Finales de octubre

Miro desde la cama cómo se filtra el sol a través de la ventana, hace un día increíble. Es curioso cómo te puede subir el estado de ánimo un día soleado, pero así es, o por lo menos en mi caso.

Hace casi tres semanas que estoy en casa con mi madre, ayer llegaron mis cosas del piso de Barcelona, y con ellas se termina una etapa de mi vida. Una etapa donde he encontrado el amor de la forma más extrema posible, lo he dado todo y sé que también lo he recibido, pero de un plumazo ha desaparecido.

Lo he pasado realmente mal porque no hay nada peor que tener que disimular el dolor de tu corazón. A mi madre no le he explicado nada, aunque ya se sabe que las madres lo huelen a kilómetros, ella no ha insistido. Ahora he decidido buscar trabajo, la convivencia con mi madre es buena, pero quizás nos hemos acostumbrado a tener cada una su espacio y se nota.

Hoy he quedado con las chicas en el Clubhouse, mis amigas de siempre, Andrea y Marta. Ellas han continuado llevando y cuidando a la gente del club, yo hace mucho que desconecté de todos ellos, aunque sigo manteniendo contacto con ellas.

Ahora nuestro MG (Motor Group) ha pasado a ser MC (Motor Club) y la diferencia es bastante tangible, sobre todo en el papel que tienen las mujeres que es igual a cero. Lo bueno es que se decidió entre todos hacer el cambio, algunas chicas decidieron irse a otros MG y otras dedicar más tiempo a sus hijos y ayudar solo en los eventos donde se necesitan, como los matinales o aniversarios.

Yo los dejé en el momento que pude demostrar quién asesinó a mi amigo Pedro, no descansé hasta aquel día. Pedro murió en mis brazos, lo apuñalaron y no sobrevivió.

Volvíamos de un concierto, íbamos con las motos, como muchas otras veces, y a mí me apetecía un helado, así que me desvié en una gasolinera de la autopista, solo Pedro me siguió. Cuando salí de la tienda me encontré a mi amigo tendido en el suelo y vi cómo un cabrón le sacaba la navaja del

estómago. Corrí hacia él, pero no pude hacer nada, solo ver a los que salieron corriendo y gritarles amenazas e insultos, que me las pagarían sin darme cuenta del peligro que corría si alguno decidía volverse hacia mí. Pedro ya no estaba consciente cuando llegaron los servicios médicos, pese a mi insistencia en que se quedara conmigo, que no cerrara los ojos, pero fue inútil. Nos habían seguido y tenían muy claro a por quién iban, no fue algo fortuito.

La gente del club donde somos como hermanos quisieron ajustar cuentas, pero por la amistad que me unía a Pedro respetaron mi deseo. Esto quizás fue un detonante para mi distanciamiento del club, yo me encargué de ellos y no descansé hasta que los vi uno a uno entrar en la cárcel. Ahí fue cuando me despedí de mi amigo del alma y emprendí una nueva vida lejos de lo que me traía tanto dolor.

Mi relación con Andrea y Marta ha sido continua, hablamos a menudo por teléfono, pero yo no volví al club, hasta hoy.

Mientras me ducho me doy cuenta de que casi no tengo ese nudo en el estómago cada vez que pienso en Roger, supongo que poco a poco se irá de mi pensamiento y el no verlo también ayuda. De nuevo viene a mi mente la conversación que tuve con Cati al día siguiente de irme.

—Azul, ¿se puede saber qué te ha pasado? Llevo todo el día buscándote y no te localizo.

—Perdona, Cati, se me olvidó decirte que tuve un pequeño accidente con el móvil del trabajo. ¿Qué tal ayer, cómo acabó la fiesta? —Noto que se me oprime el estómago y, aunque me importa una mierda cómo acabara, por mi aprecio a Cati, aguanto la respuesta estoicamente.

—Pues la mayoría con una tajada del quince.

Nos reímos y se hace un pequeño silencio.

—Cuando llegamos a la entrega de premios y Roger vio que no estabas vino a preguntarme, se pasó toda la gala mirando hacia la puerta y cuando llegamos a los viñedos desapareció. Pensaba que estaba contigo.

No quiero seguir escuchando, sé muy bien con quién estaría.

—Cati, entre Roger y yo, ya no hay nada. Así que no quiero saber ni hablar nada que tenga que ver con él.

—Me pidió tu número del móvil.

—¿No se lo darías! ¿No?

—No, le dije que primero lo hablaría contigo.

Sin querer empiezan a caerme las lágrimas. No soy una persona llorona,

pero no sé qué me pasa con esto, no lo llevo nada bien.

—¿Qué ha pasado, Azul?

Le explico todo. Necesito desahogarme con alguien y le ha tocado a ella.

—Ostras, si te hubiera acompañado a esa comida como me pediste no habría pasado nada. Todo es por culpa del idiota ese de Didac y mía también. Cómo lo siento, Azul.

—No, Cati, la culpa solo es de Roger por no creerme, aunque viendo las fotos yo tampoco me creería. La mala persona de Claudia hizo un buen trabajo.

—¿Vamos a por ella?

—No vale la pena. Lo que no entiendo es cómo su cerebro le dio para tanto, con lo cortita que parecía, eso sí, que no me la encuentre, por su bien.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Pues disfrutaré de las cosas que hasta ahora no he podido. Pasaré más tiempo con mi madre, con mi pequeño Travis y buscaré trabajo. También he pensado en ir a ver a la gente del club.

—Vale, cariño, si me necesitas aquí estaré, cuídate, bellezón.

—Igualmente, Cati, un beso.

Hoy es ese día, he quedado que iría a verlos. Así que bien entrada la tarde me visto para irme. Me pongo unos tejanos negros con una camiseta de tirantes, me calzo unos botines de tacón y una de mis cazadoras de cuero. Al encender la moto y darle gas noto una mezcla de adrenalina y felicidad imposible de describir, al salir a la carretera y empezar mi camino esa sensación pasa a hacerme sentir libre.

Tras una media hora de camino me desvío de la carretera y por fin llego a mi destino: el Night Kingdom.

Es un pequeño edificio de dos plantas rodeado de terreno asfaltado. Por un lado hay montado un escenario fijo, lo decidieron así porque casi todas las semanas vienen a tocar grupos, ya sean de amigos o contratados para algún evento. Otra parte es de aparcamientos, que ahora mismo está lleno de Harleys y al otro lado un parque infantil separado por una verja de madera, donde hay césped y un sinfín de columpios que no sabía ni que existían, por lo menos años antes no estaban.

Esta noche celebran el cumpleaños de Ferrán, el presidente del club y marido de Andrea.

Nada más entrar en el club, escucho a todo volumen la canción

«Wellcome to the jungle», de Guns and Roses y me encanta, parece que la han puesto para mí, me río en mi interior.

Busco a mi alrededor y no conozco a nadie, debe haber unas cien personas o más, mujeres y hombres de diferentes clubs diferenciados por los chalecos que los identifican, parece que al atravesar la puerta haya entrado a otro mundo diferente, pensé que me sentiría extraña después de tanto tiempo, pero para mi sorpresa estoy tranquila como siempre me he sentido, muy cómoda.

El local es grande, la planta baja debe tener unos doscientos metros, a uno de los lados hay dos billares y al otro cuatro futbolines donde ahora mismo es imposible acercarse. Pósteres en las paredes, donde, por supuesto, prevalecen las imágenes de Harleys y en la pared central el nombre del club en letras grandes.

Sigo buscando y por fin encuentro, tras la barra de madera, a alguien conocido, son los hermanos Dalton, los empezamos a llamar así y al final se quedaron con el mote. Son Juan, David y Miguel, tres hermanos de altura. Son amigos de siempre y llegaron al club al poco de fundarlo.

Intento hacerme hueco hacia la barra, pero es imposible, de pronto aparece frente a mí tapándome toda visibilidad un chico moreno con el pelo largo, chaleco sobre una camiseta negra y brazos tatuados. Sus ojos me miran divertidos al ver mi cara de desesperación. Me ofrece una cerveza.

—Es imposible acercarse más, pero si quieres te hago un hueco a mi lado.

—No, gracias, estoy buscando a Ferrán.

Me mira extrañado y es que con la música tan alta no me ha oído. Me acerco a su oreja y le repito lo dicho mientras él me rodea la cintura aprovechando el momento para acercarme más a él. No me molesta, al acercarme lo huelo y su olor es limpio sin ningún perfume. Eso unido a su cara angelical choca bastante con la pinta que tiene, me sorprende.

—Están todos arriba.

—Gracias.

Me aparto de él y sin dejar de sonreír continúa:

—Esa información es muy valiosa, merezco un premio, ¿no crees? —Por su cara doy por hecho el premio que quiere.

Me río en su cara, este chico es mucho más joven que yo, vamos un yogurín, está muy bueno, pero demasiado joven para mí.

—Me lo pensaré.

Me giro y voy hacia la escalera interior que sube a la planta de arriba. Al llegar llamo a la puerta, me abre Alfredo uno de los chicos. Se sorprende al verme y nos damos dos besos. Avanzo hacia la gran sala donde se reúnen y allí están mis amigos, mi grupo.

Oficialmente son: el presidente, el vicepresidente, secretario, capitán de ruta y, por último, los *prospect* como Alfredo y los *hangaround* que deben estar por el local, estos últimos son los nuevos, los que deben demostrar que realmente son fieles al club y ganarse su puesto.

Marta, al verme, empieza a gritar de alegría, ella siempre ha sido muy de exteriorizar sus sentimientos, y con eso quiero decir que lo suelta todo. Todos me miran y se acercan a saludarme. Finalmente llego a Ferrán, el presidente del club, que está esperando su turno y me tiro a sus brazos. Este pedazo de armario empotrado, rapado y con una perilla que le pasa un palmo de la barbilla es todo un amor. Lo felicito sin soltarme de sus brazos y nos mantenemos abrazados mientras le dedico palabras afectuosas al oído y continuo colgada a su cuello. Unos dedos repiquetean en mi hombro.

—Te informo de que sigue siendo mi marido y lo quiero enterito para mí.

Es Andrea, ahora la que grita soy yo:

—Ven, celosona, que también tengo para ti.

—¿Cómo estás, Azul? Bueno, el hecho de que estés aquí me hace pensar que mejor.

Es Ferrán quien habla.

—Bien, tú lo has dicho.

Hablamos durante un rato y mientras el resto se va abajo para seguir celebrando, nosotras nos quedamos las tres solas. Me paseo por la sala mirando las fotografías colgadas de la pared. Yo aparezco en algunas de estas fotos, la mayoría son de salidas y aniversarios. Me paro frente a una que sé que me va a partir el corazón y la miro con tristeza. Fue la noche del concierto donde unas horas después Pedro perdió la vida, Ferrán no quiere que nadie olvide que Pedro perteneció al club. Nos la hicimos todos antes de salir, junto a nuestras motos, felices e ignorantes de lo que nos iba a pasar.

—Azul, estás guapísima. —Andrea disipa mis pensamientos.

—Tú sí que estás guapa, pedazo de cabrona, acabas de tener gemelos y seguro que te caben los mismos vaqueros de antes de tenerlos.

Andrea se ríe.

—Bueno, en realidad, he subido una talla.

Marta, que está embarazada, dice rápidamente:

—No te creas nada de esta, yo sí que he engordado. He puesto catorce quilos y solo estoy en el sexto mes, a este paso iré rodando a todos los sitios.

—Anda, tonta, si estás preciosa. —Marta me mira con cara de agradecimiento sin soltar el bol de patatas fritas que tiene bien agarrado.

—Gracias, Azul, sé que lo dices de verdad. Tú siempre has sido la más sincera y sensata de las tres.

Nos reímos a la vez, Marta es como una niña grande, nunca ha habido maldad en ella, bueno solo una vez, cuando una tipa quiso enrollarse con su novio y sacó las garras. Creo que ha sido la única ocasión en que la he visto enfadada y espero no volverla a ver.

—Por cierto, ¿dónde está Quim?, no lo he visto —le pregunto.

—Está de viaje, dice que quiere dejar todo el tema de la empresa atado para no tener que viajar cuando nazca el bebé.

Quim trabaja de comercial y, aunque también forma parte del club, no puede dedicarle tanto tiempo como el resto.

—Y tú, Azul, ¿no estás con nadie? Porque te informo que ahí abajo seguro que se dan de hostias por estar contigo.

En mi mente aparece Roger y seguramente mi cara desvela mi pensamiento de tristeza.

—Bueno, bueno, estamos de fiesta —interrumpe Andrea, sabiendo que algo me pasa—. Vamos a divertirnos.

Bajamos al local a ritmo de Halloween con «The keeper of the seven keys», brutal, cuántos recuerdos, cómo me gustaba este grupo. Al llegar a la barra nos hacen hueco por arte de magia. Miro a mi alrededor y veo al chico de antes, no me quita el ojo de encima, pero no se acerca, de hecho no se nos acerca nadie. Lo saludo con mi cerveza y me devuelve el saludo con la cabeza.

—Veo que conoces a François —dice Marta.

—¿Ese yogurín que está tan bueno se llama François? —pregunto mientras me río.

—Bueno, en realidad, no sé cómo se llama, lo llamamos así porque es francés y lleva aquí bastante tiempo. Viene de vez en cuando y es bastante majo.

—Yo lo definiría de otra forma —digo dando un trago a mi cerveza.

—Todo tuyo, ahora está libre —dice Marta guiñándome un ojo.

Tras un buen rato de risas y sin dejar de mirar a François, me percató de que nadie se nos acerca, es cuando caigo en la cuenta de que nadie lo hará. Las mujeres de los moteros son sagradas y ninguno faltará al respeto de los hombres de nuestro club. Pero ¡yo no soy una de ellas!, estoy soltera muy a mi pesar, así que voy descaradamente hacia el yogurín, bueno, voy yo y las tres cervezas que llevo en el cuerpo, que ya empiezan a hacer efecto. Noto cómo me miran los hombres, puedo creer que es porque «soy nueva», pero es muy posible que no sea por eso.

—¿Aún quieres tu premio? —le pregunto descarada.

—Por supuesto —dice sorprendido pero seguro.

—Pues vamos fuera, necesito tomar el aire.

—¿Quieres beber algo?

—Sí, pero que no sea cerveza. Sorpréndeme. —Le sonrío y me voy directa a la salida.

Al salir me pongo la cazadora, ahora las noches refrescan, ya estamos a finales de octubre. Miro hacia el cielo y lo veo plagado de estrellas, sin querer mi mente se va a Roger, ese hombre que no me quito de la mente, quizás él también esté compartiendo las mismas estrellas que yo.

Me siento sobre un pequeño muro de obra que hay dividiendo el aparcamiento. De seguida aparece François, lleva en una mano una botella de tequila y dos vasos de chupito en la otra.

—¡Vaya! Sí que me has sorprendido.

Deja la botella y los vasos a mi lado. Se pone frente a mí mirándome fijamente.

—Pelirroja, quiero mi premio.

De pronto mi estómago da un vuelco, esa palabra, en estos momentos solo se lo permito a una persona y aún no tengo la herida cerrada.

—Si me vuelves a llamar pelirroja te rompo la botella en la cabeza.

Levanta las manos cómicamente.

—Vale, perdona, lo repito. Diosa de la belleza, quiero mi premio.

—Eso está mejor.

Se acerca despacio y se coloca entre mis piernas, me besa lentamente, algo que yo acepto.

Sus labios me besan suavemente y lo hace muy bien, pero hay un problema...: no es Roger. Esta es mi venganza personal hacia mi Conan, y lo intento con este pobrecillo, pero no me dice nada, no siento nada. Lo aparto y

le digo:

—Habrás que probar el tequila, ¿no?

—Sin problema.

Parece no ofenderse por el despeje que he hecho, coge la botella y llena los vasos, brindamos y de un trago los bebemos.

Buaaaah, me acabo de quemar el esófago. Necesito unos segundos hasta que poco a poco mi cuerpo vuelve a su sitio, pero noto el subidón de alcohol.

—Bueno, nos estamos besuqueando y no sé ni cómo te llamas.

—François.

Nada más decirlo me empiezo a reír, cosa que a él parece que no le sienta muy bien.

—Perdona, no me río de tu nombre, son cosas mías. ¿Así que eres francés?

—Sí, madre española, padre francés. Pero mi madre se ocupó de que hablara un perfecto castellano.

—¿Cuántos años tienes? No pienses mal, es para que no me llamen asaltacunas —le digo provocativamente.

Apoya sus manos en mis piernas y, pegando sus labios a los míos, me dice:

—Veintiséis, pero en experiencia cuarenta.

Yéndome hacia atrás y cogiendo la botella, le digo:

—¡Pues celebremos esos cuarenta!

Vuelvo a llenar los vasos y bebemos. Aún con el tequila en los labios, François se acerca y me los lame. Sigue en su intento de invadir mi boca y lo consigue, su lengua entra desesperadamente y sus manos empiezan a subir por mi cuerpo. ¿Quién quiere sentimientos? No sirven para nada, tarde o temprano te la juegan.

Noto cómo el alcohol me está subiendo demasiado y tengo que frenar esto. Intento soltarme, pero él no está por la labor, cada vez me acerca más a su cuerpo.

De un empujón lo aparto y salto del muro, me giro rápidamente y vomito, se me ha revuelto el estómago. Mientras estoy en un momento de lo más embarazoso, lo escucho decir algo, pero no lo entiendo. De pronto desaparece y cuando he terminado de echar hasta la primera papilla aparece con papel.

Lo miro agradeciéndoselo en silencio.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias.

Me quito la cazadora, necesito un poco de aire.

—Nunca había tenido esta reacción en ninguna mujer —me dice medio en broma.

—Perdona, no ha sido por ti. Supongo que la mezcla de cerveza y tequila no me ha sentado muy bien. Me voy a casa.

—¿Quieres que te lleve?

—No, gracias.

—¿Nos volveremos a ver?

—No lo sé —es lo único que le puedo decir. Le dedico una tímida sonrisa y me voy, no sin antes enviarles un mensaje a mis amigas.

Suena el móvil en mi mesita, parece que está retumbando la casa. Dios, qué resacón tengo, abarco resacón en Las Vegas, en Los Ángeles y llego hasta San Francisco. Y el puto móvil no deja de sonar.

Por fin llego a él, lo cojo sin mirar quién es, solo quiero que pare.

—¿Sí?

—Hola, Azul.

—Hola, Cati, ¿se puede saber qué haces llamándome a estas horas?

—Señoritinga, son las doce de la mañana.

Me toco la cabeza y parece que me va a explotar.

—Azul, esta tarde tienes una entrevista de trabajo. Mi prima..., la que trabaja en la torre Agbar, me dijo hace días que buscaban una abogada para temas laborales y hablé en tu nombre, así que ponte guapísima porque a las cuatro tienes una entrevista. Planta veinte y pregunta por Guillermo García.

—Cuando te pones en plan sargento no hay quien te lleve la contraria. Vale, Cati, gracias. Por cierto, ¿cuándo vas a venir a vernos? Empiezo a dudar si en realidad eres mi hermana, mi madre no para de preguntar por ti.

—Dile a mi mami postiza que uno de estos días me paso por allí, y así te doy mi regalo.

—¿Mi regalo?

—Sí, es que verás..., Roger me comentó lo que habías hecho por mí y este mes he decidido hacerte un regalo muy especial.

—¿Y por qué te lo dijo? —pregunto malhumorada.

—Bueno, mantuvimos una conversación bastante profunda para mi gusto, sabes lo poco que me gusta profundizar con extraños, pero con él me resultó fácil. Me preguntó por ti y, aunque ya ha dejado de pedirme tu número de

móvil, necesitaba saber si estabas bien. Me explicó lo que pasó en el bufete, cómo diste la cara por mí y me salvaste del despido. Azul...

Se detiene, por su tono sé que me va a decir algo que no me va a gustar, mi corazón va a doscientos.

—¿Qué?

—Está hecho polvo. Ya lo sé, se comportó como un auténtico cabrón, hijo de puta y todo lo que tú quieras, pero piensa cómo habrías reaccionado tú si hubieras visto esas fotos.

—¿Qué pasa? ¿Tienes síndrome de Estocolmo?

—No, tonta, es igual, déjalo. Lo que quiero es que estés a las cuatro en la entrevista.

—Vale, pesada, un beso.

—¿Con lengua? Mmmmm.

—Ja, ja, ja, tonta.

—Luego me llamas. No llegues tarde. Adiós.

Me levanto como puedo y voy a la cocina. Veo una nota de mi madre donde me dice que me ha dejado la comida en el horno y que se ha ido a pasar el día con Manuel. ¿Manuel? ¿Quién es Manuel?

De golpe noto dos patas alternándose sobre mi pierna que no paran de darme toquitos. Me agacho solo un poco y le cojo la cabeza para hablarle directamente:

—Travis, ahora no podemos ir a pasear, pero te prometo que cuando vuelva de la entrevista iremos donde tú quieras, ¿vale?

Camino hacia su saco de pienso y le pongo una ración, parece que me ha entendido y deja de seguirme, eso o que tenía mucha hambre. Me tomo un café seguido de un paracetamol.

Mientras estoy bajo la ducha vienen, a mi mente, momentos vividos anoche, donde me enrollé con François, el pipiolo de veintiséis. Puto Roger, no me dejará en paz no y, se que solo han pasado unas semanas, quiero seguir mi vida, pero así es imposible, lo tengo incrustado en mi piel y aún no me he desecho de él.

Desisto de comer, no puedo, no me entra nada y, aunque sé que la comida que hay en el horno debe estar buenísima, solo pienso en asentar el estómago. Me preparo para irme.

Me he puesto una falda de lápiz gris hasta la rodilla con una blusa blanca, zapatos de tacón negros y melena suelta. Me maquillo lo suficiente, lápiz de

ojos, máscara de pestañas y me aplico un pintalabios color coral bastante discreto.

Ya estoy lista y muy nerviosa.

Nunca he tenido una entrevista de trabajo, en el bufete entré directa de becaria, pero me tengo que acostumbrar, ya que ahora es lo que me va a tocar, no creo que me cojan en la primera por eso no me haré ilusiones, seguramente vendrán muchas más.

Ya en Barcelona entro en un *parking* cercano para dejar a Giulietta y al salir camino dos calles antes de entrar a la torre Agbar, respiro hondo, ¡vamos allá!

No había entrado nunca en este magnífico edificio y me maravilla la intensidad de colores que se viven dentro. Paso por una inmensa recepción donde les informo a qué piso voy y muy amablemente me indican dónde están los ascensores.

Quizá por la hora que es no hay mucho movimiento, solo se escucha el ruido de mis tacones al andar. Llego hasta la planta que me ha dicho Cati y, tras un corto pasillo, se abre ante mí una oficina muy colorida. Grandes ventanales de color azul me dan la bienvenida, con muchas mesas del mismo color alrededor de un despacho central. La gente está a lo suyo y nadie ha advertido mi presencia, dudo qué hacer hasta que una vocecita me pregunta:

—Perdona, ¿puedo ayudarte?

Esa voz dulce a mi derecha me hace girar. Ante mí tengo a una jovencita de unos veinte años, bajita y menuda, con unos grandes ojos negros. Es castaña y tiene una larga melena hasta la cintura.

—Sí, gracias. He quedado con Guillermo García para una entrevista.

—¿Eres Azul?

—Sí —Me hace gracia a la vez que me sorprende.

—Soy Nuria, encantada. —Me tiende la mano—. Yo te acompaño.

—Gracias.

Pasamos por mitad de un pasillo donde vamos dejando mesas a los lados, a pesar de la cantidad de gente que hay trabajando y hablando por teléfono, no se distingue una voz más alta que otra, se respira tranquilidad. Llegamos a uno de los rincones donde hay una mesa en forma de «u» y detrás un chico. Nos paramos frente a él, supongo que será el tal Guillermo.

Al verme se levanta, y para mi sorpresa, debe medir por lo menos dos metros. Lleva un traje gris y corbata. Tiende su mano para estrechar la mía y

debo decir que es equiparable a su cuerpo.

—Encantado de conocerte, Azul, soy Guillermo. Siéntate, por favor.

Su forma de dirigirse a mí y sus preguntas tan profesionales me hacen pasar una buena entrevista, mis nervios han desaparecido, es muy buen salario y un contrato indefinido. No sé si me cogerán, pero desde luego me ha gustado estar aquí.

Cuando salgo voy directa a una cafetería, necesito un chute de cafeína y algo de comer. Al entrar me sorprende el mobiliario y la peculiar decoración, parece que haya entrado en el rodaje de *Grease*. Busco las ventanas y me acomodo en un mullidito sofá con mesa base de disco, pido una Coca-Cola y un pequeño bocadillo. Busco en mi móvil información sobre la empresa, como todo ha ido tan rápido no me ha dado tiempo de cotillear.

Tal como me dijo Guillermo, tienen sucursales en Madrid, Bilbao y Cádiz. Se dedican a poner en marcha nuevas empresas: búsqueda de locales o naves, de personal y todo tipo de documentación hasta ponerla en marcha. Vale, me gusta, me van los retos.

Me dejan sobre la mesa lo que he pedido y veo cómo alguien deja un casco de moto sobre la mesa y se sienta frente a mí.

Levanto la mirada del móvil y no me lo puedo creer, es la persona que está en mi número uno del *ranking* «los más odiados».

Está guapísimo con un traje azul y corbata, camisa también azul de rayas finas, es todo un pibonazo, cosa que me hace alejarme de mis malos recuerdos, tengo una sensación extraña, por un lado me siento feliz de verlo, pero, por otro, mi ser se entristece.

Me mira sin decir nada, solo observa mi reacción. Estamos el uno frente al otro sin hablar, solo nos miramos durante unos segundos hasta que mi mente me recuerda su desprecio hacia mí. Bajo la mirada a mi móvil intentando ignorarlo, pero como no dice nada, muy calmada y de forma muy correcta, le digo:

—Quiero que desaparezcas de mi campo de visión ahora mismo.

—Necesito hablar contigo.

—Me importa una mierda lo que quieras hablar conmigo. He dicho que te pires.

Soy muy chula, lo reconozco, e incluso puedo resultar odiosa, pero después de lo que pasó no se merece nada mejor.

—Es en relación a tu entrevista de hoy.

Ahora sí que lo miro, abro los ojos sorprendida y digo:

—Habla.

—Guillermo me ha comentado que eres perfecta para el puesto.

¿Cómo! ¿Lo conoce? Ya me extrañaba a mí todo esto. Cati, menuda traidora.

—Solo quiero decirte que es posible que veas mi nombre en tu contrato laboral.

—¡Vaya! ¡Cómo no!

Me levanto para irme, pero Roger me frena cogiéndome de la muñeca.

—Espera, el que se va soy yo. —Se levanta y se pone frente a mí—. Solo quería decírtelo personalmente para que no te lleves una sorpresa. Lo que hubo entre nosotros no tiene por qué dañar este contrato.

Quiere añadir algo más, pero doy una sacudida con la mano hasta que me suelta la muñeca.

Apuntándolo con un dedo, le digo enfadada:

—No me vuelvas a tocar en tu vida. —Da un paso atrás.

—Perdona, Azul, no me volveré a acercarme a ti. También estoy aquí para pedirte perdón por lo que pasó.

Vaya, sorpresa tras sorpresa. Cambio mi cara de leona por una más cínica, cruzo los brazos mientras le pregunto:

—¿Qué es lo que pasó, Roger? Me gustaría que me lo explicaras.

Me mira resignado, no está muy seguro en su respuesta, esto le ha pillado fuera de juego.

—Pues, que me porté como un capullo.

—Vamos bien, ¿qué más? —En su boca se dibuja una sonrisa amarga.

—Azul, sabes perfectamente lo que pasó.

—Por eso, porque lo sé y porque me hiciste sentir como una mierda, quiero que tú describas lo que pasó. Si quieres mi perdón te lo tendrás que currar un poco más. Y respecto a Guillermo dile que no voy a volver a trabajar para ti y que muchas gracias por todo.

Cojo mi bolso.

—No seas tonta, Azul, vas a desaprovechar una buena oportunidad, es un trabajo que te gusta y está bien remunerado. —Su tono es rogativo.

—Lo único que no me gusta de todo esto, eres tú.

Este pedazo de hombre, baja la cabeza como si fuera un niño pequeño al que regañas por haber hecho una fechoría. La vuelve a levantar lentamente y

sus preciosos ojos pardos se clavan en mí.

—De verdad que siento mucho lo que pasó. Te pido perdón de corazón por absolutamente todo el daño que te he hecho. No te merecías mi desconfianza ni... —De pronto se para y me pide que me siente, yo lo hago como si estuviera hipnotizada.

—Azul, nunca me había pasado algo semejante, yo no soy así. Cuando vi las fotos sentí como si me estuvieran arrancando el corazón. Me bloqueé y no solo por las imágenes, sino por el miedo que tenía a depender emocionalmente de alguien como lo estaba haciendo contigo.

—Vamos, que te diste cuenta de que te podías enamorar de mí —le digo irónicamente casi riéndome.

—No, ya lo estaba. Creo que he estado toda mi vida enamorado de ti y lo frustrante fue darme cuenta al ver esas fotos. He tenido montones de relaciones donde el ritmo siempre lo he marcado yo, aquí empieza y aquí acaba. Pero contigo ha sido diferente y encontrarme de golpe con todos esos sentimientos...

Escucharlo es todo un deleite para mi ego, pero rápidamente llega a mi mente su mirada fría y de desprecio junto a Olivia en la limusina.

—Me apartaste de tu lado sin importarte nada, cuando una semana antes me habías pedido que fuera a vivir contigo. No creíste en mí y encima me humillaste delante de otra persona, ¿para qué, para hacerte el poderoso? ¿Sabes cómo me sentí? No, no lo sabes.

Fría como nunca pensé que reaccionaría, sentencio:

—Así que, por favor, desaparece de mi vista.

Trago saliva mientras veo cómo ese adonis, que me ha robado el alma, se levanta para irse.

—Adiós, Azul.

Estoy temblando, miro hacia la calle por donde se ha ido Roger sin ver nada, las lágrimas se amontonan y salen sin ningún tipo de tregua. Tener que decirle a alguien que desaparezca de tu vida queriéndolo a morir es muy duro. Pero es lo mejor para mí, a la larga, me lo agradeceré a mí misma.

Tras este desagradable encuentro, llamo a Didac.

—Hola, cariño, ¿cómo ha ido tu entrevista?

—Hola, mami, ¿cómo lo sabes?

—Llamó Cati para saber si habías vuelto.

Toda apática dejo mi bolso sobre la mesa de la cocina y miro mi móvil.

Tengo cuatro llamadas perdidas de ella.

—Pues creo que no muy bien. No era lo que estaba buscando.

—Azul, ¿qué te pasa, mi niña?

—Nada, mamá, estoy cansada, solo es eso.

Mi madre, como si fuera una niña pequeña, me coge la cara entre sus manos y me da un montón de besos. Me mira a los ojos y me pregunta:

—Es mal de amores, ¿verdad?

Agacho la cabeza.

—Sí, mami.

Es curioso cómo, ahora mismo, me siento, parece que tenga cinco años, necesito mimos.

—Cariño, escúchame, el que esté destinado para ti, ya puede dar la vuelta al mundo, escalar el Himalaya o meterse a monje budista, que vendrá a ti. Y te querrá tal como eres, con ese pronto gallito y con ese gran corazón, le gustará todo de ti, así que, si Roger no lucha por estar contigo, no vale la pena.

—Es que... era todo tan perfecto. Nos acoplábamos tan bien...

Mi madre abre los ojos como platos y me hace reír.

—Sí, mamá, en todos los sentidos.

Nos reímos sin parar hasta que mi madre me suelta:

—Pues si crees que es él, lucha por los dos. Piensa que los hombres, la mayoría de las veces no le dan tanta importancia a las cosas como nosotras. Venga, vamos a preparar la cena y me cuentas.

Cenamos teniendo ese momento de confesiones madre e hija donde descubro que mi madre lleva saliendo con ese tal Manuel desde enero de este año y no me había dicho nada. Desde que se divorció de mi padre no había tenido nada serio con nadie y desde luego yo no he conocido a nadie que le hiciera tilín, pero parece que este es diferente. Manuel es sevillano y lleva unos años aquí, por lo visto, tenía varias empresas y la única que ha podido dejar abierta ha sido una en Barcelona. Es vecino de mi madre y curiosamente se conocieron en Lisboa haciendo turismo, sin saber que vivía a dos calles de distancia.

Antes de acostarme le envío un WhatsApp a Cati, la voy a castigar, hoy no la llamo.

Azul:

Me voy a dormir, traidora, mañana hablamos.

Me duermo pensando en Roger, hablar con mi madre me ha hecho bien.
A lo lejos escucho cómo alguien me llama:

—Azul, despierta.

Es mi madre con mi teléfono en la mano.

—Cariño, te está llamando Cati, te dejaste el móvil en la cocina y esta muchacha no para de llamarte.

Cojo el móvil y veo ocho llamadas perdidas, la conciencia no la dejará tranquila, sonrío, la quiero mucho, no me enfadaría con ella por nada del mundo, seguro que lo ha hecho con toda la buena voluntad, pero la tenía que hacer sufrir un poquito. La llamo en cuanto logro abrir los ojos.

—Pesadaaaa, ¿quieres dejar de llamarme?!

—Perdóname, Azul, pensé que era una buena idea. De verdad, si no quieres volver a hablarme lo entenderé. Pero la culpa fue de él, estaba tan desesperado por verte que no me pude negar.

—O sea, que lo del trabajo era mentira.

—No, eso es verdad. Roger me dijo que era lo que te iba a ofrecer para cuando terminarais aquí en los viñedos. ¿No has hablado con él?

—Sí, pero no ha salido muy bien.

—Lo siento, de verdad. Mañana si quieres me fustigas.

—¿Mañana, por qué?

—Porque mañana sábado te voy a buscar, te daré tu regalo. A las diez tienes que estar preparada. Ponte algo cómodo y zapatillas de deporte.

—¿Dónde me vas a llevar? ¡Mira que tu cupo de sorpresas ya lo tienes lleno durante los próximos veinte años!

—Confía en mí, te gustará.

—¿No me llevarás a un curso de cocina, verdad? —pregunto aterrorizada.

—Ja, ja, ja, no te lo voy a decir.

—Vaaa, dame una pista.

—No, y cuelgo que al final me lo sacas. Hasta mañana, bellezón.

—Hasta mañana.

Tras desayunar un zumo de naranja, decido irme a correr con Travis, normalmente vamos al atardecer, pero ahora ya refresca, así que a partir de ahora lo haremos por la mañana.

Media hora después de subir y ladear la montaña voy con la lengua fuera, este perro me deja KO. Me paro frente un pequeño bosque de pinos y me siento a descansar, miro a Travis y sé que está pensando que soy una floja, lo

veo en su mirada, así que cojo su pelota, que la llevo en la mochila, y se la lanzo varias veces hasta que se sienta junto a mí.

Miro el móvil y no tengo ningún mensaje, suspiro. Ronda por mi cabeza, durante muchos días, hacer algo y lo voy a hacer.

Entro en internet y busco: «Premio Cavas Fortuny», de seguida aparecen los diferentes galardones que han tenido, pero el que estoy buscando es de este año, donde se vea la imagen de alguien en concreto y aquí lo veo, me da un vuelco el corazón, pico en la noticia y aparece en grande dos imágenes, una de Roger, recogiendo el premio, y la otra tras un atril, supongo que dedicando unas palabras por el premio recogido, su expresión es dura, está muy serio y eso aún lo hace estar más guapo. En el texto ponen por las nubes el gran trabajo logrado por las cavas, también hace mención a quien recoge el premio:

«El señor Roger Fortuny recoge el anhelado premio en categoría Oro como mejores viticultores del año a las Cavas Fortuny...».

Me duele recordar aquella noche, fue como si se me hubiera roto el corazón literalmente, es un dolor indescriptible. Volver a verlo y que me pidiera perdón fue como si de un plumazo lo hubiera sanado, también acompañado a que me quedé a gusto, claro está.

Ahora me toca ser positiva y pensar en mi sorpresa de mañana, eso me hace sonreír. ¿Qué habrá preparado la loca esta?

Cuando noto que mi estómago empieza a revelarse emprendemos el camino de vuelta.

A las diez en punto, como un reloj, estoy en la puerta de la casa esperando a Cati, voy vestida tal como me ha dicho, con pantalón de deporte, sudadera y zapatillas, solo espero que no me haya apuntado a un maratón. Por fin veo aparecer su Toyota blanco a lo lejos. Se baja, entra a saludar a mi madre y, tras un montón de achuchones, salimos hacia mi sorpresa.

Pone dirección a Girona y nuestra conversación se basa únicamente en yo decir: «Dame una pista» y «Porfaaaa», y Cati contestarme: «No te pienso decir nada» y «No te pienso decir nada y cállate ya».

Pasada media hora de camino por autopista, opto por iniciar un tema de conversación porque esta tía no suelta prenda.

Le pregunto por el trabajo y me explica que Arcadi, el hermano de Roger, por fin ha vuelto y se ha puesto al frente de la empresa. Dice que es un jefe muy majo, aunque se le nota que lo ha pasado mal. Según parece y como ya

sabía yo por Roger, Arcadi había roto con su novia Carla y parece que no lo ha superado. También me explica Cati, que Carla era muy querida en los viñedos y, por lo visto, pasó algo muy gordo, cortó con todo y se marchó. ¡Uf, cómo me suena eso!

Prefiero no sacar conclusiones de todo lo que me explica, bastante tengo yo con lo mío, pero si Arcadi es igual de tajante que Roger, seguro que Carla también lo estará pasando mal.

Por fin parece que nos desviamos dirección Empuriabrava, estoy totalmente perdida de lo que será la sorpresa hasta que pasados veinte minutos más, leo: Centro de Paracaidismo.

Grito como una posesa y la miro para constatar lo que estoy viendo. Cati se ríe confirmando lo que se avecina.

Hace mucho tiempo que lo quería hacer, pero unas veces por trabajo y otras por no proponérmelo lo había dejado aparcado, y ahora ¡lo voy a hacer!! Me empiezo a poner nerviosa.

Nada más entrar nos dicen que nos están esperando. Nos guían hacia una nave donde veo varias personas que se presentan como monitores y otras que por la cara que tienen seguro que también saltan. No es el caso de Cati, esto no es para ella, aunque mira hacia los lados asustada como si alguien la fuera a meter en el avión.

Empiezan a repartir monos y me dan uno que me queda a la perfección, un arnés y unas gafas, ahora ya me empieza a entrar el canguelo.

Tras esto nos dan una explicación: saltaremos de cuatro mil metros, cada uno tendremos un monitor que estará justo detrás de nosotros, también explican qué hacer por cada toque que nos dé el monitor una vez en el aire. Le doy dos besos a Cati con el cachondeo por si acabo aplastada en el suelo y voy camino del avión.

¡Ay, Dios! Ya no hay vuelta atrás, estamos en el aire. Voy sentada en la parte izquierda con un tembleque en las piernas que no las puedo parar. El monitor no para de decirme el día tan maravilloso que hace, a los metros de altura que estamos y que somos unos privilegiados. Sí, lo que él diga, pero yo estoy cagada y para colmo lo están grabando todo.

Intento relajarme y decido mirar por la ventana, es verdad, hace un día precioso. El sol es el protagonista absoluto junto a unas nubes que parecen parte de un paisaje pintado a mano.

¡Me toca! Avanzo y noto cómo el monitor se coloca a mi espalda y me engancha a él. Avanzamos unos pasos a la puerta de salida mientras él se sienta al borde y yo parece que quede suspendida en el aire, un aire que me golpea sin compasión. Me coloco en la posición que explicaron, con la espalda encorvada y la cabeza hacia un lado. De repente nos lanzamos al vacío y la sensación es como si el tiempo se detuviera, como si se te parara el corazón. Caigo a toda velocidad sin control, noto un toquecito en la espalda y es cuando puedo abrir los brazos. ¡Guau! ¡Menuda sensación! Voy bajando metros y metros y no se abre el paracaídas, el corazón me va a mil por hora. Y sin querer en mi mente se filtra solo una imagen. Otro toquecito que es para que me agarre al arnés y se abre el paracaídas, el tirón que da al abrirse me aprisiona y parece que me quede sin aire, pero no, son todo un cúmulo de sensaciones nuevas. Seguimos planeando y ahora sí que disfruto de la vista, lo veo todo como si fuera muy pequeñito, desde la altura que estamos parece que tenga el mundo a mis pies, es una sensación grandiosa, difícil de explicar. El monitor me deja guiar un poco hacia la derecha, hacia la izquierda y así seguimos un poco más. Ahora ya toca aterrizar, tal como nos dijeron, doblo las piernas, el monitor tira de las cuerdas y estamos en el suelo.

¡Qué subidón de adrenalina! Me siento más viva que nunca, ahora sí que podría correr un maratón. Cuando me giro, porque ya me ha desenganchado y lo miro para compartir mi euforia, me vuelve a faltar el aire.

—¿¡De dónde has salido tú!?

Con una sonrisa nerviosa me responde:

—De detrás de ti. No me quería perder tu primera vez.

Sea por mi subidón de adrenalina o porque es la persona que más ansiaba ver en este momento, me lanzo y me subo como un mono sobre él, lo beso sedienta de Roger. Lo hago tambalear, pero me aprieta con fuerza sobre él, besando mi boca igual de deseoso que yo. Terminado el beso, me hundo en su cuello, lo beso, lo huelo, mmm, cómo lo echaba de menos.

—Holaaaaa, holaaa, estoy aquí.

La voz de mi pequeña amiga me hace salir del trance. Me aparto de los brazos de Roger y, corriendo, la abrazo.

—Gracias, gracias. ¡Ha sido increíble! ¡Qué pasada! Tienes que tirarte, Cati, es alucinante.

Parezco un loro, no paro de repetir lo mismo todo el rato.

—No creo que lo haga, tengo vértigo, recuerdas.

Su cara me devuelve a la realidad. La miro y miro a Roger mientras se va a recoger el paracaídas, estos dos se llevan muy bien.

—Bueno, yo me voy que he quedado con tu madre a comer. Me va a hacer ese corderito al horno que tanto me gusta.

—Vale, vámonos —le digo.

—Ah, no, tú te vas con él. Yo solo me tenía que preocupar en verte pisar tierra y que no lo mataras durante la bajada.

—¡Pero si ni siquiera me he dado cuenta de que lo tenía detrás! Estaba tan nerviosa que solo pensaba en mis últimas voluntades.

Me río y Cati me acompaña hasta que vuelve a ponerse seria de nuevo.

—De verdad, Azul, habla con él. Si decides que ya no quieres nada con él, seré la primera en darle una patada en los cataplínes. Aunque después de lo que acabo de ver, me lo tendré que ahorrar. —Me sonrío y yo asiento—. Me voy, bellezón.

Nos damos dos besos, un abrazo interminable y nos despedimos.

Cuando ya me he cambiado salgo fuera de la nave y veo a Roger que se dirige a mí con dos cascos en las manos. Lo miro interrogativa.

—Nos vamos en mi moto.

—¿Tú tienes moto?

—Sí, ahora la verás.

Caminamos hacia la entrada y veo aparcada una BMW S1000RR azul y negra, increíble y preciosa.

—¿En serio me vas a hacer subir a esta moto de pijales?

—Tú misma, Cati ya se ha ido. Toma, ponte el casco.

Se sube a la moto y yo hago lo mismo, me acoplo a él y rodeo los brazos a su cintura. Normalmente no me gusta ir de paquete, pero ahora mismo no podría conducir y con él es todo muy diferente. Tantas emociones juntas me pasan factura, me ha dado el bajón y me estoy empezando a encontrar como si en realidad hubiera corrido cincuenta kilómetros.

Por la autopista noto cómo la moto se aferra al asfalto, es una buena máquina. La conducción de Roger es buena y eso junto a tenerlo tan cerca me hace sentir segura. Mientras estoy sumida en mis pensamientos, escucho:

—Hola.

Joder, no le falta un detalle a la moto, podemos hablar por Bluetooth a través de nuestros cascos.

—Hola —contesto.

Aunque parece que estoy sin pilas, muy despacio, le empiezo a hablar:

—¿Cómo es posible que no te viera en el avión?

—Porque estaba en la cabina, esperando a que me avisaran para salir. El que iba a ser tu monitor es amigo mío, bueno, en realidad, lo son todos. Hace muchos años que nos conocemos.

Se hace el silencio hasta que empiezo a soltar lo que hace tiempo llevo dentro:

—El día que fui a comer con Didac, solo hablamos —noto cómo se tensa —, por supuesto, que él intentó algo, es un auténtico conquistador —digo con cariño—. Yo le dije que estaba con alguien y que, aunque no fuera así, no tenía nada que hacer conmigo. Luego paseamos por el Moll de la Fusta y lo cogí del brazo mientras paseábamos. Cuando nos despedimos en la puerta de mi edificio le di dos besos, castos y puros en la cara. Y eso es todo. Vieras lo que vieras en esas fotos no era la realidad.

—Ya lo sé.

—¿Y eso lo sabes porque has sometido a Claudia a un interrogatorio rollo FBI?

—No, lo sé porque Nuria estaba con Claudia cuando hicieron las fotos. Estaban comiendo en el restaurante cuando te vieron.

—¿Quién es Nuria?

—Nuria es la hermana de Claudia. Yo conocí a Claudia porque Nuria me la presentó. Creo que la conociste cuando fuiste a las oficinas en la torre Agbar a hacer la entrevista.

—Pero si esa chica era bajita y no se parecía en nada a Claudia ¡parecía hasta inteligente!

Noto cómo sonrío.

—Pues lo es, son hermanas por parte de padre.

—Roger, ¿por qué pasaste de quererme a odiarme hasta el punto de echarme de tu lado?

—Lo siento mucho, Azul, mi reacción fue desmesurada. Y yo nunca te odiaría, pero estaba muy dolido, créeme si te digo que para mí fue una tortura estar en Italia cuando lo que quería era estar contigo, pero, de pronto, me imaginaba que estabas con el tipo ese y me consumía la rabia.

—¿Y qué te dijo Nuria para que cambiaras de opinión?

—Nada, yo lo tenía claro, ella solo me confirmó algo que daba por hecho. Cuando volví de hablar contigo en la cafetería, me acerqué a Guillermo de muy mal humor y le dije que no querías ser contratada por mí. Estaba Nuria presente mientras hablaba con él, así que al rato entró en mi despacho y me explicó lo que pasó aquel día.

—¿Y qué pasó? —Esto está de lo más interesante.

—Pues me explicó que estaba comiendo con su hermana y unas amigas cuando apareciste tú. Que Claudia dijo que te debía una, porque le habías robado el novio y todas esas tonterías propias de Claudia.

¡Menos mal que lo ha dicho él!

—Nuria es una chica muy coherente, así que en cuanto vio en lo que estaba derivando la comida, se levantó y se fue. De todas formas, te reconoció cuando viniste a la entrevista y ató cabos. ¿Dónde quieres que vayamos?

—Pues me gustaría comer en casa, con mi madre y Cati. Por supuesto, contigo también.

—Yo mejor no me quedo, no sea que tu madre me lance un cuchillo.

—No, tonto, ya verás cómo se alegra de verte, además, seguramente Cati la tiene informada de todos nuestros movimientos. Lo que sí necesito es que pares a por una botella de agua, tengo la boca seca.

Dicho y hecho, en unos kilómetros vemos un área de servicio y se para. Aparca la moto en la zona de *parking* y entra mientras yo lo espero fuera, junto a la moto, estoy hecha polvo y a la vez muy feliz.

—Vaya, vaya a quién tenemos aquí. Si es la zorra que nos metió en el trullo. —Esa voz me pone la carne de gallina.

Cuando voy a girarme unos brazos me aprisionan y me levantan por la espalda. El pánico me invade porque me acaban de tapan la boca. No me puedo mover y me están llevando tras una parte del edificio. Ya resguardados de miradas, me sueltan y me empujan contra la pared.

Son tres, uno de ellos, el que está frente a mí es quien apuñaló a Pedro. Está completamente rapado y tiene una cicatriz que le cubre media cara. Eso

no lo tenía antes de ser condenado. Su complexión es fuerte y su mirada no me hace ni pizca de gracia. Los otros dos son hermanos, son un poco más bajos que este, pero no por ello menos intimidantes, por desgracia los conozco muy bien.

Siento como si se me fuera a salir el corazón por la boca, pero, aun así, no me darían miedo uno a uno, pero los tres juntos sí.

Sin saber de dónde ha salido, tengo la hoja de una navaja sobre mi mejilla izquierda.

—De entrada, puta pelirroja, te voy a dejar la misma señal que me hicieron a mí. Es muy divertido porque cuando por fin cesa el dolor y cicatriza la gente te tiene mucho respeto y sobre todo das miedo, eso te ayuda a sobrevivir.

Su cara está a unos centímetros de la mía, puedo oler su asqueroso aliento a alcohol mientras hace subir y bajar la cuchilla de la navaja por mi cara. Yo no me amedranto:

—Como me toques lo más mínimo os mataré uno a uno y entonces ya no habrá justicia que os defienda.

Se echa a reír seguido por los otros dos.

—¿Y eso lo vas a hacer tú o tu grupito de amigos moteros?

—Eso lo voy a hacer yo como no la sueltes. Te voy a meter un tiro en la cabeza a ti y otro a estos dos.

Es Roger, mierda. Tiene una pistola entre las manos y les está apuntando directamente. De pronto el miedo a que Roger salga herido me hace volver a recordar aquellos momentos vividos con Pedro. Me tiemblan las piernas y no puedo hacer nada, me siento impotente.

El que tiene la navaja se gira hacia Roger.

—Vale, amigo, ya nos vamos. —Levanta las manos alejando así la navaja de mi cara. Se dirige a los otros dos que parece que están esperando una orden suya.

—Vámonos.

—¡No! ¡Tira la navaja al suelo! ¡Ahora! —La voz amenazadora de Roger, sin dejar de apuntar con la pistola, hace que la tire de golpe—. ¡Ahora sí que os podéis ir!

Roger no deja de apuntarles con el arma hasta que se suben a un Ford bastante deteriorado y vemos cómo salen a la autopista. Cuando se gira nos miramos y viene a mi encuentro. Mis piernas y mi estado anímico no me

responden. Antes de poder abrazarlo cierro los ojos y siento que ya no estoy con él, todo es oscuridad.

Noto un frescor en la cara, es extraño, pero me siento bien, estoy tranquila. Abro los ojos y tengo ante mí unos preciosos ojos almendrados que me hacen sentir aún mejor.

—Azul, ¿cómo te sientes? —Roger está mojándome con agua en la cara.

—Bien, o eso creo.

Miro a mi alrededor y veo que estamos en un despacho bastante desordenado, la mesa llena de papeles y hasta en las sillas hay montones de listados. Yo estoy tumbada en un sofá y no me acuerdo cómo he llegado aquí.

—Me he desmayado, ¿verdad?

—Sí, supongo que todas las emociones de hoy, sumado a que seguramente no has comido nada desde esta mañana, ha dado como resultado que tu cuerpo haya reaccionado así.

Mientras me siento, Roger se queda en cuclillas frente a mí.

—En cuanto estés mejor nos vamos.

—¿Dónde estamos?

—Al desmayarte, rápidamente te traje dentro del edificio y el encargado me dejó este despacho.

—¿He estado mucho rato sin conocimiento?

—No, solo lo que he tardado en meterte y poco más. Voy a por algo de comer, ahora vengo.

Todavía en cuclillas me besa suavemente y al levantarse suelta un largo suspiro. Lo miro hasta que sale por la puerta y justo antes se gira para sonreírme.

Tras unos minutos en los que intento no pensar, mi Conan aparece con una bandeja llena de comida y dos Coca-Colas. Improvisa una pequeña mesa con una caja que encuentra y comemos sentados en el sofá.

—Como puedes ver, hay una gran variedad —me dice intentando poner humor a los dos platos de patatas fritas con croquetas. Le sonrío—. Es lo poco que quedaba ya en el *self-service*, ya han cerrado el comedor —dice a modo de disculpa.

—No pasa nada —le contesto un poco triste, me siento bien, pero estoy floja y quizás un poco sensible, Roger lo nota.

—Ven aquí.

Abre sus brazos hacia mí y me envuelve, mi cara reposa en su cuello y me

siento segura. Sin saber por qué empiezo a llorar, mis barreras de chica dura han desaparecido como por arte de magia y no me importa. Me apetece llorar y lo estoy haciendo, mi llanto no le pilla por sorpresa, se dedica a besarme la frente y acariciarme la cara con su mano mientras recoge mis lágrimas.

No dice nada, no me dice que pare, simplemente me consuela, como si supiera lo que necesito en este momento. Este chico acaba de comprar mi alma.

Pasados unos minutos parece que la cosa remite y empiezo a encontrarme mejor.

Empezamos a comer entre bromas tontas que Roger dice para que me ría y lo consigue.

Llaman a la puerta y veo entrar a Rafael. Ese hombretón guapo con cara de buena persona me saluda y me mira asustado.

—¿Cómo estás, Azul?

Supongo que debo tener una cara que da miedo, ojos hinchados a juego con la nariz roja. Le sonrío, cosa que choca con mi aspecto.

—Ahora mismo de maravilla.

—¿Te acuerdas de todo lo que ha pasado? —Roger me pregunta mirándome a los ojos intentando buscar algo en mi interior. Su expresión es de preocupación.

—Me acuerdo de los tres indeseables que me querían... ¡Dios! —Me acerco a su oído y le digo casi en un susurro—: Y tú llevabas una pistola.

Roger suelta una carcajada y me derrito.

—Lo puedes decir en alto. Rafael también lleva.

Lo miro asombrada y Rafael se encoje de hombros.

—¿Qué sois agentes secretos o algo así?

—No, pelirroja, pero tenemos permiso.

—Hay una cosa que no entiendo. Si ellos han salido de la cárcel yo tendría que haber recibido una notificación como abogada del caso.

Se hace un silencio y se miran, hasta que Roger me dice:

—Déjame hacer una llamada.

Rápidamente se va hacia un rincón del despacho y empieza a hablar con alguien, mientras yo aprovecho para interrogar a Rafael sobre el tema de la pistola, no todo el mundo tiene licencia para llevar una. Parece que no lo hago muy bien porque el tío no suelta prenda. Nos sobresaltamos al escuchar a Roger gritar fuera de sí:

—¡Despido inmediato! Luego me llamas.

Cuelga el teléfono y me mira muy serio.

—Sí, había llegado una notificación, pero, por lo visto, la persona que la recibió no le dio la importancia que tenía.

Me muerdo el labio, nerviosa, y una mano se posa bajo mi barbilla.

—Vámonos y deja de pensar.

Como había imaginado, Rafael ha llegado para llevarse la moto y dejarnos el coche.

Me levanto y busco en el bolso mi móvil. Tengo que llamar a Ferrán, les tengo que informar de que están libres; me da miedo que pueda pasarle algo a alguien del club, sé que antes de que la policía los cogiera por el asesinato de Pedro, tuvieron algún altercado con gente del club.

Llamo a Andrea y le explico lo ocurrido. En menos de cinco minutos me llama Ferrán y, tras un rato hablando con él, finaliza la conversación diciéndome:

—Nosotros nos ocupamos. Ahora ve a casa de tu madre y no os mováis de allí.

Le explico a Roger lo que me ha dicho Ferrán y le parece bien.

Cuando llegamos a casa de mi madre veo que Cati aún sigue ahí. Entramos en la casa y yo previamente ya me he pasado un poco de maquillaje para esconder la cara de novia cadáver que llevo. Pero lo que me deja patidifusa es la reacción de mi madre cuando nos ve.

—¡Ven a mis brazos!

Y dejándome de pasta de boniato se va directamente a abrazar a Roger.

—Aunque quien te tiene que perdonar es mi hija, con este detalle estás más que perdonado.

Y dos besazos a Roger. Estoy alucinando y miro a Cati. Ella, por su cara, está al tanto de todo, me acerco a ella a preguntarle por lo bajini:

—¿Qué está pasando?

—Ahora te enterarás, ¿cómo estás?

—Bien, ¿mi madre se ha enterado de algo?

—No.

Yo no voy a decirle nada, por lo menos en unos días. Pero ahora toca saber el porqué de ese amor a Roger, no tardo en enterarme ya que mi madre suelta:

—Azul, tu novio nos acaba de invitar a París. ¡La de veces que te he dicho

que me haría mucha ilusión ir a la ciudad del amor! Y ya ves, nos vamos ahora mismo y en avión privado. ¡Vaya lujazo!

—¿Mi novio? ¿Nos vamos a París? —pregunto sorprendida.

—No, tú, no. Manuel y yo.

Y, tras darme dos besos, me suelta:

—Me voy a preparar las maletas que Cati nos deja en el aeropuerto antes de irse a los viñedos.

Y se va a su habitación más contenta que unas castañuelas.

—Novio —digo de cachondeo dirigiéndome a Roger—. ¿Se puede saber cómo lo has hecho todo tan rápido?

Roger sonríe, la verdad es que le estoy muy agradecida, sé que lo hace para quitarla de en medio de toda esta historia y yo no hubiera pensado nada mejor.

—Cuando fui a por la comida llamé a Cati y ella se ha encargado de todo.

—Madre mía qué día llevo. Espero que acabe pronto. —Me siento en el sofá.

—No he querido que te fueras con tu madre porque quiero estar contigo las veinticuatro horas. No quiero que desaparezcas de mi vista un segundo.

Aunque sé que me las apaño muy bien solita, ahora no es momento de llevarle la contraria, tiene razón.

Me levanto y le rodeo el cuello con los brazos para besarlo.

—Gracias. Aunque eso me suena de algo.

Sonrío y nos besamos.

—A ver, parejita, dejad los arrumacos para más tarde, que aquí una está a dos velas. Además, lo que tienes que hacer es abrazarme a mí, que he estado muy preocupada y encima he tenido que disimular con tu madre.

Me hace un puchero y voy rápida hacia ella.

—Bueno chicos, ya estoy lista. He llamado a Manuel y lo pasamos a buscar.

Tras despedirnos de Cati y de mi madre, nos quedamos en el porche tomando unas cervezas.

—Siento que estés en todo este lío por mi culpa —le digo a Roger apesadumbrada.

—No te preocupes por mí. Lo malo hubiera sido que te pasara estando sola, no podría haber hecho nada.

Veo cómo aprieta los puños y se contrae.

—Si te hubieran hecho algo les habría disparado sin pensármelo.

Acaricio su cara intentando aplacar su rabia. Le explico el motivo por el cual conozco a esos tres personajes y lo que pasó con Pedro.

De pronto escuchamos ruido de motos. Ya están aquí, ¿pero no son muchas motos?

Tranquilizo a Travis que no para de ladrar, y antes de abrir la puerta le explico que son mis amigos. Eso y que la primera en entrar es Andrea, una loca amiga de todos los animales sin excepción, parece que le convence y empieza a mover el rabo. Ha pasado de querer comerse a lo que hubiera tras la valla a estar la mar de contento con tanta visita y es que por lo menos han venido quince de ellos.

Tras presentarles a Roger a todos, Ferrán se dirige a él:

—Gracias, tío, te estoy agradecido. —Me mira con cariño—. Aunque ella ya no forma parte de nuestro club, siempre será uno de los nuestros.

Roger parece que no está muy cómodo y eso me hace recordar el concierto donde no salió muy bien parado.

—Pues ahora ya tenemos algo en común. A una pelirroja cabezota.

Todos se echan a reír menos yo. Mira qué gracioso.

Andrea no se separa de mí, literalmente. Estamos sentadas en el balancín y me tiene cogida la mano, no me suelta.

—Marta no ha podido venir, está con el estómago revuelto, ya sabes..., no para de comer. La pequeña cuando nazca estoy segura de que hará huelga de hambre. La tiene atiborrada.

Nos reímos mientras decimos barbaridades tontas de lo que dirá el bebé de Marta nada más nacer.

Giro la vista y veo que Roger no ha dejado de hablar con Ferrán desde que ha llegado. Como si lo hubiera llamado con el pensamiento, se gira y me sonrío.

Al final hemos pedido unas *pizzas* y se quedan todos a cenar con nosotros.

Tras una velada la mar de divertida llena de anécdotas donde, por supuesto, salió la de la estampida de Roger de aquel concierto, decidimos ponerle fin. Nos despedimos, no sin antes saber que dos de los chicos del club harán guardia fuera de la casa, aunque no en la puerta para no despertar sospechas al menos en los vecinos. Roger ha insistido en que no hace falta, que ya está él, pero Ferrán se niega y decidimos no discutir.

Por fin nos vamos a dormir, estoy hecha polvo. Cuando Roger ve mi cama

se sorprende, no es la cama de dos por dos que tiene él, es individual de poco más de un metro de ancho.

—Si quieres duermo yo en la de mi madre y tú en esta.

—Ni pensarlo, te dije ni un segundo fuera de mi vista. Además... —Se acerca y me coge de la cintura—. No sé tú, pero yo lo único que necesito ahora mismo es estar contigo. Bueno, contigo y con los doscientos peluches que tienes sobre la cama.

Me giro y no paro de reírme mientras Roger me coge en brazos y me suelta sobre la cama, se pone sobre mí besándome la cara hasta que se para y, mirándome muy serio, dice:

—Si ese hijo de puta te hubiera hecho el más mínimo rasguño lo habría matado.

—Señor Fortuny, ese vocabulario —le digo bromeando—. Roger, ¿me estás hablando en serio?

—Por supuesto, no habría dudado un segundo.

—No quiero ni pensar lo que podría haber pasado. Cuando te vi allí con ellos delante, recordé lo que pasó con Pedro y sentí mucho miedo a que te hicieran daño, más que nunca en mi vida.

—Pelirroja, te recuerdo que quien llevaba la pistola era yo.

Haciéndome saber lo bueno que es cambiando de tema, me dice:

—¿Qué te parece si quitamos los doscientos peluches y nos dormimos?

—Perfecto.

Roger se queda en calzoncillos y se mete en la cama, yo me pongo un top de tirantes y voy junto a él. Estamos acostados uno frente al otro, Roger extiende su brazo para que me apoye en él.

—Mmmm, cuánto tiempo sin estar así —le digo mimosa, acurrucada a él.

—Demasiado.

Tengo muchas preguntas que hacerle, pero ahora solo le hago una:

—Roger, ¿me estás apuntando con algo? —le digo en plan gracioso.

—Es que..., te podrías haber puesto un camisón largo, pelirroja. —Hace una pausa y, mirándome fijamente, me dice—: Aunque creo que hasta con un abrigo de esquimal tendrías el mismo efecto en mí.

Lo beso saboreando su boca mientras recorre con su mano mi cuerpo hasta pararse en mi trasero. En décimas de segundos estoy mojada, y como no me haga el amor me muero.

Parece que lo ha pillado, su mano va bajando mis bragas hasta que llegan

a los tobillos, mientras yo aprovecho y hago lo mismo con sus calzoncillos. Estamos más que preparados y Roger me coge por las caderas para acercarme a él.

Está encima de mí, noto cómo su pene empieza a hacer hueco en mí hasta que de pronto lo saca bruscamente y me dice casi rogándome:

—Dime que tienes preservativos.

—Vaya —le digo acariciándole el pelo con una sonrisa—. ¿No quieres tener un Rogercito?

Abre los ojos y me devuelve la sonrisa.

—Por mí no hay problema. Tengámoslo.

Y con una rapidez increíble introduce su pene hasta el fondo de mí. Estoy sorprendida y llena de placer a partes iguales. Entre gemidos le contesto:

—No te hagas ilusiones, Conan, tomo pastillas anticonceptivas.

—Sabía que ibas de farol, pelirroja.

Sale y vuelve a entrar con fuerza. Mi cuerpo se acopla a él recibiendo oleadas de placer a medida que sus empujes son más rápidos. Se incorpora y subo las piernas sobre sus hombros facilitando los movimientos, sus fuertes manos en mis caderas me mueven a su antojo, sintiendo más orgasmos si eso es posible. Una tras otra, cada vez más continuas hasta que noto cómo llego al orgasmo más brutal que he tenido nunca, con él siempre es así. Roger se vacía en mí y ese acto, sin nada por medio, me hace descubrir una sensación extraña, como si lo tuviera más cerca que nunca. Cae sobre mí como una pluma sin hacerme daño, nos besamos y se hace a un lado cogiéndome y arrastrándome hacia él, yo no puedo ni moverme, estoy exhausta.

Pasamos unos minutos en silencio hasta que lo interrumpe para decirme:

—No vuelvas a irte de mi lado.

Sé a lo que se refiere.

—Roger, ¿cómo me puedes decir eso? Sabes perfectamente por qué me fui. Es más, me juré que si te volvía a ver te daría una patada en las pelotas.

—Bueno, en realidad, verbalmente me la diste en aquel bar. Tu cara y tus palabras fueron una buena patada. Si vuelve a pasar algo así, te doy permiso para que me pegues una buena hostia hasta que reaccione, pero, por favor, no vuelvas a irte de mi lado.

—Te tomo la palabra.

Me aparta el pelo a un lado y me besa el cuello aspirando mi olor.

—No podría soportar volver a estar tanto tiempo sin verte.

—Solo han sido unas semanas.

—Una eternidad.

Me giro para estar cara a cara con él.

—Aunque hemos estado separados estas semanas, en cada segundo has estado en mi mente, Roger, para mí también ha sido duro.

Decir eso provoca que me sienta desnuda ante él, metafóricamente hablando, porque desnuda hace rato que estoy. Esa declaración da lugar que Roger me bese de lo más apasionado. Y así caemos en un profundo sueño donde no podemos estar mejor en ningún otro sitio.

Pasamos el domingo como dos auténticas marmotas. Solo salimos fuera de la casa para estirar las piernas y tomar aire fresco, también aprovecho para fumar algún cigarro y que Roger me gruñe más que Travis. Roger también hace varias llamadas, sobre todo para hablar con Rafael de temas laborales, parece que es su hombre de confianza. Jugamos con Travis y volvemos dentro a hacer el amor con verdadero deleite.

Pasados dos días más de reclusión en la casa, Ferrán llama a Roger y le dice que ya está todo arreglado. No pienso ni quiero preguntar en los métodos utilizados por ellos, pero lo que está claro es que no me volverán a molestar o la gente del club no los perdonará una próxima vez.

—Azul, haz la maleta para unos días, mañana nos vamos a Madrid.

—¿A Madrid? ¿Para qué?

—El lunes pasado tendría que haber estado allí por unos temas importantes, así que como por tu culpa he estado recluido aquí contigo —me guiña un ojo—, ahora tu castigo será acompañarme y trabajar para mí.

De golpe viene a mi mente mi conversación con Didac.

—No puedo.

—¿No puedes qué? —Su cara de sorpresa me hace temer lo peor.

—Pues que... puedo a lo de ir a Madrid, pero no a lo de trabajar para ti...

—¿Qué pasa, Azul?

—Llamé a Didac y le dije que aceptaba su oferta para ir a trabajar con él.

—¿¡Con Didac!?

Su cara me hace saber que está como una moto. Se está cabreando mucho muchísimo.

—Hablé con él justo después de nuestra conversación en la cafetería. Estaba muy enfadada y en ese momento de rabia lo llamé.

—Pues lo vuelves a llamar y le dices que ya no es necesario.

—De eso nada.

Si no lo conociera me cagaba las patas abajo. Su expresión es intimidante, por algo lo llamo Conan, pero lo tiene que entender.

—Didac no es una persona con la que quiera jugar, le pedí ayuda y me la dio, así que como le dije que iría, lo haré.

—No lo harás.

—Sí lo haré.

Roger se da la vuelta y sale al porche malhumorado soltando impropiedades como «cabezota» y cosas de esas, pero me da igual.

Cenamos en el más absoluto silencio y nos acostamos cada uno hacia un lado, dándonos la espalda. Yo no me puedo dormir y no paro de dar vueltas.

Cuando pienso que el cenutrio este está dormido, noto cómo me rodea la cintura y me acerca a él.

—¿Quieres dejar de moverte?, no me dejas dormir.

No respondo, el tono de su voz me hace saber que ya no está enfadado y eso me gusta tanto que me duermo en menos de dos minutos.

Mientras volamos a Madrid, Roger me explica lo que venimos a hacer. Es una gran inversión donde se contratan los servicios de una de las empresas de Roger para poner en marcha tres hoteles. Dos de ellos en Madrid y el otro en Cádiz. Por lo visto se han ocupado de la restauración y ahora toca el resto hasta que tenga un buen funcionamiento.

Cuando aterrizamos y vamos hacia una de las salidas, veo cómo Roger se adelanta a saludar a un chico de nuestra edad. Es un poco más alto que yo y está acompañado de una mujer morena muy guapa de pelo largo.

—Hola, Roger, cómo me alegro de verte.

—Y yo, amigo —responde Roger dándose un abrazo. Tras esto saluda a la mujer con otro abrazo y dos besos. Por lo visto son buenos amigos. Girándose hacia mí, les dice:

—Os presento a Azul.

—Azul, ellos son Oscar y María, dos de mis mejores amigos y compañeros aquí en Madrid.

María, acercándose a saludarme, me dice:

—Hola, Azul, qué nombre más original. Encantada de conocerte.

—Igualmente.

Nos subimos a su coche, un BMW X5 negro. Mientras pasamos por la M-30 dirección Paseo de la Castellana, María nos hace muy ameno el viaje:

—¿Azul, habías venido antes a Madrid?

Roger está a mi lado en la parte de atrás, absorbido en su portátil.

—He venido dos veces, pero la verdad es como si no hubiera venido nunca, porque era llegar a las oficinas para concretar la firma con el cliente y vuelta en el mismo día. No me dio tiempo de ver nada.

—Pues habrá que remediarlo, como estaréis hasta el lunes haremos un poco de turismo exprés.

—Sí, por favor —Y acercándome al asiento delantero le digo bajito—: Me muero por probar un bocata de calamares.

María se echa a reír.

—Eso lo arreglamos esta tarde. Bueno, si el jefe nos deja.

Roger nos mira y cierra el portátil.

—María, Azul no es mi empleada, es mi pareja. —Seguidamente pone su mano sobre la mía.

—Aaaaaah, pues mejor aún. —Estamos llegando a las cuatro torres—. Mira, Azul, nuestras oficinas están en la Torre de Cristal. —Señalándome uno de los rascacielos me quedo mirando como una boba.

Según me explica María orgullosa, son los rascacielos más altos de España.

Antes de entrar al *parking* del edificio, Roger se dirige a mí:

—Azul, ¿prefieres que te dejemos antes en el hotel?

—¿No me puedo quedar con vosotros? Me gustaría ver vuestra forma de trabajar.

—Por supuesto.

La cara de satisfacción de Roger me deja claro que le gusta mi respuesta.

Una vez subidos en el ascensor, María presiona el botón de la planta veintidós. Si la torre es espectacular por fuera no lo es menos por dentro. El suelo es de parqué oscuro y todo el mobiliario es blanco a excepción de unos sofás a la entrada que son marrón oscuro. Da una sensación de amplitud y tranquilidad increíble. Caminamos por un amplio pasillo mientras veo cómo María se pone el manos libres del móvil en el oído y empieza a hablar, seguida de Oscar que contesta a su móvil también. Es como si de golpe todo se hubiera activado. Entramos a una gran sala donde, por lo que veo, nos están esperando varias personas. Se saludan y Roger me presenta como si fuera parte de su equipo, cosa que me encanta.

Oscar y María se defienden muy bien ante los imprevistos que van

surgiendo y tienen muy claro el fin de sus negociaciones, por otro lado, nadie mueve un músculo hasta que Roger da su visto bueno.

Pasadas tres horas de reuniones con diferentes empresas, estoy que muerdo. Tengo un hambre que *pa* qué, pero, por lo visto, lo que no se ha podido hacer en los días anteriores lo han programado para hoy y mañana, así que están de reuniones hasta los topes, me esperaré hasta que a alguien se le despierte el gusanillo del estómago.

Cuando por fin se van los arquitectos, llaman de nuevo a la puerta. Mi esperanza de comer algo se disipa rápidamente hasta que veo entrar a dos personas de uniforme con un carro de servicio de tres bandejas. Nos plantan un mantel en un lateral de la gran mesa y la preparan para cuatro comensales, yo, por supuesto, no quito ojo y mi cara debe de llamar la atención de Roger que se acerca a mí y me coge de la cintura.

—¿No pensarías que te iba a matar de hambre?

Seguidamente me da un suave beso en los labios, no le importa mucho que estemos delante de varias personas.

—No te acerques mucho que muerdo. Ahora soy capaz de venderte por un trozo de pollo.

Se ríe y me vuelve a besar.

Nuestra comida transcurre muy a gusto, con Oscar y María parece que nos conociéramos de toda la vida y Roger me explica cómo se conocieron y emprendieron negocios juntos.

Terminada la comida, veo sobre una mesa auxiliar una cafetera y algo tapado con un mantelito. María se ofrece voluntaria para hacer los cafés, así que me acerco con ella, levanto con curiosidad el pequeño mantel y veo una caja de donuts. Me giro automáticamente hacia Roger y veo su sonrisa.

—¡Donuts! —grita María—. Hace años que no los pruebo.

Miro a Roger con complicidad, pero no digo nada, solo le sonrío.

En media hora volvemos de vuelta a la intensa jornada de reuniones. En este caso son tres personas de una cadena de gimnasios interesados en entrar en los hoteles. Para mi sorpresa, uno de los tres, el más mayor, que calculo tendrá unos sesenta años, no habla español, solo francés y por lo que veo mis compis de mesa solo hablan inglés y Roger además alemán. Así que en un momento dado, cuando intuyo que quien lleva la batuta es el mayor y se agobia, empiezo a hablarle en francés. Todos me miran sorprendidos y Alain, que así se llama, me da las gracias. Con permiso de Roger, empiezo la

negociación y, aunque en un principio parecía más dura, al final hemos podido llegar a un acuerdo.

Cuando nos despedimos, Alain, muy gentilmente, besa mi mano y le dice a Roger:

—Votre épouse est une grande femme.

—Muchas gracias. —Me mira y dice—: Eso lo he entendido.

Cuando nos quedamos solos tengo tres pares de ojos mirándome.

—¿Quéééé? —les digo.

—Roger, ¿se puede saber de dónde has sacado a esta mujer? —le pregunta María.

—Ha sido increíble, yo hubiera aceptado desde un principio su propuesta. Era la mejor que teníamos, pero al final hemos sacado mayor margen de beneficios —replica Oscar.

Roger coge mi mano y dice mirándome:

—Hace quince años que la conocí, pero por cosas del destino no la he vuelto a ver hasta hace unos meses. Estos años han sido una pérdida de tiempo en mi vida...

No deja de mirarme mientras se va acercando hasta estar muy cerca de mí.

—Pero os vuelvo a decir que ella no trabaja para mí. Esto ha sido solo un acto de bondad, ¿verdad, Azul? Tiene un contrato en Barcelona que no puede rechazar.

Achino los ojos en plan «me vengaré», sabe que hoy he estado muy bien aquí.

—Pues estaría muy bien que trabajaras con nosotros, aunque fuera desde Barcelona, yo personalmente te lo agradecería. —María es un amor.

—Lo pensaré, de verdad.

Roger continúa cerca de mí.

—Bueno, chicos, os informo de que tenemos que aprovechar el tiempo hasta que os vayáis, así que os doy una hora y os pasamos a buscar por el hotel.

—María, son las ocho de la noche, ¿no sería mejor quedar para mañana? —le dice Roger, girándose de mala gana.

—No, de eso nada. Queda mucho día por delante.

—A mí no me mires, Roger, yo hace tiempo que dejé de llevarle la contraría —dice Oscar acercándose a María, dándole un beso en la cara de lo

más amoroso.

—Por mí bien —digo abrazando a Roger.

—Pues venga, ya tardáis en iros.

Bajamos hasta el coche a recoger nuestras maletas y pedimos un taxi en dirección al Hotel Villamagna en el mismo Paseo de la Castellana. El nombre del hotel me parece de grandeza, pero cuando entro al vestíbulo veo que no se han quedado cortos. Su decoración es de una elegancia exquisita y donde se aprecia gran combinación en el mobiliario. Al subir y entrar en la habitación, doy por hecho que es una *suite*; una de las cosas que me encanta es la decoración en blanco. El baño, exceptuando el mármol, es blanco y el resto de la habitación sigue la línea de decoración del hotel, me llevaría esta habitación directamente a mi casa.

Roger no deja de mirarme con la sonrisa instalada y es que debo parecer la investigadora de una serie policíaca, mirando por todos los rincones.

—Es la mejor habitación de este hotel —dice muy sobrado.

—No lo dudo, no esperaba menos de un pijo como tú.

Se va acercando a mí haciendo honor a su semblante de depredador que ya ha sentenciado a su presa, con la única diferencia que su presa lo va a sorprender.

—Me voy a duchar. —Y rápidamente entro al baño y cierro la puerta.

Pobrecillo, vaya cara se le habrá quedado, doy el agua de la ducha, pongo el hilo musical y me empiezo a desnudar. Cuando solo llevo las bragas, abro la puerta y no lo veo. Me frustró, ¿se habrá ido?, yo solo quería prepararle la bañera, salgo hasta la sala contigua y lo veo abriendo las maletas, maldiciendo a no sé qué pelirroja. Él no sabe que lo estoy observando.

—Conan, te estoy esperando.

Su mirada felina me hace temer su rechazo. Viene hacia mí de una forma arrolladora y me levanta del suelo como si fuera una pluma. Como puedo rodeo con mis piernas su cintura, pero él no se detiene, va dirección al baño.

Cuando entramos mira la ducha y me apoya contra las baldosas de la pared sin soltarme. Al escuchar mi grito se detiene.

—¿Te he hecho daño? —me dice paralizado.

—No, es que las baldosas están muy frías.

Lo beso y él intenta soltarme, pero no le dejo. Mi lengua busca con necesidad encontrarse con la suya y rápidamente lo consigo. Mientras nos degustamos, intento quitarle la camisa sin mucho éxito y desisto. Roger sale

de mi boca y va bajando hasta llegar a uno de mis senos donde lo hace suyo por completo, lo besa, lo rodea con su lengua y lo succiona dándome uno de tantos placeres que solo siento con él. Vuelve a mi boca y me suelta dejándome de pie. En un segundo está completamente desnudo y más que preparado para hacer conmigo lo que espero, mi respiración me delata y la sonrisa de Roger al mirarme hace que aún sea más honda.

—Ven aquí.

Y solo decir eso vuelvo a estar colgada de él. Continúa con su boca en mis pechos, saboreándolos, sus manos bajan hasta mi culo y me dice:

—¡Aún llevas las bragas!

Sin dejarme reaccionar, de un solo tirón las raja dejando de ser un impedimento. Dirige su pene hacia mi abertura que está más que mojada y de un solo movimiento se mete hasta el fondo de mi vagina. Mi gemido, unido al suyo, nos hace cómplices del placer que sentimos. Mientras, sus movimientos, deslizándose dentro de mí, son de lo más placenteros, su cara frente a la mía es una declaración de amor total. Mi mano le acaricia la nuca y en uno de sus bruscos movimientos me acerco a lamer su boca. Él rodea mi cintura presionándola y haciendo que nuestros movimientos sean más seguidos, llevándonos a un perfecto orgasmo. Cuando nuestras respiraciones intentan volver a la normalidad, me doy cuenta de la canción que suena de fondo en el hilo musical es «Contigo», de Antonio José, es irónico, parece que esta canción me lea el pensamiento.

—Yo también me quedo contigo, Roger —acabo de hablar en voz alta.

Su cara se ilumina y me dice dulcemente:

—Te quedaste conmigo hace muchos años.

Sin salir de mí me lleva directa a la ducha como si fuera una muñeca de trapo, estoy colgada de él en todos los sentidos. Cuando estamos bajo el agua me suelta poco a poco hasta que solo estoy colgada de su cuello. Sin decir nada nos miramos y nos besamos de una forma tan sensual que podría dar comienzo a otro momento glorioso, pero somos conscientes de que nos están esperando, así que nos duchamos rápido y nos vestimos más rápido aún.

Cuando bajamos hace un frío que pela, menos mal que nos hemos abrigado.

Vamos unos minutos en coche hasta que entramos a un *parking*, continuamos andando por las bonitas y carismáticas calles de Madrid hasta que veo que entramos en la Plaza Mayor, este sitio sí que lo reconozco

rápidamente y es donde María nos quiere llevar. Roger sonrío, sabe perfectamente dónde vamos, yo, por el contrario, estoy un poco perdida. Roger, que no suelta mi mano, me dice:

—Ya lo has conseguido, pelirroja.

—¿El qué? —pregunto.

—Tu bocata de calamares.

María me guiña un ojo y yo me deshago en halagos hacia ella.

—Que conste que si fueras otra persona jamás te traería aquí, las otras novias de Roger se hubieran puesto a llorar si ven que las traigo a comer un bocata de calamares o directamente se habrían dado la vuelta. Menos mal que por fin este hombre ha sabido escoger bien.

No sé cómo tomarme eso, pero viniendo de María solo me lo puedo tomar de una forma, bien. Pensar que Roger ha traído más mujeres aquí es de lo más normal, cada uno hemos hecho nuestra vida, pero que me lo digan me molesta, imaginarlo con otras mujeres me llena de rabia.

Miro a Roger que se ha puesto serio y le digo a María que se ha quedado blanca:

—Es que Roger tenía muy mal gusto con las novias, yo conocí a la última. ¿A que sí, cari? —le digo esto último dirigiéndome a Roger, hablándole como le llamaba Claudia—. Menos mal que yo soy su pareja, no su novia —digo de broma.

—A ver, par de brujas, primero, no eran mis novias y segundo, ¿podemos cambiar de tema?

—Por supuesto, cari —le suelta María, y explotamos en carcajadas contagiosas.

Llegamos a uno de los bares y, aunque hace frío, nos sentamos fuera, las terrazas ya están climatizadas para este fin, aparte que para disgusto de Roger, dentro no hay ninguna mesa vacía. Como sabe que voy a fumar y ahora es de la liga antitabaco, quería encontrar sitio dentro.

Devoro mi bocata de calamares, está buenísimo. Roger me acompaña con el suyo y Oscar y María han pedido diferentes tapas. La velada es de lo más divertida y Roger está pendiente de mí en todo momento, me hace sentir como si fuera el centro de su universo.

A la mañana siguiente vuelta a lo mismo, reuniones y más temas para tratar. Mi problema es que no estoy acostumbrada a este ritmo de trabajo y ahora mismo me encuentro exhausta. En mi trabajo solo tenía reuniones con

los clientes una vez por semana, dependiendo del tema a tratar.

A mediodía, Roger nos dice a María y a mí que nos vayamos a comer y después a conocer otro poquito de Madrid, que ellos aún tienen que dar el visto bueno a varios temas. Y en estos momentos es cuando más quiero a mi Conan. Sin decirle nada, me ha hecho la vida más fácil.

Así que María me lleva directa al Café de Oriente, donde comemos y me explica la historia del famoso gorrión que era un asiduo al Café. También caminamos hasta el Palacio Real y entramos a ver tan impresionante y lujosa estancia. Pura y maravillosa historia.

Tras dos horas más caminando, no puedo con mi vida. Y es que las botas que llevo no tienen precisamente un tacón bajito, así que nos paramos a merendar en una cafetería, donde me pido unos churros con chocolate, buenísimos. María me mira y sonrío.

—¿Qué pasa? —le pregunto curiosa.

—Perdona que te lo diga, Azul, de verdad que no lo hago con ninguna mala intención, pero eres tan distinta a las otras mujeres que ha traído Roger que estoy maravillada contigo. Eres tan espontánea y divertida a la vez que sincera... No sé, pensaba que a él no le iban las chicas así. Eso sí, eres la más guapa con diferencia de todas ellas.

—María, que he conocido a una y puedo decirte que si el resto eran iguales no puedo competir en belleza.

—Tú eres muy guapa, Azul. No hace falta que te lo diga y tienes al Roger más enamorado que he visto nunca.

—¿Te digo un secreto?

—¡Venga, solo si después te explico yo otro! —Su expresión y cariño con el que me habla en todo momento me hace darme cuenta de que es de esas personas que quieres toda la vida, es una gran persona.

—Vale, ahí voy. Estoy completamente enamorada de Roger, siempre he estado enamorada de él y ahora tengo claro que por eso siempre me ha dado miedo comprometerme con alguien, le echaba la culpa a la separación de mis padres, pero seguramente mi subconsciente lo estaba esperando y ahora me siento feliz y a la vez con miedo de que no salga bien, que tarde o temprano deje de quererme.

—Es imposible que deje de quererte, Azul, cuando se pasa a la fase que os habláis con la mirada y de la forma que estáis, tendría que pasar algo muy fuerte para que os dejarais de querer.

—¡Uy!, tú es que no me has visto cuando sale mi pronto chungo, soy capaz de comerte en un solo bocado.

—Pero seguro que a Roger le gusta.

—No, es una de las cosas que menos le gusta de mí. Pero, aunque me controle, me sale de dentro y no puedo pararlo. Bueno ahora te toca a ti, ¿cuál es tu secreto?

—Estoy embarazada.

Me pongo tan contenta que empiezo a dar palmaditas y grititos, ella se anima conmigo.

—Y muerta de miedo.

Le acaricio la cara.

—No, tonta, ya verás como serás una buena madre. Tú y Oscar sois estupendos y eso basta para tener buenos hijos. Lo de las noches sin dormir, comida cada tres horas, estar pendiente de él o ella las veinticuatro horas, es otra historia —y dicho esto me pongo a reír—. Esto último lo borramos, vale.

Y María se ríe conmigo diciéndome que me la devolverá cuando me pase a mí. Y entonces pienso en algo que tengo desterrado en mi mente: tener hijos. Por ahora no me lo he planteado y seguramente a la larga lo haré, pero a día de hoy no quiero.

Cuando salimos y llamo a Roger quedamos en el hotel, me despido de María y al llegar al Villamagna lo espero en uno de los salones leyendo uno de los libros que me he comprado esta tarde.

Tras un rato, miro el móvil y veo que ya ha pasado una hora desde que hablé con él. Aún no ha llegado, así que continúo con mi lectura. En una de esas veces que alzo la vista, veo cómo viene hacia mí un hombre muy guapo, de facciones marcadas y unos expresivos ojos que me están desnudando con la mirada. Su físico a simple vista es «para que se te caigan la bragas», si Roger pudiera leer mi pensamiento ahora se enfadaría bastante. Lleva un traje oscuro, los dos primeros botones de la camisa desabrochados y la corbata algo torcida, parece que para él también ha sido un día duro.

—¿Te importa si me siento? —me pregunta, señalando uno de los sillones más cercano a mí.

—No, por supuesto. Está libre. —Noto que me pongo nerviosa y continúo leyendo.

Todo él es puro pecado, sus labios son perfectos para besarlos.

—Hace un rato que te llevo mirando y me pareces la mujer más bonita

que he visto en mi vida. —Parece que no se anda con rodeos. Cierro el libro y, cruzando las piernas coquetamente, me acerco a su cara.

—Lo siento, pero tengo «pareja» —digo, remarcando esto último.

—¿Está aquí ahora mismo? —pregunta mirando a su alrededor.

—No —digo rápidamente, tengo la boca seca.

—¿Te alojas aquí?

—Sí —digo embobada.

Sin decir nada más, coge mi mano posesivamente y me lleva directamente a los ascensores, me dejo llevar por el momento.

Entramos y, al cerrarse las puertas, me besa apasionadamente, respondo rodeando su cuello y hundiendo mi lengua en su boca. Una de sus manos cubre por completo mi pubis, estoy muy mojada y presiona contra mis bragas hasta que las puertas se abren.

Ahora soy yo quien lo coge de la mano y lo lleva hasta mi habitación. Una vez dentro vamos directos al dormitorio. Me tumba boca arriba dejando mis piernas por fuera de la cama, se arrodilla ante mí, sube mi falda y rompe las medias de un tirón. Yo no puedo hacer otra cosa que sentir, sabe perfectamente a dónde se dirige. En segundos, baja su boca hasta mi vagina, aparta el fino tanga y hunde su lengua dentro de mí. Un gemido de placer sale de mi boca mientras sube con su lengua hasta llegar a mi clítoris. Sus expertos movimientos hacen que sienta un placer infinito, sus fuertes manos me aprisionan junto a él. Me está devorando literalmente, sus movimientos hambrientos alrededor de mi punto del placer hacen que grite cuando en un movimiento final estallo en un orgasmo increíble. Él continúa despacio hasta que mis temblores cesan.

Sin decir nada, me pone boca abajo en la cama, yo me dejo hacer, no estoy para mucho ahora mismo. Escucho cómo baja la cremallera de los pantalones y noto que mete su pene duro por mi vagina, despacio hasta que en un momento de una fuerte estocada lo desliza por completo. Se queda quieto y su lengua va subiendo por mi espalda hasta llegar a mi cuello. Comienza con sus movimientos dentro de mí, mis manos se agarran fuertemente a la colcha, él aprieta mis caderas fuertemente hacía él y ahora sus seguidas penetraciones hacen que no pueda pensar en nada más que en el nuevo orgasmo que viene de camino. Tras unas cuantas más, me corro con otro grito devastador, cosa que él hace seguidamente a mí. Se corre dentro de mí, descansando su cuerpo sobre el mío sin aplastarme.

Cuando nuestra respiración se hace normal, sus besos en mi oreja me hacen sonreír.

—Supongo que con lo que acaba de pasar ya no tendrás «pareja» —me dice sonriendo.

Poco a poco nos despegamos y me giro para estar frente a él.

—No creo, ahora lo que tengo es a mi alma gemela. —Lo beso y le muerdo el labio.

—¡Aaah!

—Roger, me debes unas medias.

Mi precioso Conan se ríe y cuando hago intención de levantarme, Roger me coge en brazos, cosa que agradezco, después de este momento de pasión estoy un poco temblorosa.

Nos duchamos con una tranquilidad pasmosa y, tras esto, pedimos la cena al servicio de habitaciones, esta noche no salimos.

En los dos días siguientes, es una maravilla disfrutar de la hospitalidad de Oscar y María. Son unos buenos anfitriones que se han propuesto enseñarme Madrid en tiempo récord.

Ya es lunes por la mañana y estamos entrando al ático de Roger, me siento rara. Él ha insistido en que me venga aquí y yo no quiero vivir sin él, así que aquí estoy, cruzando el umbral de su casa. Me quedo quieta, observando.

Es un ático y dúplex. Al pasar la entrada, la primera impresión me recuerda al lujoso piso de *Castle*, la serie policíaca. Un gran salón abierto donde a lo primero que se me van los ojos es a mi derecha donde una librería repleta de libros cubre un lateral del salón. Seguidamente hay un sofá rinconero descansando sobre una inmensa alfombra. A mi izquierda una doble puerta donde parece que está la cocina y más a mi izquierda justo en la pared, unas escaleras de madera que suben a la siguiente planta. A todo esto no podemos ignorar un parqué iluminado por cuatro grandes ventanales.

Soy consciente de que Roger me está mirando, parece que no quiere perderse mi reacción, supongo que él también estará nervioso, esto es nuevo para los dos. Ofreciéndome su mano, me dice:

—Vamos, que te enseñe tu nueva casa.

Este pedazo de dúplex debe tener unos doscientos metros, me ha sorprendido para bien porque esperaba algo más frío. Aunque es muy grande, la decoración lo hace un piso bastante acogedor y si le sumamos al amor de

mi vida, hacen una combinación perfecta.

Una vez que subimos las maletas y abro el vestidor para colocar mi ropa me quedo en estado de *shock*. Hay una prenda colgada en la parte destinada a mí y es mi vestido. Ese vestido que tan malos recuerdos me trae, el que hice una pelota y tiré a la basura aquella fatídica noche.

Ahora luce ante mí majestuoso, siendo el protagonista de este amplio vestidor. Unos brazos me rodean cariñosamente, sin poder remediarlo una lágrima se escapa de mis traidores ojos.

—Estabas preciosa, Azul, la mujer más bella que he visto en mi vida. — Su beso en mi cuello y su dulce forma de hablarme me hace volver a la realidad—. Cuando lo vi en la basura no me lo podía creer. —Me gira frente a él y al mirarme me besa la mejilla humedecida—. Perdóname.

—Yo ya te perdoné, Roger, lo que pasa es que no esperaba ver este vestido nunca más, la verdad es que no me trae muy buen recuerdo.

—Bueno, pues tendremos que cambiar el recuerdo que guardas, por otro mejor. En unos días vamos a una gala y puedes aprovechar para ponértelo.

—No te prometo nada —le contesto no muy convencida.

Nos besamos y, cómo no, estrenamos nuestro nido de amor.

9

Tercera semana de noviembre...

Madrugar de nuevo es algo que suprimiría del trabajo, claro que siendo Roger quien me despierta la palabra «madrugar» tiene nuevo significado.

Antes de dejarme en la oficina de Didac, donde empiezo a trabajar hoy, Roger me pide que le acompañe a la torre Agbar, son las oficinas donde fui a hacer la entrevista, por lo visto, tiene que recoger unos papeles.

Vamos en moto, en Barcelona, como en muchas grandes ciudades, es mucho más rápido que ir en coche. Por lo que veo todo sigue igual que aquella tarde, reina la tranquilidad. Reconozco al gran Guillermo y a Nuria sentada en una mesa cercana. Y también a... ¿estoy viendo bien? ¡Es Olivia!, me acerco y lo confirmo, es ella. Pero ahora ya no me pilla por sorpresa su mirada de superioridad, su sonrisa de prepotente se le corta en el momento que la miro con toda la furia que tienen mis ojos.

Me giro sin darle ni los buenos días. Voy directa al despacho de Roger, pero cuando llego está hablando por teléfono y me tengo que esperar a que termine, eso me hace exasperarme más.

Cuando cuelga no me deja hablar:

—Azul, respira hondo y luego habla.

Sin hacerle caso le suelto:

—¿¡Se puede saber qué hace la tiparraca esa aquí!?

—La tiparraca, supongo que quieres decir Olivia. —Continúa tranquilo y yo estoy que trino.

—Sí, esa.

—A los pocos días que rechazaste el puesto, me llamó para decirme que cuando se fue de los viñedos lo hizo para iniciar un negocio, pero que no le había ido bien y necesitaba trabajar. Como tú no lo quisiste, una parte de lo que hubieras llevado tú, se lo di a ella.

Mi rabia va creciendo.

—¿Tú eres consciente de que esta tía no solo quiere trabajar para ti, verdad?

Sí, lo sabe y su sonrisa lo delata.

—Azul, ¿estás celosa? Sabes que no debes estarlo.

—Pues lo estoy, así que no quiero que esté aquí.

—No la voy a despedir por un ataque de celos, te recuerdo que tú vas a trabajar con tu ex.

Acaba de dar en la diana y con un dardo envenenado, pero eso no me va a frenar.

—Con la diferencia de que yo no quiero follarme a Didac y ella sí a ti.

—Azul, por favor, ¿no puedes ser menos vulgar?

—No, no puedo y más sabiendo que estuviste con ella la noche que me echaste de tu lado.

Recordar eso me mata, pero no voy a bajarme del burro, así que le reto con la mirada, Roger se sorprende al escucharme y empieza a hablar en un tono conciliador:

—Yo nunca he estado con Olivia de la forma que estás diciendo, ella solo es la hermana de Laura. En su momento fui protector con ella y lo seguiré siendo. Para mí, ella y su familia merecen todo lo que pueda hacer por ellos y si no te parece bien me da exactamente igual.

Esto me ha dolido, nunca me ha hablado de esto y ahora yo tengo que aguantar de Olivia, primero, sus miradas de odio y prepotencia, y por lo que no paso es que tenga acceso directo al hombre que me pertenece.

Me doy media vuelta y salgo del despacho dirección a la salida, no sin antes pasar por delante de la culpable de mi discusión, está haciendo fotocopias cerca del despacho, qué casualidad. Freno en seco frente a ella porque su malévola sonrisa me hace saber que seguramente lo ha escuchado todo y está disfrutando. La muy odiosa me suelta:

—Vaya, parece que hoy no te has levantado de muy buen humor.

Me voy hacia ella para estamparla contra una estantería cuando Roger me rodea la cintura y me dice muy despacio al oído:

—Azul, por favor, contén tu genio en mi oficina.

Me suelto y sin mirarlo me voy de allí, pudiendo ver la cara de víctima que la arpía le lanza a Roger. Me siento tan impotente que lloraría de la misma rabia.

No espero a que me lleve, bajo a la avenida y cojo un taxi.

El taxi me deja en la puerta del edificio, pero necesito dar un par de vueltas andando por la manzana hasta que se me pase la mala leche.

Las oficinas, donde voy a empezar a trabajar con Didac o más bien para Didac, están en Paseo de Gracia, es uno de esos edificios antiguos de estilo

modernista, no muy alto, debe tener solamente cuatro plantas. El interior es de techos altos y suelo de parqué por todo el edificio.

Subo a la primera planta y, al abrir la puerta, me sorprende el ruido que hay en el interior. Tras una pequeña recepción todo son despachos. La recepcionista avisa a Didac de que he llegado y me informa cómo llegar hasta él.

Camino por un pasillo central, con suelo de moqueta, los despachos son abiertos con cristal transparente, así que veo perfectamente quién hay y escucho las conversaciones al pasar, el perfil de las personas que hay allí es de comerciales y para mi gusto demasiado agresivos, aunque después de lo que me ha pasado hoy a lo mejor le pido un despacho de estos para mí. Es broma, no lo haría, estar en continua tensión todo el día acabaría conmigo.

Veo que Didac, me está esperando justo en la puerta. Nos damos dos besos y entro a su despacho, o más bien debería decir a su grandísimo estudio. Coge todo un lateral del edificio y es una estancia diáfana con amplios ventanales. Se divide solo en dos zonas, a la derecha está su mesa de cristal con dos ordenadores y al otro lado hay una gran mesa ovalada donde la rodean varias pizarras blancas llenas de gráficos.

Después de una conversación donde Didac me explica en qué consistirá mi trabajo y lo que voy a cobrar, me sorprende a mí misma disculpándome:

—Lo siento, Didac, no me puedo quedar. No es lo que estoy buscando y sé que aquí me agobiaría.

No me gusta, después de lo que vi en Madrid con Roger solo me apetece hacer aquel proyecto.

Abre los ojos sorprendido, vaya putada le acabo de hacer.

—Perdóname, es que, bueno, no sé, es posible que busque otros retos laborales y esto desde luego no lo es.

—Bueno, no te preocupes, sabes que estoy aquí para cuando me necesites.

—Gracias, eres un amor.

—Eso quisiera yo ser para ti. —Y pone cara de cordero degollado. Menos mal que lo conozco.

—No te enrolles que te conozco, ¿con quién estás saliendo ahora? —No tarda ni dos segundos en contestarme:

—Es una modelo, he cambiado de estilo.

Me río y él conmigo.

—Pero tú entras perfectamente en cualquier estilo.

—Me voy antes de que sigas por ese camino.

Nos despedimos entre sonrisas.

Mientras camino por el paseo intento analizar con tranquilidad lo que me está pasando con Roger, esta inseguridad no es propia de mí, yo nunca he sido celosa ¡por favor, si he salido con Didac! ¡El tío más infiel del mundo!

Creo que todo se debe a mi enamoramiento hacia Roger, pero tengo que confiar en él, si volvió a por mí es porque le importo más que ninguna otra. Lo malo es que no me fío un pelo de esta tía y eso, unido a que pasa demasiado tiempo con él y la forma en que Roger habla de ella y su familia, me tiene tocada.

Decido caminar y voy directa a la playa. Aunque no hace tiempo para bañarse, sí que es un lujo descalzarse y caminar por la arena un buen rato, necesito relajarme. Estos momentos de tensión me dejan sin energía.

Pasado un rato me siento a observar el horizonte, ver barcos en la lejanía, el olor a mar y no pensar en nada me hace bien.

Continúo mi paseo y me paro en el Port Olímpic. Entro en una cafetería a tomarme algo y al sentarme miro el móvil, no tengo ninguna llamada de Roger, tan solo un WhatsApp.

Roger:

A las seis en mi casa.

Veo que ya son las seis y media, así que, como de todas formas voy tarde, me pido un café con leche calentito y me lo tomo tranquilamente.

Le contesto al WhatsApp con un simple «OK».

Encuentro tan raro que no me haya llamado..., desde que tuvimos aquel incidente con los asesinos de Pedro, Roger no se ha separado de mí ni un segundo, pero parece que ya no le preocupa tanto. Porque, aunque estemos enfadados, supongo que el amor continúa en el corazón y no tiene sentido que de golpe le dé igual lo que me pase, ¿no?... ¿O sí?

Son las siete y media cuando llego al ático de Roger. Al abrir la puerta veo todas las luces encendidas, pero hay mucho silencio, como no lo veo, subo a la planta de arriba.

Aquí solo están encendidas las luces de su despacho, así que doy por hecho que estará ocupado. Me voy a duchar, esta vez no le voy a pedir perdón por algo que considero debería ser al revés.

Me pongo el pijama y mientras me seco el pelo, Roger entra y me pregunta:

—¿Vas a cenar?

—No —contesto casi ladrando.

Esta es nuestra conversación antes de acostarme. Estoy tan dolida que si hablamos es posible que le estampe algo en la cabeza. Mejor me voy a dormir.

Alarma, maldito despertador, estoy tan calentita y tengo tanto sueño que no me quiero levantar, me acurruco más a Roger mientras noto su respiración en mi cuello. Estamos abrazados, así es como me despierto siempre con él. Pero ahora que lo pienso, estoy enfadada con él, muy enfadada, así que me reactivo en décimas de segundo y salgo de la cama. Escucho a Roger cómo me dice que vuelva a la cama, pero hago caso omiso y me voy al baño.

Una vez en la puerta de salida Roger me mira de arriba abajo, llevo un minivestido, leotardos y unas botas de tacón, él me recuerda que vamos en moto pensando que me cambiaré de ropa, pero nada más lejos de la realidad. Si se trata de jorobar al contrario aquí estoy yo.

Como no le he dicho nada de mi no-trabajo, me deja en la puerta del edificio de Didac y como estamos enfadados no hay beso de despedida. Y eso duele muchísimo.

Tras tomarme un café, doy un par de vueltas por «La milla de oro», madre mía, esto es prohibitivo. Deberían multar por vender a estos precios.

Hace una mañana de otoño auténtica, cielo encapotado y cae una lluvia muy suave o chirimiri, como se suele decir. Al girar la mirada, porque me acaba de caer una gota en el ojo, me ha parecido ver a Rafael viniendo hacia mí, cuando me seco el ojo vuelvo a mirar y ya no está. Entonces mi mente pensante empieza a trabajar. Giro rápido en una de las calles y me paro en la esquina, en quince segundos tengo ante mí a Rafael, sorprendido por verme tan cerca. Lo miro atónita.

—Rafael, ¿me estás siguiendo?

—Nooooo —dice poco creíble.

—Rafael, ¡me estás siguiendo!

—Sí, lo siento —baja la cabeza avergonzado—, pero son órdenes.

—Y supongo que ayer también lo harías.

Afirma con la cabeza.

Ya me imagino de quién, claro, por eso no me llamó ayer el cabezón de mi amor, sabía perfectamente en todo momento dónde estaba.

—Lo que no entiendo es por qué no has entrado al edificio al que

teóricamente ibas a trabajar. Yo solo tenía que vigilar tu salida, pero me ha sorprendido que ni siquiera entraras.

—Al final le dije a Didac, la persona que me contrataba, que no me quedaba. El problema es que Roger y yo estamos enfadados, así que ayer no le dije nada.

Y como si fuera mi hermano mayor, me dice moviendo la cabeza:

—Vamos, anda, te invito a desayunar.

Nos paramos en una terracita con carpa para resguardarnos del frío y así poder fumar sin el controlador de mi novio. Cuando estamos sentados voy directa a lo que me interesa:

—Rafa, ¿qué hay entre Olivia y Roger?

Rafael se sorprende ante mi pregunta.

—Nada, que yo sepa. Sé que Roger es muy protector con ella por lo que pasó con su hermana y bueno, a veces ella es «demasiado» cariñosa. Pero te puedo asegurar que Roger nunca tendría nada con ella.

Me quedo pensativa y, aunque esto me tranquiliza, no puede cambiar lo que pienso.

—Azul, tenéis que reconciliaros. Yo llevo fatal esto de tener que seguirte como si fueras una esposa infiel.

—Lo sé —pongo cara de penita—, pero mira el lado bueno, ahora que lo sé, me puedes acompañar a todos lados sin tener que seguirme.

Su cara se contrae aún más y yo me parto de la risa.

—No te preocupes —le digo, aún, sonriendo—, esto hoy tiene que quedar zanjado, para bien o para mal. No podría soportar otro día más sin hablarnos.

Sobre el mediodía consigo convencer a Rafael para que me deje sola, o eso creo.

Camino durante unos diez minutos hasta que veo lo que estaba buscando, le voy a dar una sorpresa a Roger, odio estar enfadada con él y, aunque no le voy a pedir perdón, sí que podemos hacer una tregua.

Me paro frente a un restaurante japonés y cojo para llevar los platos que más le gustan:

Yakisoba y sopa de miso, de segundo, gyozas, uramaki y dos temaki con verdura, como seguro que sigue enfadado le llevaré de postre mochi de judía verde y otro de fresa. A mí no me gusta nada este tipo de comida, pero a él le encanta. Luego me paro más adelante a coger un Whopper para mí.

Desde donde estoy a la torre Agbar está bastante lejos, así que cojo otro

taxi.

Nada más bajar, a unos diez metros veo cómo Roger aparca la moto a la entrada, se baja y no va solo, me da un vuelco el estómago. Ellos no me han visto, así que voy tras ellos hasta llegar al ascensor.

Respiro hondo e intento no pensar en cómo Olivia se quitaba el casco (mi casco), haciendo aspavientos con su melena frente a Roger, mientras él cogía su maletín.

Están de espaldas a mí y veo que Roger mete la mano en su bolsillo para coger el móvil. Al mirarlo y leer algo rápidamente se gira y me ve, mi cínica sonrisa le da un avance de lo que estoy pensando.

Se abren las puertas del ascensor y yo toda digna paso al final del mismo, junto con más gente. Entonces es cuando Olivia advierte mi presencia. Roger no se mueve de su sitio, pero no deja de mirarme, por mi expresión sabe que soy una olla a presión, mientras Olivia no deja de mirarlo a él.

Me imagino acercándome a ella, cogiéndola del cuello y estampándola contra la pared del ascensor hasta que..., salvada por el timbre de la planta que nos avisa que hemos llegado.

Salimos del ascensor y con una tranquilidad pasmosa voy tras ellos. Roger está serio, cómo no, supongo que está esperando mi reacción o continúa enfadado, pero ahora a mí ya me da igual.

Una vez en la puerta de su despacho, Roger la abre y nos cede el paso. Miro a Olivia que no me quita ojo, diría que tiene hasta miedo, paso delante de ella. Debe pensar que le voy a saltar a la yugular, cosa que no me importaría, pero ahora tengo que ser más inteligente que ella, si juega sus cartas yo jugaré las mías. Entro con mi bolsa de comida, que también me encantaría tirársela a la cabeza a Roger, pero no, la dejo sobre la mesa y me doy media vuelta. Vuelvo sobre mis pasos y cojo mi comida, porque lo que no voy a hacer es encima dejarle comida extra.

—Olivia, por favor, déjanos solos —ordena Roger.

—No hace falta, Olivia, te puedes quedar todo lo que quieras.

No acepto ni una palabra más.

Salgo de la oficina más chula que un ocho, creo que Roger me estaba diciendo algo, pero tampoco me importa.

Cuando voy a entrar en el ascensor tengo a Roger tras de mí bastante alterado.

—¿Dónde vas? ¡Ven a mi despacho y hablamos!

—No, no quiero hablar en «tu oficina», mejor hablamos luego en «tu casa». O si quieres directamente ni hablamos, así te evitas de hablar con alguien vulgar.

Mientras lo dejo KO con mi respuesta se cierra la puerta y no le da tiempo a reaccionar para que se vuelva a abrir, siento cómo le da un fuerte golpe a la puerta del ascensor.

Salgo a la calle, bajo hasta Glorias y cojo el metro hasta la casa de Roger, primero para despistar por si me sigue Rafael y también porque se me van a ir mis ahorros en taxis. Tengo la tarjeta de Roger, pero no es mi dinero, así que está en su mesilla, aunque él no lo sabe.

Necesito desahogarme, necesito hablar con alguien y ese alguien está a bastantes kilómetros, así que una vez en el edificio de Roger, bajo directamente al *parking* y cojo mi moto. Estoy muy cabreada y sé que no es bueno conducir tan alterada, pero ahora mismo solo quiero hablar con Cati.

En menos de veinte minutos ya estoy en la autopista dirección Tarragona, aflojando y acelerando sin piedad. Cuando entro en los viñedos y aparco cerca de las casitas donde vive Cati, no soy consciente de lo que me duele el trasero y los brazos de haber venido con tanta tensión hasta que empiezo a caminar. Se nota que llevo mucho tiempo sin hacer viajes largos en moto. Ya está anocheciendo. Subo las escaleritas y llamo a la puerta. Escucho risas y música de fondo, está sonando Juan Magan con la canción «Baila conmigo», sonrío y me preocupo a la vez que pienso que seguro interrumpo algo. Vuelvo a llamar.

—Azuuuul, ¿qué haces aquí? —Una sorprendida Cati me recibe.

—Perdona, Cati, es que te necesito —le digo triste.

Me abraza dándome palmitas en la espalda.

—¿Qué ha hecho ahora el ceporro de tu novio?

Cuando voy a contestar, miro dentro y veo a Helena. Levanta la mano para saludarme tímidamente.

—Hola, Helena, cómo me alegro de verte.

—Hola, Azul, mmm, bueno yo ya me iba.

—No, no, ya vuelvo en otro momento. —Siento que molesto de verdad.

—No pasa nada, tonta, vamos, entra, además, Helena iba a buscar algo para cenar, ¿te apuntas?

Miro estupefacta a la reina de la cocina.

—Sí, hija, sí, hoy la niña quiere *pizzas* compradas, ¡te lo puedes creer!

Su cara de resignación me hace gracia.

Una vez que se ha ido Helena nos sentamos en el sofá y empiezo con mi retahíla de problemas:

—Cati, es que cuando pasan estas cosas me doy cuenta de que no es mío al cien por cien. Sé que él me lo ha dado todo, me ha abierto su casa, su vida, pero no su corazón. Me dejó bien claro que una de sus prioridades era ayudar a la familia de Laura, incluida Olivia, y a mí no me parece mal, eso es de buena persona, pero que Olivia esté al acecho en todo momento me resulta agotador. También está el tema de cómo le molesta mi forma de ser, tú más que nadie, sabes que yo siempre he sido así y cuando me entra el genio suelto lo que me sale, y él siempre está con que soy vulgar y barriobajera. Y eso que ahora me contengo mucho más que antes, pero es que cuando he visto cómo se reía en mi cara la muy, la muy...

—Vaale, tranquila. Partimos de la base de que Roger está loco por ti. Yo lo único que veo es que lleváis muy poco tiempo de relación y para rematarlo estáis viviendo juntos. Creo que no os habéis dado tiempo para hablar lo suficiente de según qué cosas. Ahora lo que tienes que hacer es hablar con él y decirle exactamente cómo te sientes.

—No sé cómo, desde ayer que no nos dirigimos la palabra.

—Pues tendrás que intentarlo, eso sí, tomate una tila antes que te conozco. Lllaman a la puerta.

—Esta es Helena, seguro que se ha olvidado algo.

Abre la puerta y veo a Conan en su pose más intimidatoria. Sin decir nada, busca con su mirada hasta que me localiza.

—¿Se puede saber cuándo vas a dejar de huir de mí?!

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —Me levanto del sofá como si me hubiera picado.

Automáticamente miro a Cati y ella me dice rápidamente:

—A mí no me mires, yo no he sido, no me ha dado tiempo.

La veo coger su móvil y su abrigo y salir de la casa. Me hace gestos cómicamente diciéndome que hable con él.

Roger sigue mirándome esperando una respuesta.

—No estoy huyendo, solo necesitaba desahogarme y hablar con Cati. Si ella hubiera estado en Barcelona no habría venido hasta aquí.

—Yo te dije que teníamos que hablar, pero no estabas muy receptiva y encima te has ido. —Su tono ha bajado de una forma que parece hasta dulce,

parece que no viene dispuesto a discutir, eso me abre el camino. Me hace un gesto para que nos sentemos y ocupa el lugar que ha dejado mi amiga.

—Es que lo has vuelto a hacer, me has vetado delante de la misma persona. Dejemos de lado los celos, pero si tú no estás conmigo como yo te necesito no puede seguir lo nuestro. —Su cara se transforma—. Tú no me habías dicho nada de la familia de Laura ni muchas otras cosas que supongo tampoco me interesan, solo has dado pie a que piense que Olivia es alguien especial en tu vida y ahí no hay sitio para las dos. Yo tampoco comparto.

No adorno nada, ahora mismo es lo que siento y lo tiene que saber.

—Olivia no es especial para mí, es solo una persona a la que ayudo cuando lo necesita.

—¡Ja!

—Es verdad que ella lo ha intentado más de una vez conmigo, pero a mí no me gusta como mujer, yo siempre la he visto de otra manera y ella lo sabe.

—Pues disimula muy bien, la hija de puta.

Su expresión vuelve a ser de enfado, así que sin renunciar a mis principios, suelto:

—Sí, hija de puta. Otra cosa que te parece mal de mí y no lo pienso cambiar, si no te gusta...

—¿Quién te ha dicho que me parezca mal algo de ti?

—¿Perdona? Cuando me sale el pronto que tengo, parece que tu amor por mí desaparece así. —Y chasqueo los dedos.

Roger sonrío.

—Te recuerdo que gracias a tus insultos tuve la mejor excusa para poder besarte. Tus arranques de fina y bella princesa a tía dura me ponen muchísimo.

Me acaba de dejar desconcertada, no sé qué decir.

Sin decir nada más se lanza sobre mí y me inunda la boca de pequeños besos hasta que al ver que no lo rechazo hunde rápidamente su lengua dentro de mi boca. El placer que me da este momento no lo cambiaría por nada. Lamo sus labios y gimo hasta que terminamos con un beso.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunto.

—Porque lo necesitaba, llevo demasiadas horas sin besarte.

—No me cambies de tema, aún hay cosas que quiero decirte.

Su cara se ha suavizado y ahora me voy a explayar:

—Ah, y una cosa que no te voy a perdonar es que subieras a esa en tu

moto. Para mí es algo muy importante, muy íntimo.

—Azul, no digas tonterías.

—No son tonterías, pero si te lo parece, en cuanto vea a François le diré de ir a dar una vuelta con él en su moto.

Cuando termino de decirlo siento un «tierra trágame».

—¿Quién es François? —suelta escupiendo el nombre.

—Un chico que he conocido en el club, muy majo, y que no le importaría darme unas cuantas vueltas, de hecho ya lo intentó cuando me echaste de tu lado.

Donde las dan las toman, aprieta las mandíbulas y me pregunta muy serio:

—¿Tengo que preocuparme?

—¿Tengo que preocuparme yo? —Absurda pregunta pues yo ya me preocupo.

—Azul, cuando nos viste a Olivia y a mí veníamos del banco. Por lo visto la familia de Laura tenía un grave problema con la casa y estaban a punto de desahuciarlos. Ella invirtió el poco dinero que tenían y le salió mal, Olivia volverá a trabajar aquí en los viñedos y hablé con sus padres para decirles que hasta aquí he llegado. Ellos están muy agradecidos y no olvidan lo bien que me he portado con ellos.

Esto es lo que quiero, que se abra a mí.

—¿Y por qué no fuisteis en taxi?

Roger suspira.

—Porque Olivia dijo de ir en mi moto y yo tampoco le di tanta importancia.

Hacemos un breve silencio hasta que sentencio:

—Vale, esto queda olvidado, pero como la vea a menos de un metro de ti, no me volverás a ver el pelo —le digo muy seria.

—Azul, te he dicho que ella se quedará trabajando aquí para mi hermano. No puedo dejarlos en la estacada.

—¿Eso quiere decir que no volveré a ver a esa en tu oficina?

Se ríe, por lo visto soy muy graciosa, pero yo no le veo el chiste.

—Azul, «esa» estaba en una de mis oficinas, yo no estoy siempre allí. De hecho pensaba pedirte que te quedaras tú en ella y que empezaras el proyecto de Madrid, pero como estás trabajando con Didac...

Su sonrisa lo delata y la mía se lo confirma.

—Sabes perfectamente que no estoy trabajando allí. Rafael es tu escudero

fiel y te lo ha dicho. Por cierto, si he podido despistar a Rafael, ¿cómo sabías dónde estaba?

—Tengo tu ubicación en mi móvil. Desde que pasó aquello no quiero perderte la pista.

—Ya sabes que ahora está todo controlado y no te tienes que preocupar.

—Sí, pero, aun así, prefiero asegurarme.

—En cuanto te descuides cogeré tu móvil y te lo quitaré.

Se ríe mientras se acerca a besarme.

—Vale.

Pasamos la noche en su casa de los viñedos y decidimos volver a Barcelona por la mañana.

Nuestros siguientes días se basan prácticamente en no vernos durante el día, pero nuestras veladas son fantásticas, unidas a unas noches inolvidables.

Estoy aprendiendo muchísimo del tema empresarial gracias a Roger y me doy cuenta de lo que me fascina todo esto. Una de las cosas que vamos a hacer esta noche está directamente relacionado, es una gala que se celebra en el Hotel Pulitzer de Barcelona y una parte de los beneficios de las empresas irán destinados a llevar alimentos directamente a los niños de una parte del África Oriental, y es cien por cien verídico, ya me he ocupado de investigar.

Esta vez llevo un moño estilo Audrey Hepburn para acompañar al famoso vestido, al final me ha convencido. Me estoy terminando de vestir cuando necesito la ayuda de Roger para subirme la cremallera del vestido. Al girarme lo veo salir del baño con la toalla en la cintura tras haberse duchado, nunca me cansaré de mirarlo.

—Te estoy esperando —le digo, poniéndome de espaldas a él.

Me sube la cremallera muy despacio. Cuando por fin termina me besa el hombro y deja caer sus manos bajando por mis brazos hasta llegar a mis manos.

—Espera, no te muevas —me dice bajito.

Si mi cuerpo no estaba ya lo bastante receptivo, ahora echa fuego. Lo escucho mover cosas y acercarse de nuevo a mí.

Noto cómo me está poniendo algo en el cuello.

—Este collar es uno de los que han donado para la gala benéfica. Todas las mujeres llevan uno y seguramente todos queden vendidos esta noche.

Me acerco al espejo a mirarlo y me quedo de piedra. Lo toco como si fuera irreal.

—¿Me acabas de poner un collar de diamantes?

Es un poco más grande que una gargantilla, los diamantes están engarzados en oro blanco y su tamaño va disminuyendo hacia los extremos, es sencillamente precioso.

—Sí, eso he hecho. Ah, espera.

Veo sobre la cómoda que hay dos estuches, uno que supongo será del collar y otro más pequeño. Va hasta este último y se acerca a mí, lo abre y me señala la mano. Le acerco la mano y coloca sobre mi dedo anular un precioso anillo de oro blanco y diamante en el centro. Me mira y se muerde el labio.

—Roger, voy a estar muy incómoda con esto toda la noche. ¿Imagínate que pierdo el anillo o se me cae el collar y no me entero?

—El collar me da igual, pero el anillo no. —Suspira hondo y me mira directamente a los ojos—. Azul, este es mi regalo, es un anillo de compromiso.

Abro los ojos como platos y miro el anillo.

—¿Me estas pidiendo que...? —No puedo seguir, se me ha secado la garganta.

—Sí, te estoy pidiendo que te cases conmigo. —Supongo que al ver mi cara de terror necesita más argumentos—. Me da igual de qué forma, pero para mí es importante estar ligado a ti.

No puedo con mi vida, se me acaba de descomponer el cuerpo. Mi vida con él, sí, para siempre, no lo dudo. ¿Pero, casados? Esto no me lo esperaba.

—Me voy a vestir. —Me da un beso y se va al vestidor. Yo, por mi parte, no puedo hablar, me he quedado muda y Roger se ha dado cuenta de que no he saltado de emoción, es más, todavía no le he contestado.

Estoy acabando de maquillarme cuando lo veo preparado para irnos. Lleva un traje chaqueta negro y camisa blanca, no lleva corbata, está tremendo. Me mira y me acerco a él.

—¿No te vas a poner corbata?

—No, nunca me han gustado y esta noche puedo prescindir de ella. ¿Nos vamos? —Me ofrece su mano para salir.

Cuando llegamos al hotel subimos a la última planta, aquí está preparada una gran sala decorada para unos cien comensales. Ya está casi todo el mundo asistente saludándose entre sí, Roger me va presentando y confirmo que casi todas las mujeres llevan un collar al cual más bonito. La gente va excesivamente elegante para mi gusto, pero se nota que se va a donar una

gran cantidad de dinero para la fundación.

Una vez hemos cenado me sorprende que salgamos a una terraza al aire libre, en el tiempo que estamos hace frío, pero hay una bonita carpa y varias estufas altas divididas por la terraza que hacen que no cambie mucho la temperatura a la de dentro.

Mi estado de ánimo es bueno, pero tengo un nudo en el estómago y cada vez que sin querer toco el anillo me siento peor.

Roger se acerca a mí ofreciéndome una copa de cava, aunque lo veo bien hay algo en sus preciosos ojos que me dicen que está triste.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí. —Le sonrío.

Se nos acerca un matrimonio mayor que Roger me presentó a nuestra llegada.

—Amigo, Roger, está siendo una gala fantástica.

—Gracias.

Mientras se halagan mutuamente, la señora se dirige a mí y me dice:

—Eres guapísima, espero que trates bien a nuestro Roger, ya he visto que eres su prometida y eso ha sido difícil que ocurra. —Y mira directamente mi anillo.

De pronto tengo los ojos de los tres clavados en mí. Como un acto involuntario escondo la mano tras de mí. Miro a Roger pidiéndole ayuda, pero parece que está disfrutando de la pregunta, espera que responda con una sonrisa malévola, sonrío como puedo y digo:

—Sí, eso parece.

Roger se disculpa con el matrimonio y se acerca a mí rodeándome la cintura.

—Perdona, te dejo un momento. —Me besa y se va directo a un atril.

De pronto todo el mundo se calla y paso a escuchar a Roger. Habla de una forma tierna de cómo han podido llevar alimentos y medicamentos dirigidos especialmente a los pueblos más necesitados de Etiopía. Estoy embelesada escuchándolo hablar cuando alguien a mi espalda me saluda:

—Hola, Azul.

Me giro y veo a Rafael.

—Hola, ¿tú también aquí? —le pregunto.

—Yo no podía faltar, soy el vicepresidente de la fundación. —Y hace un guiño de broma.

—Ya veo... —Entonces pienso que seguro que el presidente es el que está hablando. Roger no va a dejar de sorprenderme.

—Muy bonito el collar.

—Gracias —le digo tocándolo como asegurando que está en su sitio, sonriendo un poco incómoda.

—Roger, como siempre, tiene muy buen gusto.

—Ah, no, no es mío, es solo para la gala, para subastarlo —le digo inocente de mí.

—Sí, claro, por eso llevas la alianza a juego. Estas señoras que ves ya llevan los collares comprados. Todo se compra antes de la cena, no durante. Y como veo que estoy metiendo la pata por momentos me voy a pedir algo.

Miro de nuevo a Roger mientras termina su discurso y agradece a todos las donaciones.

Cuando llega a mí me encantaría ponerlo de vuelta y media por no contarme todas estas cosas, pero de lo único que tengo ganas es de tirarme sobre él y hacerle el amor sobre una de estas mesas, pero como no es el momento, me limito a besarlo un poco más de lo permitido en estos sitios. Terminamos la velada y me doy cuenta de que toda esta gente podrida de pasta quiere muchísimo a Roger.

Cuando llegamos al piso de Roger vamos directos a la habitación. Sigue serio, aunque no está distante conmigo. Lo paro frente a mí.

—Roger, yo...

—Espera, no digas nada. —Coge mi mano y tal y como me puso el anillo me lo quita muy despacio—. Vamos a hacer una cosa, yo vuelvo a guardar el anillo donde estaba —pone el anillo dentro de la cajita y la guarda dentro del primer cajón de la cómoda— y cuando estés preparada te lo vuelves a poner y entonces yo sabré que aceptas mi proposición.

Asiento con la cabeza.

—¿Y si no me lo pongo nunca?

Su sonrisa me despista.

—Lo harás.

Se da media vuelta y se dirige al baño. Yo, por mi parte, me quito el collar y lo vuelvo a dejar en su estuche.

Ya estamos en la cama, pero no me puedo dormir, él hace rato que lo hace, sin embargo, yo no paro de pensar y pensar. Esta noche no hemos hecho el amor, tampoco he insistido porque me daba miedo su rechazo, pero

es curioso cómo lo necesito ahora mismo. Me siento mal por no haber podido saltar de alegría y llorar de la emoción porque haya puesto un anillo de compromiso en mi mano, pero si no lo siento no puedo hacerlo. Lo quiero con toda mi alma, no obstante, si él me quiere igual no debería ponerme en esa tesitura.

10

Ya estamos casi en Navidad y la pasaremos en casa de mi madre, por lo que me ha contado Roger en su casa no van muy bien las cosas. Cada dos por tres tiene que bajar a los viñedos porque sus padres están pasando una mala racha y está relacionado con el carácter dominante de su madre. Arcadi, el hermano de Roger, tampoco está pasando su mejor momento, va a ser papá y está tratando de recuperar a Carla, el amor de su vida y madre de su futuro bebé.

Roger está un poco decaído con todo esto y encima hoy estamos teniendo el broncazo del siglo. Esta noche Rafael celebra su despedida de soltero, hasta ahí todo normal.

El problema es que ha sido abducido por una gran Olivia en el mejor papel de su vida, hace dos semanas nos informaron de que se iban a Las Vegas a casarse, como estas fechas son más familiares que otra cosa, Roger se ha disculpado con él para no ir, prefiriendo estar conmigo y con mi familia.

Parece que nadie se da cuenta de que Olivia está jugando con el pobre Rafael, yo creo que lo que quiere es estar cerca de Roger y lo está utilizando, para estas cosas las mujeres tenemos un sexto sentido. Según Roger, ya es mayorcito para elegir con quien está y que mi punto de vista no es válido por cómo odio a Olivia.

—Roger, me parece increíble que te dé igual que esa víbora se aproveche de la buena persona que es Rafael y no hagas nada.

Mi Conan me mira muy enfadado, creo que su vaso está desbordado por todo lo que está pasando, yo intento ayudarlo en todo lo relacionado con su familia, pero este tema se me va de las manos y acabo de llegar al límite de su paciencia. Se levanta bruscamente de la mesa y, con los ojos llenos de ira, me dice:

—¡El hecho de que a ti te dé miedo casarte, gracias a Dios, no le pasa a todo el mundo! ¡Él está feliz y no voy a ser yo quien le arruine la vida porque a ti no te parece bien!

Mi amor me está hablando con despecho y de una forma que me deja helada.

—Roger, ¿a qué viene ahora esto?

Noto como si se arrepintiera de lo que ha dicho, pero lo que hace es dar media vuelta y decirme:

—Es igual, déjalo. Me voy. Nos vemos mañana.

—No, no lo voy a dejar. ¿Crees que porque no me quiero casar contigo no te quiero lo suficiente?

Roger cambia su cara por una expresión de dolor.

—Pues a lo mejor sí.

Y dejándome allí plantada, sube a la habitación, recoge su ropa y sale por la puerta.

Me dejo caer en uno de los sillones y abrazándome las piernas no dejo de pensar y pensar. Sé que tiene razón, el hecho de casarnos es solo una firma de papeles, formalizar nuestra relación y eso, increíblemente ahora mismo no me produce ningún rechazo. Roger me ha demostrado de todas las formas posibles que me quiere y yo creía que también se lo había hecho saber, pero para él es importante que nos casemos. Desde aquella noche en la gala no me había vuelto a sacar ese tema, yo, por mi parte, llevo toda la semana sacando el anillo y probándomelo todas las noches, pero al final siempre lo vuelvo a guardar y ha llegado el momento de no hacerlo, esta discusión me ha servido para acabar de decidir que solo quiero y querré a Roger, así que urdo un plan.

La despedida de soltero la harán todos juntos, novia y amigas y novio y amigos, cómo no. Yo, por supuesto, decliné la invitación, solo me faltaba eso para tirarme al cuello de la víbora, otra de las cosas que enfadó a Roger es que no quisiera ir. Por lo visto harán la despedida en el pueblo donde vive ella y como está cerca de los viñedos, cuando termine, Roger se quedará a dormir en su casa.

Me levanto a las seis de la madrugada, me ducho, me visto y me pongo mi anillo. Cojo el collar y pongo en marcha mi plan que no es otro que llegar a casa de mi futuro marido, sonrío al pensarlo, y acostarme solo y únicamente con el collar y el anillo que llevo puesto. Si está, me acostaré hasta que se despierte y si no está lo esperaré así para darle una sorpresa.

Bajo hasta mi Giulietta y nos vamos dirección a los viñedos.

Por el camino voy canturreando como una tonta y es que la canción de Shakira y Carlos Vives de «La bicicleta» me anima y más el hecho de darme cuenta de que me casaría veinte veces con Roger si fuera necesario.

Cuando llego me extraña ver el coche de Rafael aparcado en la puerta

junto con el de Roger.

Al entrar en el salón veo varias botellas de cava sobre la mesa y varias copas. Escucho unos pasos arriba, subo las escaleras y una extraña furia se va apoderando de mí, mi respiración se acelera a cada paso que doy. Abro la puerta del dormitorio de Roger con tanta fuerza que golpea contra la pared, él abre los ojos y me mira. Mi corazón da un vuelco y veo lo que tanto he temido en mi vida: la traición de la persona que amo.

Roger está boca abajo, en calzoncillos y sobre él está Olivia, completamente desnuda. En un principio veo confusión en los ojos de Roger hasta que en segundos se da cuenta de la situación, intenta levantarse, pero el peso de Olivia se interpone, puedo apreciar una leve sonrisa en la cara de ella mientras lo abraza.

—¡Eres un maldito cabrón!! —le grito fuera de mí.

Voy hacia Olivia poseída. La levanto de encima de Roger como si fuera una pluma y la estampo contra la pared, su cara de miedo no me detiene, la cojo del cuello con una mano y con toda la rabia que llevo dentro le digo al oído:

—Ya lo has conseguido, maldita hija de puta, espero no volver a verte en mi vida o te juro que te mato.

Noto las manos de Roger en mis brazos intentando separarme de Olivia, pero no hace falta, ya he hecho lo que tenía que hacer.

Tras esto, me doy media vuelta. Salgo de la habitación escuchando cómo Olivia se lamenta del daño que le he hecho, pero esta vez se puede hacer la víctima, la he golpeado bastante fuerte contra la pared sin obviar que la he dejado sin respiración.

De pronto me topo con Rafael saliendo de una de las habitaciones con cara de dormido. Sin decirle nada, bajo las escaleras y tras de mí a paso rápido está Roger. Cuando voy a coger el pomo de la puerta para salir de allí me coge del brazo.

—¡Espera, Azul, por favor, no es lo que crees!

—¡Uy, sí, sí que lo es, pedazo de cabrón!

—Espera, Azul, te juro que no me he acostado con ella. ¡Por favor, me tienes que creer! —Parece desesperado.

—¿Por favor? ¿Creerte? ¡Si aún tienes sus tetas marcadas en tu espalda! —le increpo.

—Yo no podría hacerte esto, teníamos un trato, ¿te acuerdas? —dice

intentando convencerme.

—Pues parece que al que se le ha olvidado ha sido a ti.

—Azul, yo nunca te haría eso..., yo solo te quiero a ti.

Justo salir esas palabras de su boca, después de lo que acabo de ver con mis propios ojos, mi mano está en el aire, llevo tanta rabia encima que le suelto la bofetada que nunca le he dado a nadie, le he dado tan fuerte que hasta me he hecho daño.

Me paralizó, en décimas de segundos me arrepiento de haber hecho esto, él se recompone y veo mi mano marcada en su cara.

—Oh, Dios. —Me pongo la mano en la boca asustada de lo que acabo de hacer, automáticamente, las lágrimas empiezan a caer por mi cara—. Perdona, no tendría que haber hecho eso.

Él permanece inmóvil, aprieta las mandíbulas, pero no dice nada, su mirada expresa dolor, aunque no físico. Miro mi mano, la que llevo el famoso anillo y despacio me lo quito bajo la atenta mirada de Roger, dejándolo en la mesilla de la entrada.

Abro la puerta y me voy.

Salgo o más bien huyo de allí. Necesito varios intentos para meter la llave del coche en el contacto porque las lágrimas no me dejan ver. Y la historia se repite, tantos años intentando no repetir la historia de mis padres y acabo de vivir en mis propias carnes la traición y el engaño de la persona que amo.

El camino se me hace eterno, y ahora de fondo solo oigo mi llanto. Me voy al único sitio donde me sentiré arropada: a casa de mi madre.

Cuando aparco tras el coche de mi madre, en la misma puerta de la casa, escucho los ladridos de alegría de Travis. Es muy reconfortante que alguien te quiera tan incondicionalmente como lo hacen los animales. Creo que ahora mismo los seres que más me quieren en el mundo y no me traicionarían, están justo en este sitio y eso hace que el dolor de mi alma sea más tenue.

Abro la verja como puedo, y aguanto estoicamente los cuarenta kilos de mi precioso Travis con sus patas sobre mi pecho, ajeno al dolor de mi alma o quizás no, porque se está quieto mientras lo abrazo y le informo que yo también lo he echado de menos.

—¡Tesoroooo! ¿Cómo no me has avisado de que venías?

Miro a la maravillosa mujer que tengo como madre y antes de llegar a ella empiezo a llorar como cuando me caía del columpio con cinco años. Mi madre rápidamente abre los brazos e instintivamente voy hacia ella. Travis

parece que ha entendido lo que necesito y se mantiene al margen.

—Pero, mi niña, ¿qué ha pasado?

Sigo llorando mientras me acaricia la cabeza.

—Vamos, Azul, sentémonos en el balancín.

Poco a poco mi llanto se queda en unos pequeños suspiros. Estamos sentadas y yo apoyo la cabeza sobre su hombro, la abrazo. Esta sensación es como siempre la he recordado, mi madre con su hombro preparado para mí, su olor a madre es inconfundible; aún recuerdo cuando Pedro murió, ella me supo guiar hasta llegar al camino correcto.

—Cariño, explícale a tu madre qué ha pasado, porque hace mucho tiempo que no te veía llorar así, me tienes muy asustada. —Esa voz dulce hace que deje de hipar y pueda empezar a explicarle mi dolor:

—Mamá, es que estoy completamente enamorada de Roger.

—¡Eso es maravilloso, hija! Pero no creo que sea eso por lo que lloras, ¿verdad? —Su frase va unida a recogerme un mechón de pelo y ponerlo detrás de mi oreja.

Le explico a mi madre todo lo que ha pasado.

Un gran silencio.

—Esto es más complicado de lo que esperaba.

El dolor de la infidelidad de mi padre vuelve a florecer en su cara. De pronto suena el teléfono dentro de la casa.

Mi madre se levanta pesarosa por la interrupción. En unos segundos mi madre me llama algo nerviosa, espero que no sea Roger porque a mí ya me ha dicho lo que me tenía que decir.

—Cariño, es Lucas, tu hermano.

Me extraña tanto que llame a casa de mi madre que me preocupo.

—Hola, Lucas.

—*Asul*, es el viejo, ha tenido un accidente con el carro bastante grave y lo han *indusido* al coma.

Se me cae el alma a los pies, parece que las malas noticias van una tras otra.

—Lucas, salgo para allá en el primer vuelo que encuentre.

—Vale. Avisame qué vuelo cogés.

—Sí sí, te llamo.

Con el corazón destrozado en partes iguales, busco por internet y hago una reserva en el próximo vuelo a Buenos Aires.

Antes de cenar hago una pequeña maleta con la poca ropa que tengo en casa de mi madre y mientras cenamos, bueno más bien mientras mi madre me obliga a que coma algo porque mi estómago está completamente cerrado, le indico lo que debe hacer.

—Mamá, cuando tú creas conveniente, llama a Roger y dile que prepare todas mis cosas, y envías a una agencia para ir a buscarlas. —Saco la caja con la gargantilla, la miro y se la doy a mi madre con sonrisa irónica.

—También devuélvele esto. No quiero tener nada de él.

—Cariño mío, es que me parece tan irreal lo que me estás contando...

Pobrecilla, se le escapan las lágrimas de los ojos mientras me lo dice. Yo, por mi parte, parezco un robot hablando, no quiero pensar más. Solo quiero guardar fuerzas para ir a ver a mi padre y encontrarlo con esperanza de vida, Lucas no me ha sabido decir nada más.

A la mañana siguiente, mi madre me deja en el aeropuerto de Barcelona, nos abrazamos y la dejo en la mejor compañía que pueda tener, su querido Manuel.

Cuando subo al avión me siento en preferente, al ser un viaje tan largo he querido tener la comodidad, aunque el precio sea mayor. Solo he cogido un viaje de ida.

Al despegar, mi mente intenta martirizarme con pensar en Roger y la ironía de alejarme tanto de él es lo que necesitaba, pero no de esta forma. Decido dejar descansar mis nervios, después de dos días sin apenas dormir lo necesito, me convengo de que en ninguno de los dos casos está en mi mano hacer nada. Pido un vaso de leche calentito, tras tomármelo cojo la manta que tenemos en el asiento y sucumbo a lo que espero sea un reparador sueño.

Me duele todo el cuerpo, me despierto y veo que he dormido más de ocho horas seguidas. Tras esto voy al baño y me ofrecen algo de comer, es curioso, pero mi estómago no puede aceptar nada, me limito a tomar un zumo y veo una película esperando pacientemente llegar a mi destino.

Al bajarme del avión me acuerdo de la vez que vine en agosto, también estaba nerviosa, pero era por otro motivo muy diferente. Cuando bajo me voy directa a otra terminal, a coger otro avión que será el que me llevará a Mar del Plata que es donde está mi padre. Mis abuelos viven en Rosario, junto con mi padre, pero, por lo visto, el accidente lo tuvo de camino a ver a mi hermano que él sí que vive allí y lo llevaron directo al hospital Mar del Plata. Dos horas más tarde ya estoy viendo a mi hermano esperándome.

Nos fundimos en un abrazo, mi hermano y yo, aunque hace poco tiempo que nos conocemos, tenemos un vínculo especial, es algo que nos salió sin esperarlo. Yo tengo un sentimiento protector hacia él que no había sentido nunca y parece que es algo recíproco. Mi hermano bello, se nota que lo está pasando mal, se le marcan unas oscuras ojeras bajo esos bonitos ojos verdes.

De camino en su coche al hospital me explica qué es lo que pasó. Por lo visto mi padre se durmió al volante y se salió de la carretera dando vueltas de campana.

Cuando pasamos a cuidados intensivos, mi hermano me aprieta la mano y me acompaña. Al ver a mi padre tras los cristales, entubado por todos sitios, conectado a las máquinas y con la cabeza vendada, rompo a llorar desconsoladamente.

—Ya está, mi amor. —Lucas me consuela, me abraza.

Y entonces llegan a mí los remordimientos de pensar que podría haberlo hecho mejor con mi padre, posiblemente no tendría que haber dicho muchas cosas que en los momentos más duros le dije.

Cuando poco a poco voy apartando mis lloros para poder asimilar la imagen de mi padre en ese estado, aparece un médico que se acerca a nosotros.

Mi hermano me presenta al doctor, es un hombre alto, moreno y posiblemente de nuestra edad, este empieza a explicarnos:

—Mañana le quitaremos el estado de coma al que fue inducido. Creemos que será positivo, pero eso no lo sabremos al cien por cien hasta que esté despierto.

Muy cariñoso, coge mi brazo y dice:

—Ten fe, seguro que sale de esta.

Hay personas que tienen el don de tranquilizar al resto, de darles confianza y positividad, y este doctor es uno de esos. Pasado un rato nos dicen que ya no podemos estar allí, que han hecho una excepción porque yo llegaba desde España, pero que ya nos tenemos que ir y volver por la mañana.

Me instalo en el piso de Lucas, no me ha dejado ir a un hotel, hizo igual cuando vine a conocerlo en verano y rechazar la hospitalidad de un argentino es muy peligroso, os lo aseguro. Tiene un pequeño piso situado muy cerca de la playa y a diez minutos en coche a la Clínica Pueyrredon, que es donde está mi padre.

Cuando termino de ducharme me pongo el pijama y mi hermano me mira de arriba abajo.

—*Asul*, estás realmente flaquita. ¿Qué *hisiste* en estos meses? ¿No estarás *hasiendo* alguna dieta de esas que *haséis* las chicas?

Sonríó apesadumbrada.

—No, Lucas, lo que pasa es que llevo unos días un poco malos y la verdad es que no he comido mucho.

—Pues lo arreglamos ahora mismo.

Lo veo entrar en la cocina y empezar a preparar la cena.

Una cena que no pruebo, no me entra nada. Solo soy capaz de comer uno de los boniatos que ha asado para el postre. Le he prometido que mañana comeré más.

Por la mañana estamos preparados para entrar a ver a papá y le doy las gracias en silencio por haberme dado a este hermano que me quiere incondicionalmente, ya lo comprobé en mis vacaciones, pero ahora está siendo mi gran apoyo, quizás tengan razón los que dicen que «en la vida todo pasa por algo». No quiero pensar en qué sería de mí, si ahora mismo no lo tuviera a él aquí conmigo.

El doctor que ayer nos atendió se acerca a nosotros y nos señala a nuestro padre que está al otro lado.

—Buenos días, ¿no se han fijado que ya no está sedado? —nos dice sonriente.

Lucas y yo nos miramos y miramos a nuestro padre. Es verdad, él no nos ha visto, pero tiene los ojos abiertos.

—Hemos hablado con él y, aunque tiene algunas lagunas de lo que pasó, tras las pruebas que le hemos realizado, parece que lo peor de todo serán las fracturas de huesos que tiene en piernas y un brazo, junto a las fisuras de las costillas. Las heridas en la cabeza son superficiales, lo que en un primer momento se diagnosticó como muy grave, les podemos confirmar que no es así. Eso sí, tendrá una lenta recuperación, pero visto lo visto es lo mejor que le podía pasar.

Sin pensarlo un segundo me abrazo al médico de la emoción que tengo al recibir esta buena noticia. Noto cómo se queda quieto y, en un segundo, responde a mi abrazo.

—Gracias, gracias, gracias.

Solo me falta besarlo. Pero es que ahora mismo es mi héroe, me deshago

del abrazo y lo miro, miro a mi hermano que sonríe, de pronto me entra vergüenza.

—Disculpa, ha sido la emoción.

El doctor Rodríguez, que así indica en su identificación me dice:

—Me puedes abrazar las veces que quieras —sonríe—, ahora si quer is ya pod is entrar a ver a vuestro padre.

Confirmo que le han quitado algunos tubos, ya no tiene tantos como ayer y parece que el color ha vuelto a su cara.

Nos acercamos despacio y cautelosos, pero al ver la sonrisa de nuestro padre y saber que nos ha reconocido nos hace llegar hasta él casi saltando.

—Vaya, si s e cuánta felicidad voy a sentir al despertar cojo el carro antes, quiero estar así eternamente —dice mi padre muy despacio.

—No digas eso, papi —hace años que no lo llamo así.

—Mi princesa —me dice. Y yo como una tonta rompo a llorar otra vez.

—Ya vale, *Asul* —dice Lucas dulcemente—. Pap , vaya hermana llorona que me trajiste,  no la puedo cambiar? —dice dirigiéndose a nuestro padre en plan de broma.

Eso nos hace reír a los dos, lo que da pie a una conversación muy bonita entre los tres.

Van pasando los días y mi padre ya est  fuera de cuidados intensivos, mi hermano y yo nos turnamos para estar con él, ya que todo el día en la clínica pasa a ser agotador, pero tampoco me importa, ahora lo más importante es él.

Hablo muy a menudo con mi madre que, al final, ha tenido que pasar las Navidades sin mí y yo sin ella, por supuesto, pero con Manuel y el resto de la familia no ha estado sola. Del que no s  nada es de Roger, mi madre tampoco lo ha mencionado en nuestras conversaciones. Con Cati s  que mantengo bastante comunicación, sobre todo por Skype, donde se ha ocupado de decirme que voy a dejar de ser su bellezón si no engordo un poco.  Tanto se me nota? Yo solo me doy cuenta de que la ropa que traía cada vez me va más grande, pero todo tiene que ver con mi estado de ánimo, mi alimentación en este mes se ha limitado a muy poca cosa, aunque poco a poco voy a mejor. En nuestra conversación hablamos de lo que pasó con Roger y dimos por zanjado este tema, no quiero volver a hablar de ello.

Esta noche, Lucas me invita a cenar en un restaurante que se llama Piazza Ristorante, como bien suena es de comida italiana. Aunque por parte de mi padre somos de ascendencia italiana, las costumbres de ellos son del todo

argentinas, sin olvidar la pasta artesanal que hace mi abuela. Al sentarnos en la terraza del restaurante, la vista al mar es maravillosa, presiento que esta noche voy a comer como una auténtica campeona.

Estamos sentados en una mesa de cuatro y cuando nos traen la carta, Lucas informa al camarero que seremos cuatro. Miro a mi hermano sorprendida.

—A ver, he dicho que me voy a poner las botas comiendo, pero de eso a comer por dos creo que no lo haré.

—*Prinsesa*. —Desde que oyó a mi padre llamarme así se ha apoderado del nombre—. Tenemos dos compañeros de mesa, espero que no te moleste.

—¿Y quiénes son si se puede saber?

—Mira, ya llegaron.

Giro la vista y me quedo sorprendida al ver al doctor Rodríguez con una chica espectacular, es rubia de pelo largo y un cuerpo de infarto. La verdad es que hacen una buena pareja, eso me hace recordar cuando Roger y yo...

Lucas se levanta a mi vez y los saludamos:

—Hola, doctor Rodríguez —saludo con amabilidad.

—Hola, Azul, qué bien verte fuera de la clínica.

Me giro hacia la chica y me quedo de piedra al ver que saluda a Lucas con un beso en todos los morros. No puedo cerrar la boca hasta que mi hermano se dirige a mí:

—*Asul*, te presento a mi novia Ivana.

—Encantada, Ivana —la saludo con dos besos y se sorprende, ya sé que normalmente aquí solo es un beso o un abrazo, pero es mi costumbre.

Miro a mi hermano de forma represiva porque no me haya contado nada de su novia, claro que yo tampoco le he explicado mis andanzas con el traidor de Roger.

Miro a mis tres acompañantes de mesa, la verdad es que no hay un segundo que no cubramos con algún tipo de conversación, son realmente divertidos. Estos momentos son los que te hacen olvidar lo dura que es la vida a veces.

—Alonso, ¿sabes que no me di cuenta de que no eras argentino hasta el tercer día de estar en el hospital? —le digo al doctor.

—¿Eso es lo que te fijaste en mí? —pregunta de broma—. No, soy de Guadalajara. Cuando terminé la carrera me casé con una preciosa argentina que conocí en la universidad y al final nos vinimos aquí a vivir. Hace dos

años nos divorciamos, pero como estaba contento ejerciendo en la clínica, decidí esperar un poco más para irme.

—Aaaaah —respondo interesada. Este chico está muy bueno ahora que me fijo. No saldría con él porque le falta esa chispa, pero no deja de ser un hombre muy guapo.

—Es mi excuñado —dice Ivana.

—¡Anda! Qué curioso, si es que el mundo es un pañuelo.

Mientras charlamos, Lucas se ocupa de pedir una cena variada dentro de lo que es la especialidad del restaurante, como raviolis, espagueti, *pizzas*, y dos buenas ensaladas. Con lo que como últimamente se ha pasado tres pueblos pidiendo. Parece que me ha leído el pensamiento cuando me dice:

—Vamos, flaquita, come. —Su forma de decírmelo y su sonrisa hace que empiece a comer y a lo tonto termino comiendo más que ninguno.

Cuando acabamos la cena estoy convencida de que esta noche duermo sola en el piso.

—*Prinsesa*, esta noche voy a casa de Ivana. —Y me guiña un ojo.

—No hay problema. Mañana me toca madrugar a mí para estar con papá.

Dicho esto se despiden y se van caminando. Mientras, Alonso se ofrece acompañarme hasta el piso de Lucas.

—Ya mismo os lleváis a vuestro padre a Rosario, ¿verdad?

—Sí, ahora que su médico nos ha dado la aprobación —le dedico una gran sonrisa, es él quien nos ha confirmado que ya puede viajar—, nos iremos en unos diez días. Él ha elegido estar con mis abuelos, como no ha querido que vinieran hasta aquí prefiere acabar allí la recuperación.

—Y tú, ¿has dejado marido o novio en España?

Oh, oh. Menos mal que estamos llegando.

—Justo el mismo día que pasó lo de mi padre terminé mi relación. Es curioso, pero en ese momento pensé que mi mundo se había hundido sin saber que me esperaba algo peor.

—Sí, la vida a veces nos juega malas pasadas.

—Cierto, hasta ahora mi prioridad era la salud de mi padre, solo pensaba en algunos momentos puntuales sobre mi relación rota, pero ahora que mi padre está mejor, es como si el dolor que no he pasado por Roger estuviera deseando salir.

Alonso se para frente a mí y me dice:

—Azul, eres una mujer bellísima y por lo que he podido apreciar con un

gran corazón y muy inteligente, estoy seguro de que no tendrás problemas para olvidarlo y sanar lo antes posible.

—El problema es que aún sigo enamorada de ese hombre, no comprendo lo que pasó, por más que lo pienso no encuentro el motivo que lo llevó a hacer lo que hizo. Hasta que no cierre este capítulo de mi vida no podré salir adelante.

—Entonces, ¿no estás aquí para quedarte?

—La verdad es que ni me lo he planteado, solo estaré aquí hasta que mi padre pueda salir corriendo —digo en plan de broma.

Seguimos caminando en silencio hasta que llegamos al portal del edificio donde me despido de Alonso.

—Nos vemos mañana —le digo.

Alonso se acerca muy despacio a mí, y cuando creo que me va a besar, gira y me da un beso en la mejilla.

—Hasta mañana. —Me sonrío nervioso y se va.

Ya es hora de marchar a Rosario a casa de mis abuelos. Por fin mi padre tiene más movilidad y mejor humor. Según van pasando los días me voy adaptando más a estar en esta bonita tierra, pero echo muchísimo de menos Barcelona. Estaré durante algún tiempo más, y cuando mi padre esté casi recuperado, volveré a casa.

Mientras vamos de camino en el coche de Lucas, hacemos bastantes paradas y hablamos de muchas cosas, incluso mi padre se pone sensible y nos pide perdón entre lágrimas.

Estamos en febrero y la temperatura es buenísima, me choca tanto ir en camisetas de tirantes en esta época del año que lo disfruto muchísimo.

Las vistas durante el trayecto son de una llanura infinita y mientras miro al horizonte mi mente solo piensa en una persona, sus palabras resuenan martilleantes en mi mente una y otra vez:

«Azul, yo nunca te haría eso... yo solo te quiero a ti».

¿Cómo pudo decirme eso, de la forma en que lo vi?

Mi mente no para de dar vueltas a aquella imagen de él sobre la cama, de pronto se me enciende una luz ¡él estaba en calzoncillos! Conmigo jamás duerme en calzoncillos y si hemos hecho el amor menos.

Sí, es una prueba absurda porque se los podría haber puesto después, pero ¿y si es verdad? Nunca podría perdonarle una infidelidad, pero ¿y si de verdad no lo hizo? ¿Y si la perra de Olivia lo hizo expresamente? No,

tampoco tiene sentido. Ellos no pintaban nada en casa de Roger.

Cuando llegue a Rosario me conectaré para ver si tengo algún mensaje, lo último que sé es que Marta ha sido mamá de una redondita y preciosa niña. Con Cati es con quien más hablo y dice que las chicas del *gym* me están preparando una fiesta sorpresa para cuando vuelva, como sabe que esas fiestas las odio, me prepara por si acaso.

Mientras, al otro lado del Atlántico...

—¿Qué te pasa, Roger? No hay quien te dirija la palabra sin que saltes a la yugular. ¡Tío, tú no eres así!

Roger está apoyado en la columna del despacho mirando a Rafael, su mano derecha. No contesta de inmediato.

—Ya lo sabes, tengo que cerrar una de las empresas.

—¿Solo es eso? —pregunta Rafael.

Silencio.

—Y que hace exactamente sesenta y tres días que no sé nada de Azul.

Rafael sabe que, en realidad, el malestar de su amigo se debe a esto último.

—¿La has llamado?

—No.

—¿Has ido a su casa?

—No.

—¿Has hecho algo por acercarte a ella?

—No, no está aquí, se fue a Argentina. Pero esta vez no haré nada. Le toca a ella decidir si quiere esta relación y por el tiempo que ha pasado, creo que ya lo ha decidido —dice apesadumbrado.

—Roger, si no lo haces tú, lo haré yo. La llamaré y le explicaré lo que pasó en realidad.

—No, no lo harás.

Roger deja los papeles que lleva en la mano sobre la mesa de Rafael y se dirige hacia la puerta.

—Jefe, si la quieres tanto como pienso, es mejor que no la dejes escapar, ella vale la pena —dice Rafael casi a gritos antes de salir del despacho.

Para Roger solo hay un pensamiento y es saber que quiere con locura a Azul, pero será ella la que vuelva a él porque...

Sin querer su pensamiento vuelve a aquella mañana en la que Azul, tras darle una bofetada, salió de su casa. Roger subió las escaleras como alma que

lleva el diablo y fuera de sí se dirigió a Olivia que estaba llorando en un rincón de la habitación ante un impasible Rafael.

—*¿Se puede saber qué has hecho?!*

Olivia continúa desnuda y, eso, aún le produce un mayor rechazo.

—*Perdona, Roger, es que me equivoqué de dormitorio, de verdad, perdóname.*

Mientras continúa con sus lloros, Roger le dice a Rafael:

—*Por favor, llévatela, no quiero volver a verla.*

Rafael asiente y de malas maneras la saca de allí dando por sentado que todo lo que Azul le había intentado decir era cierto.

Rosario (Argentina)

Llegamos sobre las cuatro de la tarde y ¡madre mía lo que han preparado! ¡Esto sí que es una bienvenida! En la puerta hay una pancarta enorme que pone: ¡Bienvenido Eduardo! Ese es mi padre. Lucas ayuda a papá a bajar del coche y de la nada empieza a salir gente. Mis abuelitos y vecinos, con voces de alegría y hasta un aplauso. Me río de la situación, esta gente es una maravilla y lo mejor está aún por llegar. Mi abuela Elsa, que viene a abrazarme con todo el amor del mundo, me dice estrujándome:

—*Mi vida, cómo me alegro de verte. —Besos y más besos—. Menos mal que hemos preparado un asado bien bueno, porque, hija mía, qué flaquita estás. Es que con este disgusto tan grande es normal, mi amor.*

—*Sí, abuelita, pero ya ha pasado —le digo besándola y achuchándola.*

Saludo a mi abuelo y al resto de los vecinos que se deshacen en halagos hacia Lucas y hacia mí.

Pasamos a la parte de atrás de la casa que es donde está todo el asado casi terminado. Yo ya los conozco y sé que, aunque no quiera, voy a comer como una descosida, la carne está buenísima y si la acompañas con el chimichurri, especialidad de mi abuelo Aníbal, es lo más.

Estamos en una de las zonas más bonitas de Rosario, mis abuelos viven en el barrio Echesortu. Donde estamos son pequeñas casitas unifamiliares y la gente es la de toda la vida, por eso, hasta donde he conocido son todos una gran familia. No dejan de explicarme lo bonita que se pone la ciudad el día del Aniversario de la Creación de la Bandera Nacional y al celebrarse a finales de este mes de febrero estaremos aquí con ellos.

Van pasando los días y veo mejorar a mi padre a pasos agigantados, según mi abuela es por tener a sus hijos tan cerca. Dice que los hijos lo curan todo y

si lo dice ella no se le puede llevar la contraria.

Yo, por mi parte, no tengo hijos que me puedan aliviar el corazón, lo que sí tengo claro es que después de lo que ha pasado y lo que odio a Roger, sigo completamente enamorada de él. Es una contradicción, lo sé y ahora solo puedo elegir dos caminos: dar por hecho que lo que pasó fue real y sacar de mi mente y de mi corazón a Roger, o confirmar lo que llevó a Olivia a estar en la cama de Roger, solo de pensarlo me pongo enferma.

Y tras esta reflexión, lo primero que haré cuando llegue a Barcelona será saber qué ha pasado, si Rafael continúa con ella, que supongo que no, y si Roger está con ella, que entonces mi primera opción será la elegida.

Tengo contacto con María, a la que le pregunto por su embarazo y le pido perdón por haberlos dejado colgados con el tema de los hoteles, ella, con su infinita generosidad, siempre me contesta que lo primero es estar con mi padre. De lo mío con Roger no le he contado nada, no puedo hacerlo sin llorar, ya se lo diré más adelante, aunque seguramente Roger ya se lo habrá dicho.

En una de las veladas que Lucas y yo nos quedamos solos le expliqué lo que me pasó aquel maldito día y su único consuelo es que «ese tipo es un gran boludo» y que como se lo encuentre ya puede correr. Como estábamos en plan confidencias, él también me dijo que ya no estaba con Ivana, dice que era algo pasajero y ambos estaban de acuerdo.

Mañana volvemos a Barcelona, vuelvo con Lucas, le he dicho que se venga conmigo a conocer un poquito de nuestro país. Mi madre nos recibirá en su casa, tiene muchas ganas de conocerlo, según ella, Lucas no tiene la culpa de tener un padre tan sinvergüenza y eso, unido a lo que le he explicado de lo buen hermano que es conmigo, la tiene enamorada.

Lo peor es la despedida, he tenido que hacer un juramento de que volveré en verano y como de golpe a mi padre han empezado a dolerle todos los huesos, he prometido que posiblemente lo haga.

El viaje de vuelta ha sido muy divertido con mi hermano, este argentino me ha robado el corazón, siempre tiene una frase ingeniosa y divertida.

Vienen a buscarnos al aeropuerto mi madre junto con Manuel y, aunque Lucas está un poco cortado, mi madre se encarga en dos segundos de hacerlo sentir bien, después de los diez primeros abrazos, creo que Lucas se va a dar media vuelta en dirección a Argentina.

Lo primero que me suelta mi madre es:

—Tesoro, ¡pero qué delgada estás!

—¡Uf, mamá!, esa ha sido la frase estrella estos meses, pues que sepas que algo he engordado.

—A mí no me mire, señora, yo *hise* lo posible para que comiera.

Oh, oh, ha dicho la palabra mágica. Mi madre se gira hacia Lucas.

—Si te quieres llevar bien con la madre de tu hermana, llámame Anna. —
Sonríe, menos mal.

—Anna, ahora entiendo cómo es tan bella su hija, son dos gotas de agua.

—Por ahí vamos bien —dice mi madre riendo.

Cuando llegamos a casa y veo a Travis lo abrazo con tanto amor que me pongo a llorar como una tonta, tenía tantas ganas de verlo, que parece que es recíproco porque no se separa de mí ni un segundo.

Entramos en casa y mi madre ya tiene preparada la cena, pero encima de la mesa solo hay un sobre grande.

—Ábrelo, cariño, es para ti. Te lo quería dar después de cenar, pero ya da igual.

Sin decir nada más sale con Manuel y Lucas al porche.

Es un sobre grande que lo remite una notaría, dentro hay un papel donde me citan para el próximo viernes en una notaría de Barcelona. Dentro del mismo hay un sobre más pequeño donde está solo mi nombre escrito. Lo abro y veo que es una nota escrita a mano, mi corazón se desboca, así que está claro quién la remite.

Azul,

Espero que todo haya ido bien.

Te dejo cita con la notaría para que puedas firmar y poner a tu nombre el

piso que fue tu hogar los últimos años. Te lo arrebaté pensando que podríamos tener el nuestro y no ha podido ser.

Te deseo lo mejor,

Roger

Necesito sentarme. No hay nada más, solo una nota donde da por hecho que lo nuestro ha terminado, no hay que ser muy listo. Tampoco hace mención a lo que pasó, no me pide perdón, seguramente no está arrepentido y están viviendo felices los dos, de pensarlo se me revuelve el estómago.

No lloro, aunque no por falta de ganas, tendré tiempo para lamerme las heridas, pero con ellos fuera, respiro hondo y trago saliva.

Tras dos días recuperándonos del *jet lag*, decido aprovechar mi cita en la notaría para llevar a Lucas a dar una vuelta por Barcelona. Sí, he decidido aceptar el piso que Roger ha puesto en mis manos, siempre me gustó y esta oportunidad no la volveré a tener. En realidad esas son palabras de mi madre porque mi primera reacción fue decirle que se lo metiera por donde amargan los pepinos. A favor del sí está que no me recuerda a él, porque nunca lo invité a venir, aunque tampoco me hace falta, sigue estando en mi pensamiento a todas horas.

Nos vamos en mi moto, cuando llegamos a la notaría hay una persona que se acerca a saludarme y me guía en el tema, lo envía Roger, por lo que él sabe perfectamente que estoy aquí.

Cuando salimos estamos en Diagonal, así que bajamos andando hasta encontrar un restaurante donde nos apetezca comer.

Voy mirando dónde ir, cuando de pronto veo un coche parado en el lateral con las luces de emergencia puestas, es el coche de Roger. En segundos lo veo salir del edificio acompañado de Rafael. ¡Dios! Me quedo clavada en el suelo, su halo de poder es aún mayor del que recordaba, va vestido con un traje azul oscuro y corbata, se ha cortado el pelo muy corto y, aun así, está guapísimo, sonrío recordando la primera vez que lo vi. Él no me ha visto, va hablando con Rafael hasta que se meten en el coche y se van.

—*Asul*, ¿qué pasó? —me dice Lucas.

—Lo acabo de ver, va en aquel coche. —Y le señalo la dirección en que se ha ido.

—Venga, mi *prinsesa*, vámonos a comer. —Pone su brazo sobre mis hombros, abrazándome—.

¿No querrás matar a tu hermanito de hambre?

Como siempre, está intentando quitar el dolor que me produce volver a verlo.

Una vez en el restaurante soy consciente de que todas las camareras quieren venir a nuestra mesa y sé perfectamente por qué, o más bien por quién. Con ese carácter abierto y ese acento las tiene a todas encantadas de conocerlo.

—Lucas, ¿puedes dejar de ligar estando conmigo? —le digo en broma.

—*Prinsesa*, es algo innato en mí. Lo siento.

Y dicho esto llama a una camarera para que le explique en qué consiste uno de los platos de la carta.

Cuando salimos del restaurante ya lleva dos nuevos números de móvil en su agenda.

Entramos en La Sagrada Familia y empiezo a explicarle a Lucas un poco por encima la historia de este impresionante templo, cuando de golpe hago lo que llevo pensando en hacer desde que he visto a Roger, le coloco a mi hermano los auriculares de audio guías, para que vaya escuchando y me separe de él. Llamo a Nuria para que me facilite el teléfono del despacho de Roger en Diagonal, ella, con su simpatía y dulzura, me lo da sin preguntar nada incómodo. Cuelgo y llamo rápido por si la valentía que me ha entrado de golpe se me va.

—Buenas tardes.

Debe ser su secretaria.

—Hola, buenas tardes. Llamo porque necesito hablar con Roger Fortuny. No, perdona —¡uf, qué nervios!—, lo que quiero es concretar una visita con él.

—Lo siento mucho, pero el Sr. Fortuny tiene una agenda bastante ocupada, eso va a ser muy difícil —dice con una voz muy desagradable, esta no es su secretaria de siempre.

—Vaya —digo desanimada.

—Pero si quiere déjeme su nombre y número de móvil y si la puede atender, yo misma la llamo. —Menos mal, ya me cae mejor, aunque a lo mejor ni se lo dice.

Le dejo mis datos y me giro en busca de mi hermano que, por cierto, ha desaparecido. Lo busco por fuera de la basílica y no lo encuentro. Entro dentro y empiezo a mirar, pero con tanto guiri es difícil. Salgo de nuevo y me dirijo al stand de atención al cliente y lo veo, cómo no, hablando con una

preciosa azafata.

Me planto frente a él con los brazos cruzados.

—Chee, flaquita, si me dejaste el audio en catalán y esta *presiosa* dama me estaba ayudando.

Cuando voy hacia él riéndome por mi error me suena el móvil.

—Sí.

—Hola, la llamo del despacho del señor Fortuny. —¡Joder, cuánta formalidad! Estoy nerviosa—. Me comenta que cuando usted quiera puede venir, estará aquí toda la tarde.

—De acuerdo, gracias.

Muy decidida voy hacia mi hermano. Lo cojo de la mano y lo alejo unos metros de donde está. Poniéndole las llaves en la mano, le digo:

—Tengo que ir a hablar con Roger, estas son las llaves del piso. —Al ver su cara de asombro, continúo:

—Necesito hacerlo, Lucas.

—Ya *sos* grande y yo no me meto, pero si necesitas ayuda, me llamas y le pongo el ojo morado al tipo este.

Le doy un sonoro beso en la mejilla de agradecimiento y paso a informarle de la ubicación del piso y el metro que debe coger. Respiro hondo y me voy dirección a mi «cara a cara» con Roger.

Cuando entro al lujoso edificio de Diagonal me paro frente a uno de los ascensores. Al entrar llamo a la planta catorce. Mientras vamos subiendo y sin ningún pudor por la demás gente que comparte mi espacio, me miro al espejo, me suelto la coleta moldeando un poco mi pelo, mis ojos tienen una expresión triste, pero no hay nada que no remedie un carmín rojo intenso. Voy bien con unos *leggings* y un vestidito corto tipo blusa, como la cosa iba de andar, llevo unos botines planos. Al girarme hacia el resto de personas que vamos en el cubículo veo cómo una señora mayor me mira sonriente y dice:

—Muy guapa, sí señor.

—Gracias —le digo sonriente.

Al llegar a la planta y salir del ascensor, giro a la izquierda hasta el final que es donde está el despacho de Roger. Espero hasta que alguien me indique que puedo pasar porque las mesas que tengo alrededor están vacías, no hay nadie en este lado de la planta.

De pronto se abre la puerta de su despacho y veo gente salir, parece que han debido tener una reunión. Estoy plantada frente a la puerta y lo veo

apoyado en su mesa hablando con dos o tres personas. No me ha visto, pero Rafael sí, que se acerca a decirle algo. En ese momento me mira y yo me vuelvo a quedar paralizada, estamos unos segundos mirándonos intensamente hasta que un Rafael muy contento se acerca a mí. Me abraza y me dice al oído:

—Azul, qué bien verte por aquí. A ver si calmas a la bestia.

—Gracias, Rafael, pero eso no era lo que necesitaba escuchar —le digo intentando sonreír.

—Vamos, le hará bien verte.

Esta última frase me anima a entrar. Mientras avanzo veo cómo Roger da la vuelta a la mesa y se sienta en su sillón. No se acerca a saludarme, ¿pero qué crees, Azul? ¿Lo pillaste acostado con otra y ahora quieres que te venga a dar dos besos? Límitate a hacer lo que tenías pensado.

Cuando estoy ante él me hace una señal para que me siente.

—Tú dirás.

—Bueno... verás... —Estoy muy nerviosa y su fría mirada no ayuda mucho. O le pongo valor o me voy, respiro hondo y continúo—: He venido a darte las gracias por lo que has hecho con el piso de Sarrià.

—De nada.

—También quería pedirte perdón por haber tenido que salir corriendo a Argentina y haber dejado colgado todo el trabajo.

Asiente con la cabeza y me pregunta:

—¿Cómo está tu padre?

Ajááá, ya lo sabía.

—Ya está muy bien y, por suerte, ha recuperado la movilidad en todo el cuerpo —le contesto un poco más relajada.

—Me alegro. —Se hace un silencio entre los dos—. ¿Algo más?

Este «algo más» en el tono que lo ha dicho, me está invitando a irme o por lo menos lo entiendo así. Me levanto mientras le digo:

—No, nada más.

Voy hacia la puerta y pienso que podría pararme y decirme que todo fue mentira, que fue una broma de mal gusto, que él nunca ha querido a nadie más que a mí y que lo siente mucho por los dos, pero no, no dice nada y yo camino hasta los ascensores sin mirar a nadie, justo cuando llego, giro hacia las escaleras y prefiero bajar los catorce pisos y poder llorar, patalear y pensar que hasta aquí ha llegado todo lo que me ligaba a Roger.

Durante la siguiente semana, sigo dando gracias de tener a mi hermano aquí conmigo. Me ha ayudado a pintar y a terminar de decorar el piso. Yo, en compensación, le invito a comer en los mejores sitios que conozco que no por ello son los más caros.

Cuando llegamos a casa agotados después de una maratón en busca de un buen sofá, tocan a la puerta. Miro a mi hermano, él me mira y echamos a correr en dirección contraria a la puerta, como él ha quedado más cerca le toca abrir. Ahora estamos viviendo una niñez que no pudimos vivir juntos y parecemos niños pequeños. Aprovecho para ir al lavabo, pero a mitad de camino escucho una voz más alta que otra, así que salgo a ver qué pasa.

La imagen es como poco impactante. Roger está frente a mi hermano, separándolos una escasa distancia de diez centímetros, parecen dos venados a punto de chocar los cuernos. Son casi de la misma altura y complexión parecida, madre mía, es todo un espectáculo.

—¡Vos *sos* el maldito boludo que le *hiso* tanto daño a mi flaquita!

Veo a Roger apretar los puños, pero no contesta.

—Hola, Roger —digo como si pasara por allí.

—*Asul*, quieres que le dé una patada en el culo a este...

—No hace falta, Lucas. De verdad. —Lo aparto rodeándole la cintura y poniendo una mano en su abdomen. La cara de Roger está desencajada y en mi interior estoy disfrutando como una cabrona. Si aún siente algo por mí, debe de dolerle esta cercanía con alguien que no sea él y sin saber que es mi hermano.

—Perdona, Roger, es que a veces Lucas es un poco impulsivo. ¿Querías algo? —le pregunto sonriendo.

—Es igual, por lo visto lo que te venía a decir ya no tiene mucho sentido. Adiós.

Cuando se gira para irse le digo:

—Roger, espera.

Pero Roger no se detiene. Llego hasta él antes de que salga por la puerta y lo cojo de la mano, se queda inmóvil, igual que yo, sentir su tacto después de tanto tiempo me deshace.

—Ven, por favor —le digo mirándolo a los ojos—, quiero que conozcas a mi hermano Lucas. —Miro a Lucas para que se acerque a saludarlo con cara amenazadora.

Roger acepta la mano de mi hermano con una expresión cambiada. Se

saludan correctamente, pero con una tensión que corta el aire.

Mi hermano desaparece, se disculpa y se va a su habitación, no sin antes informar que cualquier cosa que lo llame, le sonrío, pero al mirar de nuevo a Roger me pongo seria. Le insto a sentarnos en el viejo sofá.

—Tú dirás —le repito las mismas palabras que él me dijo días atrás.

Eso le hace sonreír de una forma amarga.

—Si estoy aquí es porque para mí era muy importante que tú dieras el primer paso de acercarte a mí. Y porque Rafael ya no me dirigiría la palabra si no vengo a hablar contigo.

No digo nada, solo miro sus preciosos ojos marrones, que ahora mismo, con la luz que entra por la ventana, parecen verdosos.

—No te vengo a decir que podemos ser amigos porque te quiero tanto que eso ya es imposible.

—Me querías —le rectifico.

—No, Azul, te quiero.

Entonces salto como una posesa:

—¿Si me quieres por qué te acostaste con ella?! ¡Es que aún no me entra en la cabeza!

Roger no se altera, sigue con su mismo tono suave de voz.

—¿Te acuerdas cuando empezamos a salir y en mi despacho te enseñé las fotos que me envió Claudia donde besabas a Didac?

—Sí.

—¿Y te acuerdas lo que me dijiste? —Yo niego con la cabeza, estoy demasiado alterada para recordarlo ahora mismo—. Tus palabras fueron: «La confianza es algo muy importante, si tú prefieres creer lo que ves sin tener en cuenta mi opinión me deja muy claro que no eres lo que yo pensaba».

Tras decir esto, lo recuerdo.

—Pero, Roger, no compares lo que una foto puede parecer. Lo que yo vi fue real, fue a una mujer encima de ti completamente desnuda —mientras lo digo me estoy poniendo rabiosa— en tu cama.

—Tú viste lo que quiso que vieras. Pero si es lo que quieres pensar yo ya no puedo hacer nada.

Este se cree que soy idiota. Se levanta para irse y yo no lo detengo.

Cuando sale me dejo caer en el sofá boca abajo. Las lágrimas me salen solas y pienso en cómo me hubiera gustado besarlo, en cómo lo quiero. ¿Y si es verdad? ¿Y si en realidad no pasó nada? Pero no puedo perdonarlo, para

eso tendría que confiar en él al cien por cien porque si no, no funcionará. Pero quizás...

Mientras me fustigo mentalmente suena mi móvil, es Cati.

—Hola, Cati.

—Hola, bellezón. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Joder, la tía, no se le escapa nada.

—Sí, es solo que estoy cansada.

—Te llamo para recordarte que este domingo tenemos *fiestuki* privada, sobre todo hazte la sorprendida cuando las veas a todas, que les ha costado mucho conseguir que coincidamos.

—Vale —le digo intentando sonreír—. Acuérdate que viene mi hermano.

—Cómo olvidarlo. Tengo a todas babeando desde hace una semana.

—Ja, ja, ja, nos vemos, guapa.

—Adióóóos.

Es curioso, Cati siempre me ha defendido a capa y espada, pero no sé qué le pasa con Roger. Cuando le expliqué lo que pasó desde Argentina, sus palabras fueron: «A lo mejor no es lo que parece» y me enfadé con ella, parece que esté defendiendo lo indefendible.

Llega el fin de semana y lo pasamos en casa de mi madre. El domingo después de comer nos preparamos para ir a mi fiesta «sorpresa».

Cuando salgo de la habitación los tres me miran y su expresión es de auténtica admiración. Llevo un vestido azul eléctrico de gasa, palabra de honor, corto por delante y por detrás largo hasta el suelo. Zapatos altos de color plateado a juego con los pendientes largos. La melena me cae hacia un lado. Cuando me he mirado al espejo solo he pensado en la cara de Roger si me viera, su expresión cuando me miraba era indescriptible, su mirada siempre ha sido con amor y ese recuerdo no me lo quitará nadie.

—¡Estás espectacular, cariño! —Mi madre se levanta para darme dos sonoros besos—. Anda, Lucas, llévatela de fiesta ¡a ver si se le va la cara de tristeza de una vez!

Lucas va guapísimo con un traje azul clarito y una camisa blanca, con su bronceado permanente y sus ojazos no se le escapará ninguna chica esta noche.

Mientras vamos de camino voy informando a Cati de lo que nos falta por llegar. Realmente no me apetece nada ir a esta fiesta y menos sabiendo que es por mí, pero hace tanto tiempo que no las veo que tengo ilusión por

reunirnos.

El hotel es el Vela, es muy lujoso, yo ya había estado aquí alguna vez en comidas de negocios y como la organizan las chicas del *gym* y la mayoría es un pelín pija, no me extrañó que fuera en un sitio como este.

Al entrar nos hacen bajar a la planta de abajo. Llegamos hasta una puerta doble donde nos hacen esperar, yo miro a mi hermano y le sonrío sabiendo lo que me espera.

Dos empleados del hotel abren la puerta y dentro todo es oscuridad, hasta que empieza a sonar de una forma descomunal la canción de Deep Purple «Smoke on the Water». Esto sí que me ha pillado por sorpresa, aparte de mi gente del clubhouse, solo Cati sabe lo mucho que me gusta esta canción. Noto cómo Lucas me hace avanzar despacio con su mano en mi espalda, hasta que va bajando el volumen de la música y un montón de luces se encienden para escuchar un «¡¡Bienvenida, Azuuul!!», todos al unísono y un montón de confeti cae sobre mí.

No soy consciente de la cantidad de gente que hay hasta que llegan los abrazos y besos. Debe haber al menos cincuenta personas. Están todas las chicas del gimnasio, algunas con sus parejas y las otras a mi lado para que les presente a mi «potraso», como Inma, Ania, y Tere.

La sala es rectangular, hay varias mesas con bandejas de gran variedad de canapés y dos fuentes de chocolate, una rodeada de fruta y la otra de dulces, sigo mi mirada y veo que entre las dos fuentes hay una pequeña bandeja de... ¡donuts! Eso solo lo hace una persona y se me encoge el estómago. Miro el cava y es de los viñedos de la familia Fortuny, eso me hace sonreír y recordar mis días allí.

Tras dejar atrás a Lucas bien entretenido, me sorprende ver de frente a Rafael, instintivamente me giro buscando a Roger, no lo veo y él me lo confirma negando con la cabeza, sabiendo a quién busco.

—No está, Azul. No ha querido venir, según él, aquí no pinta nada.

Me duele escuchar eso, pero es como tiene que ser.

—¿Y tú cómo estás, Rafael?

—Bien, yo ya lo he superado.

No sé qué pasó después, tampoco Cati me quiso decir nada, así que sabiendo que Roger no está con ella, no creo que Rafael lo hiciera.

—No te quería, ¿verdad, Rafael? —le pregunto con pena.

—No, Azul, lo único que quería, estando conmigo, era poner celoso a

Roger, hasta ese punto estaba enferma. Se creía que él te dejaría por ella.

Pobre Rafael, lo siento tanto...

—Y lo que más me jode, es que consiguió lo que buscaba. Os quería separar y lo logró.

Nos acercamos a por cava y mientras vamos saliendo a una bonita terraza con salida a la playa, Rafael continúa hablándome:

—Roger me ha prohibido hablarte del tema, dice que quiere que vuelvas con él porque creas en él, no por lo que te explique yo, que lo sé de primera mano, créeme. Pero quiero que él tenga lo que yo no he conseguido y es que sea feliz, y si no es contigo no lo conseguirá.

Me da miedo preguntar, así que no digo nada, pero Rafael parece que está decidido a explicármelo:

—Esa noche nos fuimos a cenar con todos sus amigos, y por mi parte solo Roger. Después de cenar ella dijo que podíamos terminar la noche en casa de Roger porque no le apetecía volver a su casa, yo insistí en irnos a un hotel, pero ella empezó a decir que como la casa de Roger estaba aislada, y quería bailar con sus amigas, era el sitio perfecto para seguir la fiesta. Por supuesto, Roger no puso impedimento. Cuando empezaron a irse sus amigos y nos quedamos solos dijo que estaba muy borracha, que se iba a dormir y se fue a una de las habitaciones. Así que me fui con ella y Roger se fue a su habitación.

Mi corazón va a mil.

—Azul, te prometo que antes de que llegarás aquella mañana, Olivia estaba durmiendo conmigo, lo sé porque cuando llegaste estaba despierto. Ella se levantó de nuestra cama y la vi salir de la habitación. No sé cómo se lo montó para aparecer en la habitación de Roger cuando tú entraste, pero te prometo que no pasó nada entre ellos y estoy seguro de que Roger hubiera sido el primero en echarla de su cama. Él está completamente loco por ti y sin ti está de psiquiátrico, te lo aseguro.

Respiro hondo y miro el precioso mar que tenemos frente a nosotros. Me giro asustada al escuchar a Cati detrás de nosotros.

—¡Bien dicho, Rafael! Y ya que estamos te voy a decir otra cosa. Esta mano que ves aquí —dice levantando su mano derecha—, le pegó un puñetazo en todo el careto que hasta me hicieron una amonestación en el trabajo y estuve una semana sin empleo y sueldo, así que, señorita Marocci, me debe usted una semana de salario.

—¿Le pegaste? —le pregunto atónita.

—Ya ves, la muy zorraca... —mira a Rafael y le dice—: Perdona, Rafa —continúa mirándome a mí—, va y me suelta: «Lo haría mil veces más si eso significara joderle la vida a tu amiguita», y claro, pues hasta ahí llegó mi límite de aguante. Fue todo un espectáculo, pero me quedé en la gloria. Luego pensé que me echarían, aunque me dio igual.

Los miro a los dos y me apena no haber estado aquí, pero fue fuerza mayor lo que me mantuvo lejos.

Cati, que está desatada, me suelta:

—Así que, ahora, mi bellezón, va a coger el caminito y le va a decir a Roger lo mucho que lo quiere. Y también le vas a dar las gracias por el cava y los donuts, que no veas lo pesadito que se ha puesto con los donuts. Y, por favor, deja tus miedos y cágate en ellos. ¿O es que durante este tiempo has dejado de quererlo?

—Eso es imposible y lo sabes.

—¡Pues entonces!

—¡Señor, sí, señor! —le digo a modo de burla—. Pero ¿y toda esta gente que se ha reunido por mí?

—Yo me encargo de ellos.

—Está en su casa —dice Rafael con cara de felicidad.

—¿En los viñedos? —pregunto.

—No, aquí en Barcelona.

Me doy media vuelta dirigiéndome a mi hermano, le digo que me voy y que no sé qué será de mí esta noche. Intuyendo lo que voy a hacer, me advierte que cualquier cosa lo llame al móvil y me da dos besos.

Desde luego estoy segura de que esta noche mi querido hermano no va a dormir solo. Miro al resto de la gente que se lo está pasando pipa bailando al son de Ricky Martin y Maluma la canción «Vente Pa'ca», creo que no me van a echar mucho de menos.

De camino a la salida cojo dos copas, una botella de cava y salgo directa a casa de Roger.

Cuando llego a su edificio, me cuesta convencer al chico de seguridad que me deje subir sin avisarlo, a este no lo conozco, pero, al final, le pongo cara de pena diciéndole que le quiero dar una sorpresa acompañando el cava y las copas. Por lo visto soy muy buena actriz de drama y me deja subir.

Llamo a la puerta muy decidida, no se oye nada. Vuelvo a llamar más

fuerte.

Un sorprendido Roger me abre la puerta, lleva solo unos pantalones de pijama. Todo él me impacta. Unido a su nuevo *look* de pelo corto, esos fuertes brazos y sus pectorales poderosos hacen que trague saliva.

—Hola —le digo cautelosa. Como no me dice nada entro sin ser invitada.

Su mirada inexpresiva me mata, pero me lo he jugado todo a una carta y no me puedo echar atrás ahora. Ha cruzado los brazos, mala señal, esto va a ser muy difícil.

Toso nerviosa antes de empezar mi discurso:

—Roger, he venido a pedirte... a pedirte que te... bueno, que si... — Respiro hondo—. Roger, ¿te quieres casar conmigo? —Mi sonrisa es más un acto reflejo ocultando el miedo que tengo.

No responde, no me dice nada, solo me mira y no hay ni un solo indicio de que me vaya a contestar, pero de golpe me suelta:

—¿Has hablado con Rafael, verdad?

Me empiezo a desesperar y le digo atropelladamente:

—Sí, pero eso solo ha servido para confirmar algo que llevo dando vueltas durante mucho tiempo. En realidad, lo que te acabo de pedir te lo iba a decir en tu oficina el otro día, pero me faltó valor.

Maldice en voz baja y se gira, me da la espalda.

—Roger, por favor, contéstame... y, por favor, no me rechaces porque entonces... —No puedo seguir, mis ojos se humedecen y tengo que bajar la cabeza derrotada, me giro para irme, esto se acaba aquí.

De pronto, Roger se pone frente a mí y sus manos se apoderan de mi cara, alzándola hacia él y besándome sin descanso por las mejillas hasta llegar a mi boca. Esos labios que tanto me gustan y que tanto he echado de menos me besan desesperados y yo sonrío ante su inesperado ataque. Su lengua y la mía se saborean y se alegran de juntarse después de tanto tiempo. Mis lágrimas bajan hasta nuestros labios y Roger dice pegado a mí:

—Por favor, no llores. Me duele ver así a mi chica dura.

Sonrío mientras continúa con sus besos hasta bajar a mi cuello. Se separa un momento de mí, cosa que me disgusta y me coge la botella de cava y las copas que aún tengo en las manos. Las pone sobre la mesa y se dispone a abrir la botella, cuando llena las copas, me ofrece una.

Tras beber casi toda la copa de golpe, suspiro hondo y, mirándolo a los ojos, le digo:

—Roger, aún no me has contestado.

Continúo nerviosa y empiezo a mordirme el labio.

—Mi preciosa pelirroja, me casaría contigo todos los días de mi vida.

—¿Eso es un sí? —le pregunto victoriosa a la vez que me acerco a besarlo.

—Sí, por supuesto, que sí.

Roger deja las copas y nos besamos, mientras le rodeo el cuello noto cómo me levanta llevándome en brazos hasta la que era nuestra habitación. Al llegar y bajarme, Roger coge mi mano y me guía hasta el vestidor, la que era mi parte está completamente vacía. Me fijo bien y veo sobre una pequeña cajonera una cajita, la cojo y la abro, ahí está mi anillo, ese que tanto miedo me daba. Me lo pongo con total naturalidad sintiendo que este es su sitio, que no debería haber salido de él. Siento las manos de Roger en mis caderas. Me giro para mirarlo señalando mi mano.

—Vaya, se me cae, me va grande —digo apesadumbrada.

—Ya me he dado cuenta de que estás más delgada.

—Es que todo me vino de golpe, lo tuyo —noto cómo se tensa—, lo de mi padre. Lo pasé realmente mal.

Sin querer bajo la cabeza y Roger pone sus dedos en mi barbilla para ponerme frente a él.

—Lo siento mucho, Azul. Siento no haber estado contigo en esos momentos duros que pasaste junto a tu padre, pensé varias veces en coger un avión y presentarme allí, no sé cuántos billetes compré destino a Buenos Aires y luego anulé. Siempre en mi último pensamiento estaba la necesidad de que fueras tú, quien decidiera por los dos. Me estaba volviendo loco.

Me pongo triste de pensar en el momento que entré en aquella habitación. Intento girarme, pero Roger me dice:

—Azul, mírame.

Extiende su mano esperando a que yo ponga la mía sobre la suya, lo hago y continúa:

—¿Has notado esto? —Sonrío y asiento—. Esta conexión es algo que solo sentimos nosotros. ¿Tú crees que yo lo perdería por acostarme con otra mujer?

De pronto las lágrimas empiezan a caer por mi cara ¡otra vez!

—Te puedo asegurar que mi sorpresa fue igual que la tuya al encontrar a Olivia sobre mí.

Coge mi cara entre sus manos mientras recoge con sus dedos mis lágrimas.

—Para mí, eres solo tú, Azul. Y siempre serás tú.

Eso me ha llegado al alma, lo miro aceptando el amor que me ofrece y lo beso despacio, hasta que aparece el Roger posesivo que me encanta. Me gira hasta que estoy de espaldas a él.

—Aunque estás preciosa con este vestido, ahora mismo prefiero verte desnuda. Llevo demasiado tiempo sin estar dentro de ti.

Se pone detrás de mí y me desabrocha la cremallera, el vestido cae al suelo dejándome solo con el tanga y los zapatos. Roger continúa a mi espalda, pone una de sus manos en mi seno mientras su otra mano se cuela por debajo de mis bragas, uno de sus dedos se mete en mi interior dándole una pista clara de lo preparada que estoy para él. Lo saca lentamente parándose en mi clítoris, su mano experta hace que suelte un gemido mientras lo oprime y lo acaricia de forma que mi placer me desborda. Besa mi cuello hasta que sus movimientos en mi botón del placer hacen que estalle en un orgasmo explosivo.

Despacio me tumba sobre la cama, se deshace de su pijama y mi tanga. Se pone encima de mí y poco a poco se introduce totalmente. Sus besos y sus palabras cargadas de amor hacen que olvide todo lo que hasta ahora me parecía imposible.

—Pelirroja, esto va a acabar muy pronto, hace mucho tiempo que no estamos juntos y esto te va a pasar factura.

—Bueno, siempre podemos repetir —le respondo sonriente.

Roger me devuelve la sonrisa mientras hace que sus embestidas sean cada vez más rápidas, haciéndome llegar a un orgasmo placentero junto a él, mientras me hundo en sus preciosos ojos.

Me despierta la luz que baña la habitación, poco a poco me giro hacia Roger y lo veo dormido boca abajo. Despacio me siento en su culo y poco a poco voy besándolo por la columna hasta llegar a su cuello. Noto que ya está despierto, pero no se mueve, voy a morderle el cuello cuando de repente Roger se gira dejándome boca arriba en la cama. Grito de la sorpresa mientras me coge para ponerme sobre su hombro, me lleva al baño haciendo que me ría. Me mete dentro de la inmensa bañera y da al grifo a la vez que entra también.

Nos besamos mientras sus manos se paran en mi trasero, lo separo y lo

insto a que se siente, aprovecho mientras se va llenando la bañera para besar y lamer poco a poco su escultural cuerpo. No me puedo recrear mucho porque desde el minuto uno estaba más que preparado, así que me subo a horcajadas sobre él, introduciendo su duro pene en mí mientras Roger saborea uno de mis pezones lentamente, succionándolo y dándole pequeños mordiscos que hacen que mi excitación se multiplique. Como no puedo esperar más, me empiezo a mover sobre él, subo y bajo despacio haciendo que mi vagina oprima su pene y así darme también el placer de escuchar los gemidos de Roger. Subo y bajo varias veces hasta que noto que me voy a correr y sin darme cuenta empiezo a ir más lentamente, rápido, Roger coge mis caderas y tras varias embestidas más nos corremos entre gemidos de placer y respiraciones alteradas. Caigo sobre mi Conan abrazándolo y descansando mi cara en su cuello.

—Sabes que ya no voy a poder vivir sin ti, ¿verdad? —le digo bajito.

—Eso espero, por mi bien.

Sonrío y decido en este mismo instante que nada ni nadie me podrá separar de él.

12

Hoy es el día de la boda de Arcadi y Carla. Juntos han construido un hogar y han dado la bienvenida a una nueva vida, se llama Alexandra y según me ha explicado Roger es la niña más bonita que ha visto nunca.

En el caso de ellos, como en el nuestro, ha triunfado el amor y es que no me creo que después de todo lo que hemos pasado esté cada día más enamorada de Roger. Estoy nerviosa y no es por asistir a la boda, sino porque voy a conocer de pleno a toda la familia de Roger. Estos dos meses han sido un caos de viajes a Cádiz y Madrid para poder poner en marcha los hoteles y tenerlo todo preparado para inaugurar en verano, así que no hemos tenido mucho tiempo de hacer visitas familiares.

Hemos llegado temprano y estoy en la casita de Cati terminando de arreglarme porque, aunque la boda es en los viñedos, mi Conan ha querido dejar su casa a los invitados más allegados, es que es todo un amor. Ahora Roger está allí con su hermano, hemos quedado en que como él es el padrino nos veremos en la ceremonia, quiere estar junto a su hermano y a mí me parece perfecto ir con Cati y Helena.

Tengo a las dos enamoradas esperándome en el comedor. Cuando salgo se me quedan mirando y un «ooooh» sale de sus bocas al unísono.

Llevo un vestido de gasa negro con tirantes y se acopla a mi cuerpo perfectamente, al ser de dos capas es sexy pero a la vez muy elegante. La melena suelta y la gargantilla y el anillo que Roger me regaló.

—Pero a ver, solo es un vestido negro. No voy nada del otro mundo.

—Sí, Azul, vas espectacular. Aunque tampoco te hace falta mucho —dice Cati.

—Vas muy guapa, de verdad —asegura la dulce Helena.

—Cati, tú sí que me has sorprendido con tu vestido. No enseñas ni culo ni tetas. ¿Qué has hecho con mi amiga? —pregunto mirando a Helena—. ¿Dónde está mi Cati?

Cati, muy sonriente, me contesta:

—Verás, tuve un pequeño roce con Carla, vamos, en pocas palabras me dijo que vestía como una puta. —Eso me hace empezar a transformar la cara, Cati es mi amiga—. Azul, tranquila, me pidió perdón. Dijo que estaba celosa

hasta del aire que respiraba Arcadi y un poco tonta del posparto, creo que a día de hoy me ha pedido perdón doscientas veces. También se sintió ridícula al saber que no me iba mucho el lado masculino del universo. Vamos, que Arcadi es guapo y eso, pero hasta ahí. ¿A que sí, peque?

Y acercándose a Helena, le da un pico.

—Vale, mejor así, no quiero pelearme con la única cuñada que tengo hasta ahora.

—Ya verás que es muy maja. Carla es muy buena persona —dice Helena.

—¿Nos vamos, chicas?

Y emprendemos camino a la ceremonia que curiosamente solo tenemos que abrir la puerta porque se ha organizado todo justo fuera de donde estamos.

Es en la explanada que tenemos delante, la han transformado y queda impresionante.

De la entrada sale una alfombra blanca que lleva directamente a un cenador blanco muy bonito. Las sillas, también forradas de blanco, y justo detrás del cura que oficia la ceremonia hay un arco de rosas rojas y blancas. Es todo tremendamente romántico.

Ya veo aparecer a mi Conan junto a su hermano y vaya dos. Aunque su complexión es casi idéntica, sus rasgos son muy diferentes. Roger tiene las facciones más marcadas, los pómulos y la mandíbula, que junto a su felina mirada me vuelve loca, lleva un traje gris con chaleco y corbata, está tremendo por fuera y también por dentro. En mi interior siento un enorme orgullo de que este hombre sea «mi hombre», sé que suena un poquito neandertal, pero es así.

Cuando veo entrar a la novia me emociona, supongo que por el momento, la música y lo bellísima que está. La ceremonia es muy amena y Roger, aun estando al lado de su hermano, no me pierde de vista ni un momento. Pasamos directamente al banquete que se celebra detrás del cenador. Hay una carpa blanca con mesas redondas y decoradas con centros de rosas blancas y solo en la nupcial tiene un inmenso centro de rosas rojas, lo dicho, muy romántico.

Cuando estamos todos los invitados, hacen la entrada los novios y suena la canción «Bajo el mismo sol», de Álvaro Soler. La novia es una mujer muy hermosa, esa sería su definición, hacen una pareja perfecta y no solo por el exterior, se nota que conectan a la perfección, sus miradas lo dicen todo. Y

hablando de miradas, justo en este momento nos están mirando o creo que más bien me están mirando a mí.

Roger entrelaza su mano con la mía y me dice al oído:

—Creo que tus cuñados te acaban de descubrir.

Y dicho esto me da un dulce beso en la mejilla.

Pasamos al baile y Roger me dice que es hora de conocer a su familia, ahora ya está todo el mundo más distendido, así que nos acercamos a los novios.

—Arcadi, Carla, os presento a Azul —Roger lo dice con orgullo.

Nos damos dos besos y Carla dice:

—Encantada, Azul, ¿vaya nombre más peculiar, no? —suelta muy natural sonriendo.

—Según mi padre es el nombre más bonito del universo —contesto resignada—. Es en estos casos cuando los hijos deberíamos escoger nuestro nombre —continúo sonriente y un poco en broma.

—Pues a mí me parece muy bonito —contesta con sinceridad.

—Gracias. —Me gusta esta chica, no ha intentado quedar bien, simplemente creo que dice lo que piensa, en esto se parece un poquito a mí.

Roger está feliz. Me presenta a sus padres y, aunque su madre se parece bastante a Úrsula de *La sirenita*, según Roger ha cambiado mucho para bien, gracias también a la inclusión de Carla en la familia.

Y por fin conozco a la reina de la casa, una preciosa niña de dos meses, me dicen si quiero cogerla, pero me niego, es tan pequeñita que me da miedo, es Alexandra, la hija de Arcadi y Carla.

Alguien me llama a mis espaldas y al girarme veo a Alexia, aquella mujer que estaba en las bodegas y que me presentó Pelayo.

—¡Hola, Alexia! —le digo contenta de verla.

—Hola, *Asul*, veo que te acuerdas de mí —dice sonriente.

—Cómo olvidar a una mujer tan guapa.

—*Gracias*, ¿vio usted cómo no me equivoqué con que era usted la esposa del señor Roger?

—Bueno, en realidad, aún no soy su esposa —contesto.

—Eso da igual, son ustedes almas gemelas. Es como mi *presiosa* Carla con Arcadi. Ustedes están destinados el uno para el otro y eso nadie podrá arrebataréloselo.

Sin saber por qué me empiezan a caer lágrimas.

—Es muy bonito lo que acabas de decir, perdona, es que últimamente estoy muy ñoña —le digo emocionada.

—Ay, *miiija*, no se ponga así. —Y me planta dos besos con una ternura tremenda—. Se nota que lo han pasado mal, pero a partir de ahora todo irá bien, se lo *dise* una bruja.

Roger se acerca rodeándome la cintura y Alexia se acerca a él para saludarlo y le dice:

—Cuídemela porque los gemelos les sacarán de *quisio* a los dos.

Y dicho esto se va y nos deja con cara de tontos, bueno más bien de tonta porque Roger está blanco como la carpa que nos cobija.

—¿Gemelos? ¿Qué ha querido decir con eso? —le pregunto a Roger.

—¿De qué conoces a Alexia? —pregunta sin contestarme.

—Me la presentó Pelayo el día que me enseñó los viñedos, y ¿sabes?, dio por hecho que era tu esposa, me hizo mucha gracia.

Roger, de golpe se empieza a reír y me besa, no sé qué le pasa a este chico.

—Y vas a serlo, y también tendrás gemelos.

Ahora la que se pone blanca soy yo.

—No, de eso nada —digo tajante.

—Si Alexia lo dice es porque así será.

—¿Me estás hablando en serio? —le pregunto medio en broma.

—A mi cuñada le describió este día, así que ve haciéndote a la idea.

—No, no. Yo no voy a tener gemelos. ¡Prométemelo!

Roger me acerca a él y me besa en la nariz cariñosamente.

—Eso no te lo puedo prometer, pelirroja.

Nos besamos de nuevo y Roger me lleva a la pista de baile, acaban de poner una canción lenta preciosa. Es Frank Diago, cantando «Quisiera» y lo sé porque cuando estaba en Argentina me martirizaba escuchándola una y otra vez pensando en Roger. Pero ahora lo tengo frente a mí y soy la mujer más feliz del mundo. Nos miramos a los ojos y un «te quiero» sale de nuestros labios a la vez. Seguimos abrazados el paso lento de la canción sintiéndola con el corazón.

Nos saca de nuestro letargo Ariana Grande cantando «Focus» y tras varias canciones decidimos irnos a nuestra casa.

13

Ya estamos a primeros de septiembre y al final no hemos podido ir en verano a ver a mi padre a Argentina, aunque seguramente cuando todo vaya viento en popa haremos una escapadita a ver a mi familia argentina, según mi abuelita ya está casi recuperado, pero un poco enfadado porque Lucas se quedó en Barcelona un poco más de lo que esperaba. Mi hermano está en el piso que Roger me regaló, pero solo hasta octubre, dice que cuando llegue el frío se vuelve a casa.

Nosotros, con la inauguración de los hoteles, hemos tenido mucho trabajo y ha sido imposible, esto sumado a la baja por maternidad de María que nos ha doblado el trabajo. Sí, la encantadora María ha sido madre de un precioso y regordete bebé.

Roger y yo no hemos vuelto a hablar de nuestra futura boda, sé que él teme sacar el tema y no sé por qué motivo para él es tan importante. Ahora lo miro mientras estamos en el sofá, ajeno a mis pensamientos, trabajando con su portátil y sé que es el hombre de mi vida, su forma de comportarse conmigo hace que cada día lo quiera más y cada noche lo necesite cerca. Lleva días rondando en mi cabeza una idea y creo que es hora de ponerla en marcha.

Me voy lo más lejos posible de él y llamo a Cati para que sea mi cómplice.

Cuando le explico mi idea casi le da un ataque, pero al final la convengo prometiéndole de todo menos mi alma. Ha sido un hueso duro de roer por lo delicado del tema, pero para esto la necesito a ella. Vuelvo a sentarme junto a Roger en el sofá.

—Roger.

Roger gira la cabeza y me mira de esa forma que hace que me ponga nerviosa. Como no continúo de seguida, me dice:

—¿Se puede saber qué ronda en esa cabeza tuya?

Me río, ¿tan transparente soy?

—¿A ti cómo te gustaría que fuera nuestra boda?

Lo he sorprendido, esta pregunta no se la esperaba.

—Suponiendo que aún quieras, claro —le digo cautelosa.

—Por supuesto que quiero. —Hace una pausa—. No me importa mucho, siempre que estemos los dos. —Sonríe—. ¿Por qué lo preguntas?

—Nada, cosas mías.

—¿Y a ti?

Mierda, eso no lo tenía pensado.

—Mmm, pues en una playa, sí, el mar no puede estar lejos de mi boda — le digo para salir del paso—. ¿Te apetece cenar?

—Azul, son las siete de la tarde.

—Pues, perfecto, como los guiris —dicho esto salgo rápida hacia la cocina, no para preparar nada, porque ya sabe que la cocina y yo nos peleamos hace tiempo, solo para ver qué menú puedo pedir a domicilio.

La semana pasa rápida y me estoy volviendo loca con los preparativos de mi sorpresa a Roger. Él solo sabe que hoy sábado tiene que estar preparado y no hacer planes porque los he hecho yo. Así que aquí estoy, nerviosa como nunca lo había estado.

Bajamos al *parking* y antes de entrar al coche le digo a Roger que le tengo que vendar los ojos. Cosa que él accede gustosamente. Mientras llegamos a nuestro destino intenta sonsacarme y me va diciendo direcciones posibles de dónde vamos y no da ni una.

Cuando llegamos, meto el coche directamente hasta la nave, ya están todos avisados, así que todo es más fácil y rápido, nadie habla, no se escucha nada para no dar pistas a mi Conan. Miro a Cati que tiene una cara de descompuesta que no puede con ella, me río, pobrecita qué mal trago le voy a hacer pasar. Después de nuestra primera conversación le dije que si no se veía capaz no viniera, con su firma era suficiente, pero dijo que no se lo perdería por nada del mundo.

Llevo a Roger a uno de los vestuarios y me encargo de ponerle el mono y yo me pongo el mío. Voy indicando a Roger los pasos a dar hasta que estamos subidos y una vez dentro del avión a punto de despegar le quito la venda de los ojos.

En un principio le cuesta reaccionar y sobre todo cuando ve a su hermano junto a Cati y a Rafael frente a nosotros. Me mira y se sorprende de verme con un mono blanco escogido para la ocasión, sin dejarle decir nada y una vez que el avión se estabiliza en el aire, un Rafael muy metido en el papel empieza a hablar:

—Nos hemos reunido hoy aquí, para unir en matrimonio a...

Roger coge mi mano y me dice al oído:

—Te quiero, pelirroja.

Eso me confirma que la idea no ha estado tan mal.

—Te quiero.

—¡Por favor! ¿Queréis estar atentos? Como tenga que dar otra vuelta por vuestra culpa, yo me bajo de aquí.

Le pedimos perdón a Cati entre risas y continuamos con nuestra ceremonia.

Llegado el momento, Arcadi saca los anillos y pronunciamos nuestras palabras, unas palabras que salen de la espontaneidad mutua.

—Y por estos poderes que me han concedido, os declaro marido y mujer. Roger, puedes besar a la novia.

Nos miramos y nos besamos dulcemente, y continuamos nuestro beso hasta que una tosecilla nos hace volver a reír.

—¿Volamos juntos? —le digo a mi amor.

—Siempre.

Y dicho esto, nos colocamos lo necesario para bajar.

Nuestro recorrido es diferente a aquella primera vez para mí, Roger, pegado a mi cuerpo, me habla y me explica las diferentes formas para disfrutar mejor del trayecto.

Cuando llegamos a tierra, ayudo a Roger con el paracaídas mientras aterriza el avión. Miro a Cati un poco preocupada, pero al ver que baja y besa el suelo literalmente compruebo que está perfectamente.

Entramos en el hangar para ir a cambiarnos y veo que se nos acercan los amigos de Roger para felicitarnos, uno de ellos lleva copas y otro dos botellas de cava. Entre risas y bromas pasamos un rato agradable. Cuando nos despedimos veo que Cati mira a Roger y le señala la hora.

—Azul, date la vuelta —dice Roger cogiéndome por la cintura.

—¿La vuelta para qué? —le pregunto sorprendida.

Mientras me gira me hace que cierre los ojos porque me va a poner una venda.

—Ahora te toca a ti.

Y besándome el cuello me hace avanzar hasta llegar al coche. Una vez iniciamos el camino empiezo a hablar nerviosa:

—Roger, dime la verdad, ¿sabías algo de lo que te había preparado?

—No.

—¿Dónde vamos?

—Es tu sorpresa.

Y a partir de ahí es un continuo hablar yo conmigo misma, porque Roger no me quiere contestar a nada de lo que le pregunto.

Tras un viaje interminable de media hora por fin nos paramos. Ando a ciegas, agarrada de Roger, todo son susurros hasta que paramos y Roger me quita la venda de los ojos.

Adapto mi visión hasta que veo que estamos en un pasillo ante una puerta.

—Nos vemos ahora, pelirroja.

Me da un beso y se va. Miro a mi derecha desorientada y veo a Cati que me sonrío mientras abre la puerta. Estamos en un hotel.

—Vamos, pasa, que vaya semanita llevo.

—¿Qué es todo esto, Cati?

—Tú déjate llevar y no preguntes.

Cuando entramos veo que es una habitación muy lujosa, amplia, pero lo que me deja estupefacta es que hay dos vestidos de novia sobre dos maniquíes.

Pongo mi mano en la boca sorprendida. Son increíblemente preciosos, cada uno en su estilo y, mirando a Cati, me confirma lo que espero:

—Vamos, escoge el que te guste, que llegamos tarde. Ahora vendrán Ania y Tere para peinar y maquillarte.

Escojo el que creo que es más mi estilo y voy directa dentro del amplio baño a ducharme.

Cuando salgo con el albornoz, Ania y Tere están esperándome. Tras abrazos y besos se ponen manos a la obra. Ania me peina una gran trenza de espiga algo desenfadada, con florecitas de brillantes salteadas por mi larga melena. Tere dice que lo que va a resaltar son mis ojos verdes, con un simple brillo rosita en los labios.

Cuando terminan, Cati me entrega la ropa interior, es que ha estado pendiente de todo.

—No me mires así, esto lo ha escogido Roger.

Me río.

—Pero los vestidos los fui a buscar yo junto con tu madre. Si te digo que vaya semanita me habéis dado los dos, no te miento.

Le doy un beso que resuena en toda la habitación y tras esto un gritito de Tere:

—¡El maquillaje!

—Perdón, perdón, voy a cambiarme.

Cojo los zapatos, el vestido y la ropa interior y voy dentro del espacioso baño.

Cuando termino de vestirme me miro en el enorme espejo que tengo frente a mí. El vestido es puro *glamour*, es tipo sirena, ceñido al cuerpo y muy versátil al movimiento. El escote es cruzado y va adornado con detalles de pedrería. La espalda es en forma de «v», adornada a los costados con la misma pedrería, miro la bonita cola que lo hace terminar en una perfección absoluta. Me siento bella y lo mejor es que estoy feliz y sonrío como una tonta.

—Azul, ¿ya estás?

Abro la puerta y veo que las tres me miran como si hubieran visto un extraterrestre. Cati se pone a llorar.

—Estás guapísima, Azul.

—Anda, tonta, ven aquí.

—No, no, que te estropeo el vestido.

—Venga, Azul, que vamos tarde —dice Tere.

Vuelven a llamar a la puerta y veo a mi madre, ahí es cuando ya me empiezo a emocionar. Está guapísima con un vestido turquesa. ¡Otra que se pone a llorar!, esto me supera.

—Como os pongáis a llorar todas, cojo la puerta y desaparezco —las amenazo muy seria.

—Es que nunca pensé que te vería así, cariño, eres toda una princesa de cuento.

—Mamiiiiiii —le digo mimosa, y justo cuando la voy a abrazar, escucho a las otras tres.

—¡Noooooooooooo!

—Vale vale, que sí, el maquillaje, el vestido. ¡Uf, qué ganitas tengo de acabar!

—No, mi amor, disfruta este día —dice mi madre.

—Venga, vamos allá —digo no muy convencida.

Cuando Cati abre la puerta me quedo alucinada al ver... ¡¡a mi padre!!

—Hola, mi princesa —me saluda entregándome un precioso ramo de novia, con rosas blancas, salteado con rosas rojas.

—Papi, pero ¿cuándo has llegado? ¿Cómo estás?

Ahora sí que no puedo contener las lágrimas.

—Muy bien, cariño, Roger nos llamó y aquí estamos.

—¿Estamos?

—Sí, los abuelos también han venido.

Nos damos un abrazo muy cortito sin mirar a las ogresas que tengo al lado y vamos hacia la puerta que me indican, del brazo de mi padre. Al abrirla lo primero que veo es el mar, estamos en la playa, y me quedo de piedra al ver que hay una gran alfombra blanca custodiada por Harleys, nuestro primer paseo está flanqueado por las motos de mis chicos y chicas del club, esto me sigue emocionando, así que continúo mi llorera. Seguimos y veo las sillas colocadas mirando hacia un pequeño altar decorado de flores. Ocupando todo este espacio está mi gente querida, mi gente del club, mis pijas amigas del *gym*, mi madre con Manuel, mis abuelos con Lucas y, al mirar al frente, solo veo entre mis ojos llorosos a un maravilloso hombre, el único que ha logrado que yo me vea en esta situación, Roger.

De pronto una espontánea Tere se acerca a mí con un pañuelo y empieza a recomponer mi llorosa cara, cosa que agradezco porque debo parecer un oso panda con el rímel corrido.

Mis ojos van directos a Roger, ese ser guapísimo que me robó el alma hace muchos años. Está impactante con un chaqué gris. Una rosa como las de mi ramo en la solapa y una arrebatadora sonrisa. Cuando llego a coger su mano le doy un breve beso en los labios.

—Pensaba que sería imposible verte más bella, pero hoy lo has conseguido. —Sus ojos me envuelven de amor.

—Gracias, tú tampoco estás mal.

Le sonrío y le guiño un ojo, vuelvo a besarlo. Una tosecilla de Rafael nos hace volver donde estamos, es decir, como esta mañana en el avión, Arcadi al lado de su hermano y Cati al mío. Y me hace mucha gracia ver a Rafael hablando como un auténtico orador. Habla de nuestro amor y de cómo la gente de nuestro alrededor lo ha vivido, introduciendo bastantes situaciones cómicas dentro de nuestra relación intermitente. Roger y yo solo nos soltamos las manos para hacer la colocación de anillos, y una vez hecho nos besamos lenta y suavemente.

Tras un «vivan los novios», y sin avisar, empieza a caer sobre nosotros una lluvia de arroz salteada de pétalos de rosas. Roger intenta protegerme girándome y continuar nuestro beso. Yo me abrazo a él hasta que por fin se

les acaban las reservas y solo aplauden.

A unos metros hay una gran terraza decorada para la ceremonia, las mesas y sillas son de madera clarita, que hace juego con el color de la arena que nos rodea. El mar de fondo hace que sea un sitio ideal, es simplemente perfecto.

La mesa nupcial está justo en el centro, sobre una pequeña tarima circular. A nuestro alrededor están sentados todos los invitados. Al llegar a la mesa veo a los padres de Roger ya están sentados esperándonos, mi madre llega en este momento y se sienta junto a mi padre, esto que está sucediendo es una muestra de amor de mis padres hacia mí que nunca olvidaré. Se están hablando cordialmente, incluso mi madre le pregunta por su salud y los veo cómodos en su conversación. Veo cómo de reojo mi madre mira a Manuel, sí, es tarde para mi padre, porque el corazón de mi señora madre le pertenece a otro y, aunque me da pena, él solito se lo buscó.

Mientras nos están sirviendo el primer plato, Roger se acerca a mi oído y me dice sonriendo:

—Pelirroja, para no quererte casar, hoy ya lo has hecho dos veces.

—¡Es verdad! Espero que esto no sea una premonición de que todo lo que nos vaya a pasar sea por dos —le digo cruzando los dedos, recordando lo que me dijo Alexia en la boda de Arcadi y Carla.

Esto hace que Roger estalle en una carcajada que me contagia.

—Que te quede claro que, aunque la tuya sea insuperable, la mía ha sido más original —le comento orgullosa.

—No te lo discuto, pero la mía llevaba mucho tiempo preparada. No te imaginas lo que me entró cuando decidiste darme una sorpresa el mismo día que yo había preparado todo esto.

—¿Ves? ¡Por eso no me gustan las sorpresas! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque como no hemos hablado nada del tema, me daba miedo que al tener que hacer tantos preparativos te echaras atrás.

—Te recuerdo que fui yo la que te pidió que te casarás conmigo. Por cierto, ¿cómo has podido hacer todo esto sin que me diera cuenta? —le pregunto.

—Tuve una gran ayuda por parte de Cati y Rafael. Lo que no sabía es que ellos también estaban ideando tu boda por otro lado.

—Con razón Cati me ha dicho veinte veces hoy, que vaya semanita le hemos dado. Les debemos una muy gorda a los dos.

—Sí, ya pensaremos algo.

Chocamos nuestras copas y beso tras beso continuamos hasta terminar nuestro convite.

En un arranque de espontaneidad les digo a todas las chicas solteras que vayamos hacia la playa, que voy a tirar el ramo de novia al estilo yanqui.

Cuando están todas preparadas me pongo de espaldas y doy un grito de «ahí va» y lo tiro. No me puedo creer que caiga justamente sobre alguien que no estaba preparado para esto. Roger y Rafael están a un lado hablando tranquilamente hasta que un ramo de novia se estampa en la cara de Rafael, qué mala puntería tengo, pero lo mejor es ver su cara.

No puedo parar de reír y lo más gracioso es que involuntariamente ha soltado la copa que llevaba en la mano para no dejar caer el ramo.

—Amigo, ¿para cuándo la boda? —se mofa Roger.

—No, no, toma, Azul, vuélvelo a hacer —dice cagado de miedo.

—De eso nada. Es tuyo.

Y mientras seguimos riéndonos escucho la canción que empieza a sonar en la carpa contigua al banquetete. Es la canción más bonita y que mejor nos encaja a Roger y a mí. Yo no la he pedido, así que es de cajón que ha sido él, mi amado Roger. Me hace acompañarlo hasta estar bajo la bonita carpa. Nos miramos y nos abrazamos mientras la canción «Contigo», de Antonio José vuelve a sonar para nosotros. Nos besamos y sentimos cómo esta bonita canción, nos envuelve en más amor, si eso es posible.

Si cuento las veces que he estado pegado a tu cuerpo
Es posible, créeme no exagero, me sobra algún dedo
La primera vez fue piel, fue más que un sueño
La segunda vez, fue más que incendio
Yo no sé si esta historia es normal
O es que somos distintos
Solo sé, amor, que cuando nos vemos
Se prende el instinto
Me quedo contigo, de aquí al infinito
Sin ti solo vivo, sin ti siento frío
No sé si me explico todo esto que siento
Lo quiero contigo
Me quedo contigo, nos sobran motivos,
Hoy tiene sentido y somos destino
Lo digo sin miedo y tú delante y aquí desnuda...

No hay duda...

¡Yo, me quedo contigo!

¡Mi amor!

Roger me mira sonriendo y recordando lo que le dije un día, me dice:

—Yo también me quedo contigo.

—Soy tuya hace mucho tiempo.

Tras bailar unas cuantas piezas más y besuquear a mi sobrinita Alexandra que está en brazos de la guapísima Carla, llega el momento de sentarme, me ha dado el bajón y estoy muy cansada de la tensión y el sorprendente día de hoy. Cuando veo el objeto de mi deseo, que ahora mismo es una silla, me dirijo a ella, pero unas fuertes manos me cogen de la cintura.

—¿Dónde va mi preciosa esposa?

—A sentarme, Roger, no puedo con mi vida.

—No puedes, nos vamos.

Y dicho esto, escucho el ruido atronador, y que es música para mis oídos, de las Harleys; parece que están calentando motores. Cuando los miro siento orgullo de ellos, de que formen parte de mi vida y sobre todo de que estén conmigo en este día tan importante.

—Vamos.

—¿Dónde? —le pregunto extrañada.

—De luna de miel.

—¿Yaa? —le digo estupefacta.

Veo cómo mi amiga Andrea viene hacia mí con una cazadora de cuero blanca y me ayuda a ponérmela.

Roger me mira con sus ojos de amor y suelta:

—¡Perfecta!

Me coge de la mano y vamos directos a las Harleys.

Nos paramos al lado de una y todos vienen a despedirse: mis abuelos, mis padres, mi hermano, la familia de Roger y nuestros amigos. Una llorosa Cati me mira con carita triste, se me parte el corazón, voy hacia ella y la abrazo.

—No es nada, Azul, supongo que después de tantos nervios, ahora lloro de alegría.

—Te quiero, mi hermana —le digo yo también entre lágrimas.

—Yo también, Azul.

Miro a Helena, que está junto a nosotras, y le digo:

—Cuídame a este pequeño bellezón, que vale su peso en oro.

Unos abrazos más y ya estoy preparada, me giro y veo a Roger esperándome apoyado sobre una Harley y lo único que se me ocurre pensar es en la canción de Efecto Pasillo donde dice: «Te comería con pan y mantequilla».

Roger se coloca la chaqueta de su traje y me mira.

—Es que a mí las cazadoras de cuero no me van mucho. —Me río.

—Tú, mi Conan, estás bueno de todas las formas posibles.

Me coge de la cintura y me levanta para besarme intensamente. El ruido atronador de las motos nos recuerda dónde estamos y seguidamente me subo tras Roger en una Harley Fat Boy negra preciosa.

Salimos del recinto tras Ferrán y Quim, acompañados por sus mujeres que no son otras que mis amigas, Andrea y Marta. Tras nosotros, toda la demás gente del club escoltándonos. Vamos por la autopista y es impresionante la sensación de libertad y orgullo que tengo de estar junto a ellos, algo que también es posible estando con el hombre al que estoy agarrada.

Cuando llegamos al aeropuerto vamos directos a la terminal de aviones privados y hacemos nuestra triunfal entrada bajo la atenta mirada de todo el personal presente y que en su mayoría son miradas de admiración.

Nos bajamos y nos despedimos de nuestros amigos, Roger se abraza a Ferrán dándose unos manotazos en la espalda. Cuando se separan, Ferrán me dice a modo de despedida mientras me abraza:

—Cuida del pijo este, al final ha resultado ser un tío de puta madre.

—Lo sé, por eso me he casado con él. —Sonrío y Ferrán me toca la nariz de forma cariñosa.

Una vez dentro del avión le digo a Roger:

—Te informo que vayamos donde vayamos no tengo ropa.

—Da igual, donde vamos no te va a hacer falta ropa. —Me mira picarón y yo sonrío.

—¿Dónde vamos?

—Es sorpresa.

—¿Otra sorpresa? No, por favor.

—Pues sí.

Este no sabe lo que acaba de decir.

—Pues dame una pista.

—No.

Nos sentamos en unos sillones blancos uno frente al otro. Despega el

avión y yo continúo con mi interrogatorio:

—¿Queda mucho?

—Sí

—Joder, Roger, dime dónde vamos.

—No te voy a decir nada.

—Sabes que las sorpresas no me gustan y puedo llegar a ser muy pesada.

Cuando el avión alcanza la altura y nos indican que podemos quitarnos el cinturón de seguridad, Roger se levanta y me desabrocha el cinturón, coge mi mano y me guía hasta la parte trasera del avión. En un lateral hay una puerta, al abrirla veo un pequeño dormitorio. El espacio está ocupado por una cama de matrimonio que descansa sobre una moqueta de color crema, una pequeña cómoda y tras esto un armario empotrado hasta el techo. En el suelo veo dos maletas y sonrío, lo tiene todo calculado.

Se para frente a mí y poniendo sus manos en mi cintura las lleva hasta mi espalda.

—No sabes cómo he deseado que llegara el momento de poder hacer esto. Noto cómo va bajando la cremallera de mi vestido.

—¿Me estás tratando de entretener para que no te pregunte más?

—Eso es exactamente lo que voy a hacer durante las próximas diez horas.

Abro los ojos como platos al saber lo que tardaremos en llegar, pero Roger no me deja que hable, su boca se posa sobre la mía con una delicadeza que hace que mi cuerpo tiemble de pies a cabeza.

Y a partir de aquí, mi universo se completa de mi alma gemela.

Fin

Sobre la autora

Giselle Amorós nació el 1 de septiembre de 1972, una virgo algo impuntual y aunque sus padres son auténticos andaluces de la preciosa Granada, ella es catalana, nació en Rubí un pueblo de Barcelona.

Muy jovencita y gracias a una de sus hermanas que tenía la casa llena de novelas románticas, empezó a sumergirse en las historias y aunque también le gusta mucho la novela histórica, tiene que reconocer que si no tiene lado romántico no le llena.

Un maravilloso día cuando había acabado de devorar uno de sus libros, pensó que ella le podría haber dado otro giro a la historia. A partir de ahí fue rondando en su cabeza el poder escribir una novela y aquí esta. Su primera obra se publicó con LxL Editorial bajo el sello digital Bookit llamada; *No dudaré Carla* y ahora nos presenta la segunda parte de Siempre es amor, con el título: *Solo tú, Azul*.

